


# LA REFORMA UNIVERSITARIA CUESTIONADA

Coordinadores:  
Diego Mauro  
y José Zanca

 hya ediciones

 100 CENTENARIO  
DE LA REFORMA UNIVERSITARIA





La reforma universitaria cuestionada

La reforma universitaria cuestionada/Diego Mauro... [et al.]; coordinación general de Diego Mauro; José A. Zanca. - 1a ed. - Rosario: Humanidades y Artes Ediciones - HyA ediciones, 2018.

214 p.; 20 x 15 cm. - (Dimensiones del reformismo universitario/Bacolla, Natacha; Mauro, Diego Alejandro; Eujanian, Alejandro; 3)

ISBN 978-987-3638-20-6

1. Historia Argentina. 2. Universidad. 3. Historia Política Argentina. I. Mauro, Diego II. Mauro, Diego, coord. III. Zanca, José A., coord.  
CDD 378.009

---

© HyA ediciones, 2018

© Diego Mauro y José Zanca, 2018

*Colección Dimensiones del reformismo universitario*

*Directores de la colección:* Natacha Bacolla, Alejandro Eujanian y Diego Mauro

Programa Hacia el Centenario de la Reforma Universitaria

Secretaría de Políticas Universitarias

Ministerio de Educación de la Nación

HyA ediciones

Facultad de Humanidades y Artes

Universidad Nacional de Rosario

Entre Ríos 748 - (2000) Rosario - Argentina

*Decano:* José Goity

*Editores:* Rubén Chababo, Nicolás Manzi

*Diseño de tapa:* Pablo Silvestri

*Diseño interior:* Adriana La Sala

*Corrección:* Virginia Ducler



Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina

# La reforma universitaria cuestionada

Diego Mauro y José Zanca  
coordinadores

**hya** ediciones



## Introducción

**Desde la otra orilla:** cuestionamientos a la reforma universitaria durante el siglo XX

A comienzos de 1918, los estudiantes de la Universidad de Córdoba iniciaron una huelga con el fin de que se reabriera el internado del Hospital de Clínicas –cerrado el año anterior– y se democratizaran los mecanismos de selección del profesorado y de las academias, hasta entonces vitalicias. Por esos días, muchos tenían en mente las reformas que se habían instrumentado a principios de siglo en la Universidad de Buenos Aires y que, entre otros cambios, habían dado vida a los consejos directivos electivos. Tras la intervención de Nicolás Matienzo –que consagró un nuevo estatuto– y transcurridos algunos meses, el conflicto pareció encausarse. Sin embargo, la elección, poco después, de Antonio Nores como rector –un hombre identificado con los sectores tradicionales de la universidad y apoyado por la Iglesia Católica–, desató una verdadera rebelión entre los estudiantes nucleados en la recientemente creada Federación Universitaria de Córdoba. En un hecho sin precedentes tomaron el recinto donde se desarrollaba la asamblea e impidieron que Nores fuera proclamado rector. Las tensiones escalaron de una manera inimaginable unas pocas semanas antes. Se realizaron grandes marchas y mítines que incluyeron entre otras medidas la toma de la universidad. Asimismo, la posición de los estudiantes se radicalizó: las críticas a la Iglesia y al clericalismo, hasta enton-

ces más bien en un segundo plano, devinieron uno de los tópicos centrales de la retórica estudiantil y de la identidad del movimiento. Por otro lado, se comenzó a exigir la presencia estudiantil en los órganos de gobierno, ante la constatación de que la sola participación del profesorado no garantizaba el avance de las transformaciones. Poco después, una nueva intervención del gobierno nacional volvió a apoyar a la Federación Universitaria y consagró la representación estudiantil (así como otras reivindicaciones relacionadas con la libertad de cátedra y los sistemas de cursado). Tras la segunda intervención –que supuso además la elección de un nuevo rector de signo reformista–, el éxito obtenido por los estudiantes de Córdoba generó una onda expansiva que rápidamente alcanzó a las otras universidades argentinas (Buenos Aires, Santa Fe, La Plata y Tucumán) y a varios países de América Latina.

En ese contexto, el reformismo construyó una épica y una memoria, que ha tenido un efecto mitificador sobre su historia a lo largo del siglo XX. Ir más allá de la mera confección de un homenaje, implica poner en cuestión los relatos de esa memoria, así como sus efectos sobre el perfil de los no reformistas. Este libro vuelve sobre aquellas jornadas, que dieron vida a uno de los hitos políticos del siglo XX latinoamericano, pero para mirarlas parados en la otra orilla, desde el punto de vista de quienes se opusieron y cuestionaron el proceso reformista en diferentes momentos de su centenaria historia y que, en su oposición, también construyeron un relato sedimentario y una memoria sobre la Reforma Universitaria.

La tarea no resulta sencilla porque, como veremos en los sucesivos capítulos, los sectores disidentes con el reformismo fueron muy heterogéneos y estuvieron atravesados por diversos clivajes ideológicos y políticos. Si por momentos resulta difícil delimitar los contornos mismos del reformismo, en el caso de la disidencia el problema se agrava cualitativamente porque, según las coyun-



turas, convergieron, de manera a veces muy inestable, grupos y actores con miradas diferentes e incluso contrastantes, más allá de sus cuestionamientos a los sucesos de 1918. Es por lo que hemos reservado el término “no reformista” para caracterizar a aquellos sectores disidentes con algunos aspectos de la reforma, y distinguirlos de los “antirreformistas”, opuestos en bloque a sus principios y programa.

Así como la Reforma se construyó con relación al contexto local e internacional, también la disidencia reformista elaboró su posición con relación a procesos con los cuales guardaba algún grado de ruptura. Fenómenos como el proceso de secularización social, la reacción antipositivista, las guerras mundiales, la Revolución Rusa y la Cubana, la Guerra Fría y la crisis del bloque soviético marcaron el escenario de la disputa entre reformistas y no reformistas. El abanico se conformó, por lo tanto, como un verdadero arcoíris. Ese amplio recorrido va desde conservadores opuestos a cualquier alteración del *statu quo* –entre los que hay que contar también a muchos considerados “liberales”–, hasta referentes de las corrientes nacionalistas de entreguerras que querían recrear y en algunos casos refundar la universidad y la sociedad. Entre los católicos las posiciones fueron ambivalentes, y en algunos casos se mostraron moderadamente favorables, al menos en un primer momento. Pronto, sin embargo, las críticas sobre el rumbo del proceso y el rol del estudiantado se hicieron más fuertes hasta conducirlos en la mayoría de los casos a una frontal oposición. En las décadas siguientes, amplios sectores del peronismo, muchos de ellos activos durante las intervenciones ordenadas tras el golpe de estado de 1943, cuestionaron la reforma de 1918 –que supuestamente no había sido verdaderamente democratizadora– y propusieron una nueva ley orgánica que impugnaba algunas de las banderas históricas del movimiento, como la autonomía y la participación estu-

diantil (aunque incluía otras que luego pasarían a formar parte de la identidad reformista, como la gratuidad y el ingreso irrestricto). Por esos años, el humanismo universitario –opuesto a Perón– devino un actor clave y permitió la incorporación de un contingente de católicos a la militancia estudiantil, convirtiéndose en una vía alternativa al reformismo en su propuesta de modernización de la Universidad.

En los años sesenta y setenta, los cuestionamientos al reformismo se formularon desde un nuevo espacio institucional: las universidades privadas. En el otro extremo del espectro ideológico, las expresiones políticas ubicadas a la izquierda también impugnaron al reformismo, pero con la intención de “sobrepasarlo”. Finalmente, ya en la década de 1980, los sectores estudiantiles cercanos al partido neoliberal UCEDE (Unión de Centro Democrático) –la UPAU– volvieron a impugnar dicha tradición, aunque en el marco de nuevas coordenadas.

Más allá de esta ineludible heterogeneidad, pueden reconocerse algunos puntos nodales que, aunque con matices, tienden a repetirse a lo largo de la centuria. Desde el mismo estallido del conflicto, uno de los cuestionamientos más extendidos fue a la participación estudiantil en el gobierno de la universidad. Las otras aristas del reformismo resultaban más tolerables o incluso eran moderadamente apoyadas, como la renovación de las academias y la modernización de los planes de estudio. Por supuesto, la mayoría coincidía en cuestionar al menos parcialmente los métodos de lucha y los actos iconoclastas, pero el centro de las críticas se orientó a la participación estudiantil en donde se veía una subversión de jerarquías consideradas naturales y una amenaza más profunda al orden social. Para muchos católicos, impactados por la Revolución Rusa, y a partir de 1919 por la Semana Trágica, era nada más ni nada menos que la punta de lanza de un proceso revolucio-

nario que había que cortar de raíz. El “gran miedo” que dejaron los conflictos obreros tanto en Argentina como en el resto del mundo entre 1917 y 1922, circuló también con fuerza entre los grupos nacionalistas, aunque, como argumentaba Ernesto Palacio –uno de sus principales referentes–, el problema no era sólo el peligro revolucionario sino también, en un sentido más amplio, el avance de la democracia de masas y el desborde “popular” que suponía la ampliación electoral, representada en el país por el yrigoyenismo.

El anticomunismo que comenzó a ganar definición durante 1918 puede considerarse, por tanto, otra de las constantes comunes de la mayoría de las tendencias antirreformistas a lo largo de las décadas siguientes. Que la universidad era o podía convertirse en un semillero del comunismo fue una idea ampliamente difundida. Una letanía repetida en incontables oportunidades desde el período de entreguerras, como se hace evidente en la prensa católica y en las publicaciones de los principales intelectuales nacionalistas. Para ellos debía controlarse con particular cuidado a la juventud, dado que su idealismo la convertía en un actor “vulnerable”, reeditando tópicos “clásicos” de la coyuntura misma de la Reforma.

De igual manera, las denuncias de supuestos complots marxistas, maximalistas, soviéticos y judaicos recorrieron transversalmente periódicos y revistas católicas y nacionalistas durante el período de entreguerras, la década peronista y luego, con tintes cada vez más sombríos, en las décadas de 1960 y 1970. Jordán Bruno Genta, interventor de la Universidad Nacional del Litoral en 1943, como otros intelectuales nacionalistas y católicos, propuso una interpretación histórica de largo plazo en la que consideraba que el peligro de la disolución social y de la revolución había empezado ya con la Reforma Protestante, y en el caso argentino, había tenido en la ley 1420 de enseñanza común en la década de 1880, y en la reforma universitaria de 1918, dos de sus momentos clave. Según

Genta, de la mano de dichas iniciativas, se habían debilitado los anticuerpos sociales legados por la colonización hispánica y católica y, por ende, se había dejado a la sociedad argentina a merced del accionar de diversos complotos revolucionarios. La consecuencia lógica de dicha mirada era la profundización de los instrumentos represivos y el control de los diferentes niveles educativos, muy especialmente de la universidad.

Otro aspecto neurálgico de al menos parte de los sectores no reformistas fue su antiestatalismo: desde 1910 la Iglesia impulsó la Universidad Católica y denunció que la ley Avellaneda establecía un “monopolio” estatal contrario a los derechos naturales de la familia. El antiliberalismo del catolicismo del momento se combinó así con una paradójica crítica liberal. Se impugnaban las restricciones estatales a la emisión de títulos profesionales en universidades privadas e incluso se ponderaba el sistema universitario de los Estados Unidos, que *El Pueblo* consideraba, en ciertos aspectos, ejemplar. La reivindicación de la llamada “enseñanza libre” no fue retomada por el antirreformismo de los nacionalistas, pero sí luego por los humanistas, que a su vez incorporaron, con otros condimentos, elementos del discurso anti político de los nacionalistas que, como ellos, solían denunciar la “politiquería” de los partidos de masas.

El conflicto, que apeló en distintas oportunidades a la violencia física y simbólica, fue desde sus inicios otra de las constantes que cruzó la reforma y sus disidencias. Muchas de las historias que recorren el tomo están signadas por una guerra de imágenes y cuerpos. Componen esa galería el derribamiento de la estatua de García en 1918, la tristemente célebre “Noche de los bastones largos” y la misión Ivanissevich, pasando por el “asesinato” de Barros y las refriegas entre estudiantes y policías en los años del peronismo. Incluso uno de los periodos más ponderados por la memoria reformista, la “edad de oro” de la refundación posterior a 1955, es-

tuvo signado por la violencia concomitante al conflicto *laica o libre* (que incluyó escaramuzas varias, uso de armas de fuego, colocación de explosivos), los cruces en torno al financiamiento internacional de programas de investigación, o las visitas que terminaron en escándalos, como la de Walt Rostow en 1965.

El libro presenta así, capítulo a capítulo, un conjunto policromático de cuestionamientos a la reforma y a sus diferentes representaciones que ponen en jaque tanto las memorias militantes de uno y otro lado como los intentos por cristalizar la antinomia reformismo-antirreformismo de manera fija. Por el contrario, lo que los trabajos muestran es una constante redefinición de las fronteras, al compás tanto de los procesos políticos y culturales locales como internacionales.

Cada uno de los capítulos incluidos en el tomo abordan algunos o todos los tópicos reseñados, con las singularidades de los contextos locales y epocales a los que hacen referencia. Diego Mauro comienza analizando las cambiantes posiciones de actores del campo católico al calor de los hechos que dieron pie a la Reforma. En un primer momento la prensa confesional, como los estudiantes católicos se mostraron comprensivos con la huelga estudiantil –de la que muchos de ellos participaron–, pero pronto el fortalecimiento del tono anticlerical del discurso de los estudiantes reunidos en la Federación Universitaria, generó los primeros conflictos serios. Poco después, la fallida elección de Antonio Nores como rector –apoyado por la Iglesia– y el reclamo a favor de la participación estudiantil en el gobierno de la universidad, condujeron a la ruptura. Para los católicos, el pedido por el cogobierno amenazaba jerarquías “naturales” y abría la puerta a la descomposición social. Más aún, tras el aumento de la conflictividad obrera entre finales de 1918 y comienzos de 1919, los sucesos de Córdoba se convirtieron, para la prensa confesional y para mu-

chos de los miembros de los Centros Católicos de Estudiantes, en una muestra del peligroso avance comunista y de la necesidad de poner freno al “reformismo desviado” y al accionar de los agitadores profesionales.

Ana Clarisa Agüero y María Victoria Núñez, por su parte, reconstruyen el ataque perpetrado por Hugo Espinosa y Manuel Tapia al dirigente estudiantil reformista Enrique Barros, como puerta de entrada a las representaciones iniciales de la Reforma y del antirreformismo en la Córdoba de 1918. Si se trató o no de un ataque premeditado, si los atacantes eran legítimos representantes de los sectores antireformistas, si existió responsabilidad del mismo Barros y otros reformistas en el asalto, son los motivos que ilustran el imaginario de la esfera pública cordobesa en torno al suceso. Si bien la prensa estilizó el gravísimo hecho, sosteniendo que la actuación en el campo del honor reflejaba, necesariamente, la validez de las posturas que reformistas y antirreformistas defendían, las autoras no dejan de subrayar el clima faccioso en el que se desarrolló el enfrentamiento, y cómo su simplificación permitía, en un solo movimiento, agrupar a los diversos no reformismos bajo el mote de clericales, jesuitas, *cordistas*...

Ya en la década de 1920 el antirreformismo se convirtió en uno de los tópicos centrales del ascendente nacionalismo de derecha. Olga Echeverría recorre las intervenciones de figuras centrales de esta tradición, desde Carlos Ibarguren a Julio Irazusta, pasando por el poeta Leopoldo Lugones, Manuel Gálvez y los hombres de *Criterio* y *La Nueva República*. Para Echeverría la escasa recepción del discurso nacionalista –con componentes aristocratizantes y jerárquicos– en las aulas universitarias, pone de manifiesto su fracaso político y cultural. Más allá del papel central que le asignaban en muchos casos a las universidades, para los nacionalistas la reforma no era más que la expresión de un mismo proceso democratizador y decadente.

Omar Acha recorre en su trabajo la compleja relación entre la dirigencia reformista y el peronismo, y propone incorporar al análisis, como un actor diferente y poco explorado, al estudiantado en general, en muchos casos gran beneficiario de las ambiguas políticas del peronismo respecto de la universidad. Porque, si bien es cierto que el peronismo construyó una universidad que se distanciaba de las premisas reformistas –eliminando el cogobierno y restándole autonomía a las casas de altos estudios–, interpeló a la reforma, denunciándola por no ser verdaderamente “democratizante”. De hecho, y a pesar de que los relatos memorialísticos tiendan a minimizarlo, el peronismo introdujo innovaciones en la legislación universitaria que tuvieron efectos evidentes: el acceso gratuito y la política de becas, así como la creación de la universidad obrera se tradujeron en un crecimiento sostenido y vertiginoso del número de estudiantes que pasó de 51.000 en 1947 a alrededor de 140.000 en 1955. Vale la pena, por lo tanto, preguntarse sobre el efecto de estas medidas sobre el grueso del estudiantado.

El impacto de la segunda posguerra en la Universidad no se manifestó, solamente, en el incómodo lugar que venía a ocupar el peronismo en el escenario político argentino. En este marco, José Zanca analiza la aparición del humanismo universitario, una corriente singular por su posicionamiento y su historia posterior a 1955. Si bien los católicos se habían apartado del reformismo, dado el tinte anticlerical del movimiento, los humanistas fueron el producto de una nueva relación entre el laicado, la Iglesia y el mundo. Disidentes con la reforma –por su carácter “sectario”– y enemistados con su izquierdismo *comunizante*, pero alejados también de las directivas de la Iglesia Católica, los humanistas se convirtieron en una alternativa moderada y modernizadora, con capacidad para interpelar a amplios segmentos del estudiantado, al punto de convertirse en la primera fuerza de la Universidad de Buenos Aires a

mediados de los años sesenta. Otro tanto podía decirse de fuerzas “socialcristianas” en otras universidades del país –como el *integrismo* en Córdoba o el *ateneísmo* en Santa Fe–, movimientos que se radicalizarían al punto de que muchos de sus militantes convergerían con las primeras organizaciones armadas revolucionarias a fines de la década de 1960.

La salida del conflicto *laica o libre* de 1958 dio paso al surgimiento de un sistema educativo dual, público y privado. Las universidades privadas –en su mayoría confesionales– apenas creadas, se convirtieron en ensayos de casas de estudios modélicas y alternativas al perfil de la universidad reformista. Laura Rodríguez analiza el perfil ideológico de uno de sus representantes más idiosincráticos, el sacerdote e intelectual tomista Octavio Nicolás Derisi, quien fuera rector de la Universidad Católica de Buenos Aires (UCA) por más de veinte años. Para Derisi el reformismo había alejado a la universidad de su “cauce natural”, es decir, de su función primigenia en la cristiandad medieval. Eran las nuevas universidades confesionales, como la UCA, las que erigirían de nuevo el modelo despolitizado y entregado al “verdadero” saber, y las que le devolverían su antiguo brillo. Lejos de esa expectativa triunfalista, el trabajo de Rodríguez muestra que el discurso antirreformista católico en los años sesenta también entró en crisis. El Concilio Vaticano II y la reunión de Medellín en 1968 rompieron una tradición en la que la religión fungía como sustento del pensamiento conservador en América Latina. Distintas voces, al interior de la institución eclesiástica, reclamaron que en las universidades confesionales se pusieran en práctica muchos de los principios –como el cogobierno y la autonomía– que los sectores conservadores habían despreciado durante décadas.

Por esos años, no obstante, la impugnación a la reforma, característica del discurso anticomunista de los sectores de dere-



cha, se profundizó en paralelas con el proceso de radicalización política. Facundo Cersósimo disecciona las distintas vertientes del antirreformismo en este período, con particular atención a los planteos que alimentaron la célebre “intervención Ivanissevich” de 1974. El recorrido por figuras como Jordán Bruno Genta, Carlos Disandro y nuevamente Octavio Derisi, deja al descubierto el abanico de opiniones –divergentes, pero a su vez convergentes– que estos sectores elaboraron sobre la Reforma, tópicos que conformaban un sentido común entre la disidencia reformista, y a través de los cuales es posible reconocer los contornos de una filosofía antirreformista de carácter teológico, político y cultural. Cersósimo identifica, en las críticas a la reforma de estos intelectuales radicalizados del período inmediatamente anterior a la última dictadura militar (1976-1983), los elementos propios de una vertiente anticomunista, antidemocrática y antiliberal fuertemente sedimentada.

Cierra este volumen el trabajo de Valeria Manzano, abogado a la última gran alternativa al reformismo que surgió en los años ochenta del siglo pasado, en el medio de la primavera democrática: la UPAU (Unión por la Apertura Universitaria), una organización estudiantil vinculada a la Unión de Centro Democrático (UCEDE), un partido liberal que arrastraba algunas de las viejas banderas del conservadurismo argentino. Si bien la UPAU reivindicaba el gobierno tripartito y la autonomía universitaria, hacía del discurso apolítico uno de sus principales argumentos. En el marco de la desesperada repolitización de la sociedad argentina luego de siete años de dictadura, la UPAU ganó adeptos –hasta convertirse en una fuerza gravitante en distintos centros de estudiantes tradicionalmente reformistas– con un discurso centrado en términos como “bienestar” y “eficiencia”, palabras que reflejaban una socialmente extendida crítica al funcionamiento del Estado y su bu-

rocracia, y una no tan nueva –aunque sí transmutada– crítica a la intervención de la política partidaria en la vida universitaria.

Como puede apreciarse, los artículos permiten recorrer los caminos de la disidencia reformista en la larga duración, poniendo en evidencia la supervivencia y el éxito de las banderas reformistas (por lo menos las del cogobierno y la autonomía, pero también una serie de imágenes que acompañan su espíritu) que sobrevivieron a todo tipo de cuestionamientos, provenientes de los diferentes gobiernos militares, del Estado –como la ley peronista de 1947– y de diversos sectores conservadores, así como de grupos que se hicieron, en forma temporal, con posiciones de poder dentro de la universidad o los centros de estudiantes. Esos triunfos parciales de la disidencia aparecen marcados por un discurso legitimante y común: fueron capaces de interpelar a los estudiantes subrayando su vocación gremial, opuesta a la “politización”, y recalcando su autonomía como espacio que no debía contaminarse con las tensiones político-partidarias de la sociedad. Esta mirada implicaba concebir a la actividad política con algún grado de toxicidad, capaz de alterar la misión natural de las casas de altos estudios. En ese aspecto, si la reforma nació con un fuerte espíritu ecuménico, con aspiraciones a proyectarse a la juventud latinoamericana, y con vertebraciones antimperialistas, la disidencia reformista, incluso aquella que podía adherir a muchos de sus postulados, mantuvo su reserva o su franca oposición a reivindicar dicho espíritu y, menos aún, a plegarse al izquierdismo que anidaba en algunas de esas manifestaciones primigenias. Estos triunfos parciales del no reformismo (e incluso los asaltos a la universidad del antirreformismo) hacen de la pregunta de Omar Acha un desafío estimulante. ¿Qué tan reformistas fueron los estudiantes universitarios en cada período? O reformulando la ecuación: ¿cuánto peso tuvo la identidad reformista, desvinculada de otros componentes, a la

hora de decidir el voto de los estudiantes? La respuesta no puede menos que ser ambigua.

Su centralidad en términos de interpelación política resulta, sin embargo, innegable en la vida universitaria de los diferentes claustros. Si bien a lo largo del siglo XX los balances de poder y la composición de los grupos hegemónicos fueron variando en cada momento, la apelación a la reforma –o su disidencia– funcionó una y otra vez como un santo y seña de las diferentes coaliciones. Un referente ineludible, tanto para proyectar los diferentes modelos de universidad en disputa, como para obtener la legitimación necesaria para conquistar o mantener posiciones de poder. La disidencia funcionó como un referente con el cual la reforma pudo autointerpretarse. Como todo “otro”, esa disidencia fue en parte lo que los reformistas inventaron, y en parte aquello que los no reformistas proyectaron. Este volumen intenta echar algo de luz sobre ese particular juego de espejos.

Diego Mauro  
José Zanca



# Los católicos frente a la reforma universitaria (1917-1922)<sup>1</sup>

Diego Mauro\*

(CONICET/Universidad Nacional de Rosario)

\*Doctor en Humanidades y Artes. Investigador Adjunto del CONICET y docente en la Universidad Nacional de Rosario y en la Universidad Autónoma de Entre Ríos. Miembro de Red de Estudios de Historia de la Secularización y la Laicidad (redhisel). Ha publicado, entre otros libros: *De los templos a las calles. Catolicismo, sociedad y política en Santa Fe: 1900-1937* (UNL, 2010; Prohistoria, 2018) y *Reformismo liberal y política de masas. Demócratas Progresistas y radicales en Santa Fe: 1921-1937* (Prohistoria, 2013).

1: Agradezco a Ana Clarisa Agüero y a María Virginia Núñez sus comentarios y el acceso a ejemplares digitalizados de El Cruzado.



## **Introducción**

En marzo de 1918, cuando se iniciaron las huelgas estudiantiles en la Universidad de Córdoba, los centros de estudiantes católicos, así como la prensa confesional, adoptaron posiciones a las que cabría definir como moderadas. Si bien no dejaron de plantear objeciones sobre la huelga como método de lucha o de formular críticas a los sectores considerados “anticlericales”, evaluaron, al mismo tiempo, que se trataba de un reclamo justo y que las reformas eran necesarias. A finales de 1918, menos de un año después de iniciado el conflicto, las posturas, entre expectantes y comprensivas, de los primeros meses, se habían disipado y, en su lugar, se esgrimía una crítica virulenta que se profundizaría durante 1919. ¿Qué había ocurrido entre uno y otro escenario?

El capítulo que sigue ensaya una respuesta a partir de un análisis de la coyuntura, conjugando variables y tendencias generales –relacionadas con el contexto de efervescencia social que se vivía tanto en el plano nacional como internacional– con la dimensión acontecimental del fenómeno y las lógicas del tiempo corto de la política. Con dicho objetivo, se reconstruyen paso a paso las posiciones católicas sobre el proceso reformista desde finales de 1917, cuando tras el cierre del Hospital de Clínicas se plantearon los primeros reclamos, hasta comienzos de la década de 1920, cuando la onda expansiva de los sucesos de Córdoba ya se había hecho sentir en las otras universidades del país. El trabajo identifica algunos de los puntos de inflexión e intenta seguir las diferentes modulaciones argumentales que fueron conduciendo a la Iglesia, y a parte del laicado, hacia posiciones cada vez más nítidamente antirreformistas.

De esta manera se espera contribuir tanto al conocimiento de las representaciones de la reforma que circularon en diferentes grupos católicos, como a la comprensión de la configuración de las

identidades reformistas, surgidas al calor de los conflictos y enfrentamientos que fueron definiendo y redefiniendo las fronteras de los campos en disputa.

### **De la confluencia a la ruptura**

Las tentativas de introducir reformas durante 1917 y a comienzos de 1918, en el marco de los debates que se venían dando desde años anteriores, fueron recibidas con un moderado optimismo por los católicos. La necesidad de mejorar los mecanismos de selección del profesorado y transformar las academias, así como el objetivo de modernizar los planes de estudio y *aggiornar* el funcionamiento burocrático de las universidades, en un sentido similar al transitado por la Universidad de Buenos Aires a comienzos de siglo, tenían consenso en al menos buena parte de los círculos católicos y, en el caso de Córdoba, era avalado también por figuras del “conservadurismo liberal”, como Ramón Cárcano, quien ya en 1892 había planteado la cuestión.<sup>2</sup> También había coincidencias a la hora de cuestionar el perfil “profesionalista” de la universidad, y la llamada “doctomanía”, que el catolicismo consideraba uno de los problemas a superar.<sup>3</sup>

En marzo de 1918, como respuesta a la resolución del Consejo Superior de la Universidad, que rechazó los reclamos de las Facultades de Derecho y Medicina, se conformó un Comité Pro Reforma para lanzar un plan de lucha. En la ocasión, para favorecer la unidad, se acordó dejar de lado los posicionamientos políticos y

2: Cárcano, Ramón, *Universidad de Córdoba. Algunas palabras sobre su organización*, Buenos Aires: Félix Lajouane-Librero Editor, 1892.

3: Terán, Oscar (coord.), *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2004.



religiosos en pos de un pliego de reivindicaciones estrictamente centrado en el funcionamiento universitario.<sup>4</sup>

Aunque ya por esos días las posturas anticlericales de algunos de los participantes preocupaban al Obispado, la crítica al anquilosamiento de las “camarillas” gobernantes resultaba funcional a los reclamos de la Iglesia por la sanción de una ley de enseñanza libre que desregulara el control estatal sobre la educación en sus diferentes esferas. Tal como se había planteado en el documento del Episcopado de 1909, la Iglesia apostaba por una nueva ley orgánica que, entre otras cosas, permitiera una redistribución del presupuesto y el reconocimiento oficial de la Universidad Católica, creada en Buenos Aires en 1910.

Durante los primeros meses de 1918, según el diario católico *El Pueblo* de Buenos Aires, las demandas de los estudiantes cordobeses eran de “innegable razón” y reflejaban “aspiraciones legítimas” que no debían confundirse con un mero “desplante de muchachada inexperta”. Se trataba, en otras palabras, de un “movimiento serio” que apuntaba a acabar con “corruptelas” y “errores fundamentales” que mantenían a la Universidad de Córdoba en un estado de “postración insostenible”. No se dejaba de advertir sobre posibles “desvíos” o “sectarismos” de parte de “algunos elementos”, pero en términos generales, tanto el matutino porteño como el diario católico de Córdoba *Los Principios*, reflejaron un cauto optimismo sobre la orientación del proceso.<sup>5</sup> Asimismo, las suspicacias

4: Referencia a estos acuerdos en: “Manifiesto del CPDU”, en *Los Principios*, 17/7/1918, Córdoba.

5: “Sobre reforma universitaria”, en *El Pueblo*, 12/4/1918; “El conflicto universitario en Córdoba. Ante todo y por encima de todo debe prevalecer la verdad”, en *El Pueblo*, 17/4/1918, Buenos Aires. Sobre las posiciones y los roles jugados por el diario *Los Principios* durante 1918: Schenone, Gabriela, “La praxis y el discurso contra la Reforma Universitaria de 1918. Aproximaciones desde la mirada del diario *Los Principios*”, en Vidal, Gardenia y Blanco, Jessica (compiladoras), *Catolicis-*

generadas por la intervención nacional en un primer momento fueron dejadas de lado, y se avaló públicamente la designación de Nicolás Matienzo, considerado una garantía de “seriedad” y “justicia” y un exponente del reformismo social y político que, aunque con matices, también la Iglesia y los católicos sociales alentaban desde finales del siglo XIX.<sup>6</sup>

Con el paso de las semanas, sin embargo, este apoyo inicial comenzó a resquebrajarse y la convivencia entre los estudiantes católicos, provenientes del Centro Católico de Estudiantes (en adelante: CCE), y los principales referentes de los Centros de Medicina, Ingeniería y Derecho al interior del Comité Pro Reforma en Córdoba, se hizo más tensa. Según *El Pueblo* –en sintonía con *Los Principios*–, el problema era que “elementos sectarios” intentaban distorsionar el sentido de la protesta, atribuyendo los males de la universidad al “espíritu retrógrado” de los católicos, e impulsando medidas arbitrarias como la supresión de la cátedra de derecho público eclesiástico.<sup>7</sup>

De igual manera, se multiplicaron los roces en torno a los métodos de lucha impulsados por el Comité Pro Reforma, y poco después por la Federación Universitaria de Córdoba, creada en

*mo y política en Córdoba. Siglos XIX y XX*, Córdoba: Ferreyra Editor, 2010, pp. 43-60.

6: “El conflicto universitario en Córdoba”, en *El Pueblo*, 6 y 7 de mayo de 1918, Buenos Aires. Matienzo había sido decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Plata, y había estado vinculado a la eliminación de las academias vitalicias en Buenos Aires entre 1904 y 1906. Sobre el reformismo católico: Filoramo, G. y Menozzi, D. (a cura di), *Storia del cristianesimo. L'età contemporanea* Roma: Bari-Laterza, 2009. Para Argentina: Lida, Miranda, *Historia del catolicismo en la Argentina, entre el siglo XIX y el XX*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2015; y Di Stefano, Roberto y Zanatta, Loris, *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires: Mondadori, 2010.

7: “Los que saben renunciar”, en *El Pueblo*, 18/4/1918, Buenos Aires; “En torno al conflicto universitario de Córdoba”, en *El Pueblo*, 24/04/1918, Buenos Aires.

el marco del conflicto para nuclear a los centros de estudiantes que alentaban los cambios (en adelante: FUC). Si bien los católicos aceptaban las manifestaciones y la huelga estudiantil, las consideraban acciones extremas que sólo tenían que emplearse excepcionalmente y con el fin de retomar lo antes posible los canales institucionales y las vías formales de negociación. En este punto, además, diferían en el destinatario de las demandas. Mientras la FUC interpelaba a la sociedad en su conjunto, los católicos colocaban como principales interlocutores a las mismas autoridades de la Universidad y, cuanto mucho, en un sentido general, al Estado nacional.

Las tensiones siguieron *in crescendo*, y desde el Centro Católico de Estudiantes se comenzó a diferenciar más tajantemente entre el “verdadero” reformismo, impulsado por ellos y que tenía como antecedentes los proyectos de reforma de la Academia de la Facultad de Medicina presentados por Antonio Nores en 1914 –avalados por Garzón Maceda y figuras clave del catolicismo como Arturo Bas y Juan Cafferata–, y el “falso reformismo improvisado”, que se alejaba de los objetivos originales, arrastrado por un “sectarismo revolucionario” que mezclaba los problemas propios de la universidad con otros de índole política y social. En esta línea, tras la intervención de Matienzo y la aprobación, por parte del Poder Ejecutivo, de los nuevos estatutos el 7 de mayo, los católicos consideraron que comenzaba a transitarse el fin del proceso y que era necesario aguardar la progresiva aplicación de las nuevas orientaciones. Esto implicaba que los nuevos Consejos Directivos y Superiores serían elegidos, como ocurría en la Universidad de Buenos Aires tras la reforma de 1906, por el plantel de profesores y no por los miembros vitalicios de las academias. Como reflexiona Ana Clarisa Agüero, por entonces era difícil prever la radicalización del conflicto cuando todo parecía apuntar en la dirección contraria: la

de la progresiva normalización de la situación –al margen de los ecos que resonaban en otras universidades del país.<sup>8</sup> El propio diario *La Voz del Interior*, de Córdoba, uno de los principales impulsores del reformismo en los meses siguientes, lo entendió de ese modo y tituló: “El principio del fin”.<sup>9</sup> La agitación estudiantil, no obstante, continuó al calor de los procesos eleccionarios en las facultades, donde los candidatos reformistas obtuvieron importantes triunfos, ayudados por las renunciadas previas de parte del profesorado opositor. Desde la prensa católica se subrayó este aspecto, se volvió a llamar la atención sobre la orientación sectaria de parte del movimiento, y se cuestionó sobre todo la supuesta impaciencia de la FUC, que parecía no tener la voluntad de respetar los tiempos institucionales de los nuevos estatutos.<sup>10</sup>

Desde la otra vereda las cosas se veían de manera bastante diferente. Para los principales referentes de la Federación Universitaria, la reforma estaba todavía en pañales. Primero, porque faltaba la elección del rector –considerada fundamental para asegurar la plasmación de los cambios que se venían impulsando desde las facultades–; segundo, porque al calor de las asambleas y mítines el pliego de reivindicaciones se había ido engrosando con nuevas demandas y propuestas (entre ellas, varias que cuestionaban a la Iglesia y demandaban una mayor laicización tanto de las institu-

8: Agüero, Ana Clarisa, “El principio del fin. Tiempo y experiencia en el primer ciclo reformista”, *XVI Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia*, Mar del Plata, 2017. Sobre la situación en Córdoba y las razones de posibilidad del proceso: Agüero, Ana Clarisa, “Córdoba. 1918, más acá de la reforma”, en Gorelik, Adrián y Arêas Peixoto, Fernanda (comp.), *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2016.

9: “El conflicto universitario. El principio del fin”, en *La Voz del Interior*, 29/5/1918, Córdoba.

10: “Desnaturalizando un movimiento”, en *El Pueblo*, 20 y 21 de mayo de 1918, Buenos Aires.

ciones como de la vida social y cultural). Por tanto, mientras para los católicos “la reforma ya se había hecho”, para la FUC, en un clima de entusiasmo, restaba todavía mucho que discutir: mecanismos de selección del profesorado, un nuevo régimen de asistencia, docencia libre, extensión universitaria, composición de los órganos de gobierno, libertad de pensamiento (aspecto en el que se subrayaba la necesidad de “desclericalizar” los planes de estudio).<sup>11</sup> Frente a esto, las críticas de los católicos se profundizaron y desde *Los Principios* y *El Cruzado* en Córdoba, la revista *Acción Social* en Rosario y *El Pueblo* en Buenos Aires, comenzó a hablarse ya sin vueltas de “extravío” y de la necesidad de poner “coto” a los “estallidos pasionales”, en una lectura que, marcada a fuego por el miedo a la revolución rusa y las incertidumbres de los procesos de ampliación electoral en curso, miraba con franca preocupación la movilización estudiantil. Se negó, asimismo, que la Iglesia tuviera alguna injerencia en la definición de los contenidos analíticos de las carreras y se destacó, por el contrario, la centralidad que las corrientes positivistas tenían en la universidad.<sup>12</sup>

En este escenario de creciente distanciamiento y rivalidad, la elección como rector del candidato de la agrupación *Corda Frates*, Antonio Nores, por sobre el apadrinado por la FUC,

11: Como señala Ana Clarisa Agüero, una buena muestra de este clima triunfalista se aprecia en la actividad pública de Taborda en junio de ese año. Al respecto se puede consultar el dossier titulado: “1918. Tentativas en torno a Saúl Taborda, Córdoba y la Reforma Universitaria”, en *Políticas de la Memoria*, N°6, 2015/2016, pp. 274-277.

12: Si bien era cierto que la impronta católica marcaba más que en otras ciudades la vida académica cordobesa, la universidad no había permanecido ajena a los procesos de “modernización” que se habían dado en otras casas de estudio. Al respecto: Buchbinder, Pablo, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires: Sudamericana, 2010, pp. 96-98. En una perspectiva diferente: Tcach, César, “Movimiento estudiantil e intelectualidad reformista en Argentina, 1918-1946”, en *Cuadernos de Historia*, N° 37, Universidad de Chile, diciembre de 2012, pp. 131-157.

Enrique Martínez Paz –tras el vuelco de votos del tercer competidor, Alejandro Centeno–, produjo una verdadera rebelión. La designación no llegó a producirse porque los estudiantes que rodeaban el edificio invadieron el recinto denunciando un “complot clerical”, y exigiendo la concreción de las reformas. En medio de las trifulcas que se produjeron, algunos intentaron derribar sin suerte la estatua de Trejo y otros atacaron los cuadros de la sala, entre ellos los de Gregorio Funes y Castro Barros. El Comité Pro Defensa de la Universidad (en adelante: CPDU), conformado en pleno conflicto, y al que se sumaron la mayoría de los sectores católicos, denunció los hechos y llamó a defender la legalidad y legitimidad de Nores, elegido según los nuevos estatutos. La FUC, en respuesta, los acusó de formar parte de la “camarilla” que detenía las reformas y pidió una nueva intervención nacional que asegurara ahora la participación estudiantil en el gobierno.<sup>13</sup> Como reflexiona Pablo Buchbinder, la elección de Nores convenció a los estudiantes de que las reformas no podían asegurarse, como habían pensado en un primer momento, apoyándose solamente en el profesorado. Desde entonces, tal como se había discutido –aunque sin consenso– en los congresos estudiantiles de Montevideo (1908), Buenos Aires (1910) y Lima (1912), la participación estudiantil en los órganos de gobierno se convirtió en una exigencia central.<sup>14</sup>

13: El 15 de junio los católicos abandonaron la FUC al tiempo en que, por resolución de la asamblea, eran expulsados. “Manifiesto del CPDU”, en *Los Principios*, 16/6/1918, Córdoba. Sobre el estudiantado católico: Gabriela Schenone, “El accionar del estudiantado católico en la UNC durante la Reforma Universitaria de 1918”, en *Modernidades*, N° 11, 2011.

14: Buchbinder, Pablo, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires: Sudamericana, 2010, pp. 93-94. También en esta línea: Chiroleu, Adriana, “La reforma universitaria”, en Ricardo Falcón (dir.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas, 1916-1930*, Nueva Historia Argentina, Buenos Aires: Sudamericana, 2000, pp. 359-389.

La réplica del CPDU no tardó en llegar. Sus principales referentes volvieron a insistir en el origen católico de la “verdadera” reforma, que no subvertía las jerarquías “naturales”, y atacaron con particular ensañamiento al derrotado candidato de los reformistas, Enrique Martínez Paz. Para el diario *El Pueblo*, invirtiendo las imágenes de la FUC, se trataba lisa y llanamente de un farsante y un demagogo, parte de la “camarilla oligárquica” que en el pasado había resistido la reforma impulsada por Nores y que ahora se plegaba al movimiento por mera conveniencia.<sup>15</sup> Cuestionaba además lo que calificaba como el espíritu antidemocrático de los reformistas, puesto que “rechazaban” la elección porque el resultado no los había favorecido, en una prueba de que no sabían si quiera “tartamudear [...] el verbo de la libertad y la justicia”.<sup>16</sup>

Por primera vez se tensó también la relación entre los católicos y el presidente Hipólito Yrigoyen, al que solicitaron públicamente no dejarse presionar por los estudiantes –ahora nucleados a nivel nacional en la Federación Universitaria Argentina– y defender la elección de Nores. Al mismo tiempo, desde las páginas de *El Heraldo Universitario*, lanzado a fines de junio por el CPDU con el apoyo de la imprenta de *Los Principios*, se reforzó el discurso de oposición entre los “verdaderos reformistas” y los “falsos” estudiantes “infiltrados”, que no buscaban el progreso de la universidad sino generar desorden y caos.<sup>17</sup> Si bien desde un primer momento los católicos cuestionaron las muestras de “incultura” del estudiantado, tras la resistida elección de Nores y los incidentes

15: “Dos iniciadores”, en *El Pueblo*, 28/6/1918, Buenos Aires.

16: “En la Universidad de Córdoba. Hecho bochornoso”, en *El Pueblo* 16/6/1918; “Bochornoso”, en *El Pueblo*, 17 y 18 de junio de 1918; “Estallido de pasiones”, en *El Pueblo*, 19/6/1918, Buenos Aires.

17: *El Heraldo Universitario* contó con el apoyo de Dutari Rodríguez, al frente de *Los Principios*, y se imprimió en los talleres del diario.

que se produjeron en la universidad el 15 de junio, comenzaron a considerarlos directamente “bárbaros” que venían a hundir la civilización. Asimismo, en respuesta a las proclamas de la FUC, buscaron marcar límites a las propuestas de participación estudiantil en el gobierno que, para varios miembros del Comité, eran el reflejo de concepciones sociales “disolventes” y de una suerte de mal entre biológico y psíquico que afectaba a los jóvenes: la llamada “epilepsia heroica”<sup>18</sup>.

Por otro lado, lanzaron una campaña a favor de Nores que incluyó viajes de delegados del CPDU a Buenos Aires, Rosario y Paraná, y la publicación de cartas y solicitadas de apoyo para su candidatura. En Rosario, una delegación de Córdoba junto a miembros del Centro Católico de Estudiantes de La Plata se hizo presente para colaborar en la refundación del Centro de la ciudad. Desde entonces, la revista del Círculo de Obreros, *Acción Social*, se puso al frente de la campaña a favor de Nores a nivel local.<sup>19</sup> Se realizaron también varias asambleas y mítines públicos en los que, entre otras cosas, se insistió en la legitimidad de la elección y en la composición variada de sus votantes. Según *El Pueblo*, la mitad de los votos provenían de figuras que no militaban ni habían militado en las filas católicas, lo cual demostraba que no había habido ninguna maniobra “clerical”.<sup>20</sup>

18: “Estallido de pasiones”, en *El Pueblo*, 19/8/1918, Buenos Aires.

19: “La cuestión universitaria. Con el doctor Nores”, en *Acción Social*, 20/7/1918, Rosario. Sobre la creación del Centro de Estudiantes: “Un triunfo más de la organización de los estudiantes católicos”, en *Acción Social*, 30/7/1918, Rosario. La edición del 20 de agosto de la revista volvió a ocuparse de la reforma y publicó en tapa una foto de Nores.

20: “La elección del rector en la Universidad de Córdoba”, en *El Pueblo*, 19/6/1918; “Al Dr. Antonio Nores. Adhesiones y felicitaciones”, en *El Pueblo*, 22/6/1918, Buenos Aires.



Tras la difusión en *La Gaceta Universitaria* del célebre Manifiesto Liminar, los católicos cordobeses realizaron un acto público el 23 de junio en la Plaza San Martín que incluyó una movilización hasta la Plaza Colón, con la participación de diversas organizaciones, como el Círculo de Obreros y la Asociación de Artesanos de San José. En Buenos Aires, donde también se había creado un Comité Pro Defensa encabezado por Pedro Tilli y Atilio Dell’Oro Maini, los católicos realizaron varios mítines en Plaza Once, en Plaza del Congreso y en la esquina de Juramento y Cabildo, donde Norberto Repetto, Dionisio Napal, Samuel Medrano y Roberto Meisegeir, entre otros, reivindicaron la “verdadera” reforma, encarnada por Nores, y cuestionaron el sectarismo “liberticida” y “fanático” de la FUC surgido de la descomposición social que sufría el país ante el avance del liberalismo en la vida social y política.<sup>21</sup>

En este marco de creciente conflictividad, agudizada por el rumor de la designación de Telémaco Susini como interventor, fuertemente resistida por los católicos, la renuncia de Nores y, poco después, el derribo de la estatua de Rafael García, terminaron por dividir definitivamente las aguas y minar cualquier posibilidad de entendimiento.<sup>22</sup> Como analiza Carolina Romano, el ataque a la estatua, que fue encontrada volteada hacia el lado izquierdo y acompañada de una nota con la inscripción “Por frailón no lo queremos”, generó honda indignación entre los católicos y radi-

21: “El conflicto universitario en Córdoba. Dos grandes asambleas católicas”, en *El Pueblo*, 29 y 30 de julio de 1918; “El conflicto universitario de Córdoba. Gran asamblea en la Plaza del Congreso”, en *El Pueblo*, 5 y 6 de agosto de 1918, Buenos Aires; “Comité Pro-Defensa de la Universidad de Buenos Aires”, en *Los Principios*, 20/8/1918, Córdoba.

22: “La gitanería en la intervención universitaria”, en *El Pueblo*, 8/8/1918; “La cuestión universitaria de Córdoba. La renuncia del Dr. Nores”, en *El Pueblo*, 8/8/1918; “Escondiendo una estatua”, en *El Pueblo*, 16 y 17 de agosto de 1918, Buenos Aires.

calizó su oposición al proceso. El Obispado, que ya había publicado una fuerte pastoral el 6 de julio, llamó entonces, junto al CPDU y el CCE, a combatir directamente lo que muchos comenzaban a caracterizar como un intento de revolución maximalista y bolchevique. Se realizaron numerosas conferencias sobre lo sucedido el sábado 17, y un acto de desagravio y restitución de la estatua el domingo 18, que coincidió con otro organizado por la FUC.<sup>23</sup> Según los periódicos, los oradores de ambos actos, separados por un cordón policial, entablaron verdaderos “matches” para imponerse unos sobre otros a través de sus discursos.<sup>24</sup> En la ocasión, en sintonía con *Los Principios*, aun cuando la FUC se deslindó de los hechos, *El Pueblo* llamó “montoneros” a los reformistas porque representaban supuestamente el avance de una nueva forma de “barbarie” que tenía su norte en la revolución rusa. Poco después, tras la toma de la universidad por la FUC encabezada por Enrique Barros –y la llegada de la intervención del ministro Salinas–, la barbarie devino directamente –según el diario– “sovietización”. “Se ha procedido –señalaban– como proceden los soviets en Rusia ni más ni menos. Y el alocamiento llega a lo grotesco y lo inaguantable”.<sup>25</sup> Por cierto, las propias declaraciones de los principales referentes reformistas alentaban en parte estas interpretaciones alarmistas desde que, como en el caso de Deodoro Roca, señalaban que ya no buscaban

23: “La Juventud Universitaria de Pie”, en *Los Principios*, 17/8/1918, Córdoba.

24: Para una pormenorizada reconstrucción de los hechos: Romano, Carolina, “La imagen como espacio de conflicto. Un episodio en el itinerario de la Reforma Universitaria de Córdoba”, XVI Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia, Mar del Plata, 2017.

25: “En la Federación Universitaria Argentina. Las últimas asambleas. A la manera de los soviets...”, en *El Pueblo*, 12/9/1918; “El maximalismo en Córdoba”, *El Pueblo*, 9 y 10 de septiembre de 1918, Buenos Aires; “Días de lucha”, en *El Cruzado*, N° 133, Córdoba.

una reforma sino una verdadera revolución, e interpelaban a la juventud americana.<sup>26</sup>

A partir de entonces, se hicieron más fuertes también las críticas al radicalismo yrigoyenista, que no sólo no había puesto los límites necesarios al accionar estudiantil, supuestamente guiado por intereses electoralistas, sino que –según los católicos– lo había apañado aceptando la renuncia de Nores y avalando la realización de un nuevo proceso eleccionario que terminó consagrando como rector a Eliseo Soaje, un candidato de orientación reformista.<sup>27</sup>

A esta altura, junto a las críticas personales a la figura de Martínez Paz y los cuestionamientos a los estudiantes reformistas por sus excesos e “incultura”, los católicos habían ido hilvanando una interpretación más general de lo que acontecía, en las que se retomaban los lineamientos del catolicismo social –impulsado por la Iglesia desde finales del siglo XIX–, y elementos del nacionalismo católico, revigorizado tras los festejos del Centenario.<sup>28</sup> Para los dirigentes del laicado y parte de las jerarquías, la radicalización no podía desvincularse del avance del liberalismo en la sociedad, y muy especialmente del laicismo en la escuela pública tras la sanción de la ley 1420, un tópico insistentemente repetido por los obispos en sus declaraciones conjuntas.<sup>29</sup> En ese contexto, el

26: Al respecto: Tcach, César, “Movimiento estudiantil e intelectualidad reformista en Argentina, 1918-1946”, en *Cuadernos de Historia*, N° 37, Universidad de Chile, diciembre de 2012, pp. 131-157.

27: Sobre las supuestas negociaciones de los reformistas con el radicalismo y las tensiones al interior del movimiento: Vidal, Gardenia, “La Reforma Universitaria de 1918 y la Unión Cívica Radical”, en *Cuadernos de Historia*, Serie Economía y Sociedad, N° 7, CIFYH-UNC, 2005, pp. 187-212.

28: Acerca de la coyuntura del centenario y el nacionalismo católico: Lida, Miranda, *Historia del catolicismo en Argentina, entre los siglos XIX y XX*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2015, pp. 61-90.

29: Sobre los debates acerca del impacto de la ley 1420 y las características de la laicidad argentina: Di Stefano, Roberto, “Por una historia de la seculariza-

anarquismo, el bolchevismo y en general las ideologías maximalistas –argumentaban– habían hallado un terreno fértil para prosperar ante la supuesta falta de anticuerpos capaces de aniquilar a los “gérmenes” que infectaban el organismo social. Según el obispo de Córdoba Fray Zenón Bustos, se estaba pagando el precio del avance del laicismo en el pasado y de la sordera de las élites dirigentes en el presente, que se rehusaban a actuar para contener la cuestión social, negándose a aplicar el programa de reformas alentado por los católicos sociales. En la misma tónica, *Acción Social* atribuyó los conflictos a la destrucción de las creencias y los ideales por la “escuela sin Dios y sin moral”, y a la falta de compromiso con el programa socialcristiano.<sup>30</sup> Por tanto, para un número cada vez mayor de actores del campo católico, los conflictos en la universidad no podían explicarse meramente como una consecuencia de la rigidez estatutaria o la existencia de “camarillas”, algo que también ellos cuestionaban –aunque difirieran en los métodos y el tenor de las protestas–, sino como un emergente de dinámicas más graves y profundas, de la mano de los cuales se habían ido generando las condiciones para la difusión, como en otras partes del mundo, de las denominadas ideologías “disolventes”.

## El “gran miedo”

En respuesta a la radicalización del movimiento estudiantil y sus multitudinarios mítines, y probablemente también con el objetivo de contrarrestar la anunciada realización, en Córdoba,

ción y la laicidad en la Argentina”, en *Quinto Sol*, XV/1, La Pampa: 2011, pp. 1-31; Mauro, Diego, “Procesos de laicización en Santa Fe (Argentina): 1860-1900. Consideraciones sobre la Argentina liberal y laica”, en *Revista de Indias*, N° 61, CSIC, 2014, pp. 539-560.

30: “Para nuestra juventud”, en *Acción Social*, 30/9/1918, Rosario.

durante diciembre, del Congreso Nacional de Libre Pensamiento, el Obispado convocó para octubre de 1918 a un Congreso Católico Diocesano que tuvo como rasgo distintivo la presencia católica en las calles.<sup>31</sup> Un fenómeno que venía en crecimiento desde finales del siglo XIX, de la mano del impulso dado por la Santa Sede a las devociones marianas y al culto eucarístico en el seno de las principales ciudades.<sup>32</sup> En la ocasión, a las habituales disertaciones a puertas cerradas se agregaron conferencias públicas en la Plaza Colón y la Plaza San Martín y, como había ocurrido dos años antes en Buenos Aires durante el Congreso Eucarístico Nacional, se realizó también un multitudinario acto de cierre, el domingo 13, en presencia del nuncio eclesiástico.<sup>33</sup> El congreso sirvió además de para mostrar fortaleza en las calles a fin de dejar constituida una federación destinada a “unir” y coordinar las “fuerzas católicas” de la diócesis. En línea con lo que en breve sería a nivel nacional la Unión Popular Católica Argentina, la nueva entidad contó con un consejo directivo que, avalado por el obispo, nucleó a las principales figuras identificadas con el CPDU, como Antonio Nores, y a destacados dirigentes católicos, como Juan Cafferata, Arturo Bas y Dutari Rodríguez, por entonces al frente del diario *Los Principios* y designado presidente. La prensa católica se refirió exultante al

31: Al respecto: Núñez, María Victoria, “Pensar la Reforma a través de un Congreso de Libre Pensamiento”, en XVI Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia, Mar del Plata, 2017.

32: Sobre las devociones marianas y los procesos de movilización del catolicismo: Lida, Miranda, “Los congresos eucarísticos en la Argentina del siglo XX”, en *Investigaciones y ensayos*, N° 58, Buenos Aires, 2009, pp. 286-324; Mauro, Diego, “Las multitudes católicas argentina en la primera mitad del siglo XX. Religión, política y sociedad de masas”, en *Quinto Sol*, vol. 19, N° 3, 2015 y *De los templos a las calles. Catolicismo, sociedad y política en Santa Fe, 1900-1937*, Prohistoria, 2018; Di Stefano, Roberto y Ramón Solans, Francisco (eds.), *Marian Devotions, Political Mobilization and Nationalism in Europe and Latin America*, Palgrave, 2016.

33: Sobre el Congreso: *Los Principios*, 10, 11 y 12 de octubre de 1918, Córdoba.

“despertar de Córdoba”, de la “verdadera Córdoba”, “la grande, la docta, la tradicional”, y, más confiada, se permitió incluso lanzar una advertencia: “el cristianismo ha despertado de su sueño. Tendrán que contar con ello en adelante sus enemigos velados o desmascarados [...] cuantos anhelan destruir la civilización y el progreso, cuantos quieren engañar al pueblo para explotarle y chupar su sangre”.<sup>34</sup>

El optimismo, no obstante, duró poco tiempo. El atentado al dirigente reformista Enrique Barros el 26 de octubre puso nuevamente en una situación incómoda a la curia y descolocó a los católicos del CPDU, al tiempo que, como señala Gardenia Vidal, contribuyó a limar asperezas dentro del movimiento reformista y a ponerlo en contacto con actores del movimiento obrero.<sup>35</sup> En Rosario aunque la revista *Acción Social* consideró “bochornoso” que se intentara relacionar a los agresores con la Iglesia, en sintonía con la postura de *El Cruzado* en Córdoba, y aprovechó la ocasión para destacar la labor social del catolicismo, su intervención dejó entrever preocupación.<sup>36</sup> En breve, además, los conflictos en la Facultad de Medicina de la UBA como consecuencia del rechazo de los estudiantes a la elección del nuevo decano, encendió las alarmas y dejó en claro que la onda expansiva de lo acontecido recién comenzaba a insinuarse.<sup>37</sup> En Córdoba, por su parte, si bien el temido Congreso

34: “El despertar de Córdoba”, en *El Pueblo*, 14 y 15 de octubre de 1918; “El ejemplo de Córdoba”, en *El Pueblo*, 19/10/1918, Buenos Aires; también “La gran manifestación del domingo” y “Cartelones”, en *El Cruzado*, n° 138 y 139, Córdoba.

35: Al respecto: Vidal, Gardenia, “La Reforma Universitaria de 1918 y la Unión Cívica Radical”, op. cit., pp. 187-212.

36: “Algo bochornoso en Córdoba”, en *Acción Social*, 6/11/1918, Rosario. Desde *El Cruzado* se buscó deslindar al Centro Católico de Estudiantes de toda responsabilidad en el atentado y se subrayó la diversidad de grupos y tendencias que conformaban el CPDU. “Los sucesos de Córdoba”, en *El Cruzado*, N° 143, Córdoba.

37: “En peligrosa pendiente”, en *El Pueblo*, 31/10/1918, Buenos Aires.

Nacional de Librepensamiento pareció no lograr las repercusiones esperadas por los organizadores, el clima de optimismo de octubre se había disipado ya entre los católicos ante el alza de la conflictividad obrera y el agotamiento del modelo de arbitraje ensayado por el yrigoyenismo desde su llegada al poder en 1916. El “gran miedo” que inundó a las élites dirigentes durante la Semana Trágica en Buenos Aires, se esparció también entre las jerarquías eclesíásticas y los dirigentes católicos, quienes, como otros muchos, creyeron estar asistiendo a una revolución social como la acontecida en Rusia.<sup>38</sup>

En este contexto, el análisis sobre los conflictos universitarios dejó de lado las variables de mediano o largo plazo para centrarse linealmente en la denuncia de los “complots” bolcheviques y la “infiltración” maximalista en el estudiantado. Mientras el Arzobispado de Buenos Aires realizaba colectas para colaborar con los que habían luchado contra el “terror” y por el “orden”, *El Pueblo* concluía que el desvío de la reforma era el resultado premeditado de “agitadores” profesionales, vinculados al anarquismo o al bolchevismo, devenidos falsos estudiantes con el fin de utilizar la universidad como punta de lanza para un proceso revolucionario al estilo soviético.<sup>39</sup>

La intervención del Ejército en Buenos Aires y la combinación de la represión militar y policial en las provincias calmó los ánimos, pero la multiplicación de las huelgas universitarias, primero en Santa Fe, después en La Plata y finalmente nuevamente en Buenos Aires –donde el conflicto y el pedido de renuncia del decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Estanislao

38: “Bajo el terror”, en *El Pueblo*, 10/1/1919, Buenos Aires.

39: Sobre la coyuntura de conflictividad y la respuesta represiva de las corporaciones: Rapalo, María Ester, *Patrones y obreros. La ofensiva de la clase propietaria, 1918-1930*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015 y Lvovich, Daniel, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2003, pp. 136-186.

Zeballos, derivó en la toma de la facultad, el accionar policial y la designación de Ernesto Quesada como interventor-, volvieron a encender las luces rojas.<sup>40</sup> En La Plata, el conflicto, que para el rector Rodolfo Rivarola tenía claramente tintes políticos –puesto que en su opinión Diego Luis Molinari con el conocimiento y el aval de Yrigoyen y Salinas alentaba a los estudiantes–, condujo a un prolongado enfrentamiento por casi un año, a la toma del rectorado a fines de 1919 y a la renuncia de Rivarola a mediados de 1920.<sup>41</sup> Para *El Pueblo*, cada vez más exaltado, se trataba, lisa y llanamente, de una huelga anarquista, de un claro complot que, aunque resistido por los “verdaderos estudiantes”, se esparcía como una “epidemia” de gripe, agravada por la propia aplicación de algunas de las reformas.<sup>42</sup>

Todo el repertorio de argumentos críticos ensayado durante la segunda mitad de 1918 volvió a repetirse durante los años siguientes. Por un lado, se insistió, como en tiempos de la elección de Nores, en que los católicos eran en realidad los “verdaderos” reformistas y que, por el contrario, los principales representantes del “reformismo extraviado” sólo buscaban cargos rentados, beneficios y viajes pagados. Según *El Pueblo*, ya dejado atrás el shock por el atentado de octubre de 1918, lo único que le importaba supuestamente a Enrique Barros era “divertirse” en Europa “por cuen-

40: “El conflicto universitario de Santa Fe”, en *El Pueblo*, 29/8/1919; “Ciertos jóvenes platenses...”, en *El Pueblo*, 11/10/1919; “Las enseñanzas de una reforma”, en *El Pueblo*, 12/10/1919. “En la facultad de derecho. Un grave desorden”, en *El Pueblo*, 31/10/1919; “Los conflictos universitarios”, en *El Pueblo*, 1/11/1919, Buenos Aires.

41: “La política universitaria oficial”, en *El Pueblo*, 18/6/1920, Buenos Aires. Sobre los conflictos en Buenos Aires y La Plata: Pablo Buchbinder, *Historia...*, op. cit., pp. 100-104.

42: “El conflicto universitario de La Plata”, en *El Pueblo*, 17/3/1920; “Esos nenes...”, en *El Pueblo*, 24/3/1920.



ta de la caja social”.<sup>43</sup> Además se atacó con más ensañamiento a la FUA y se la acusó de funcionar de manera verticalista y poco democrática.<sup>44</sup> Por otro lado, los católicos volvieron a denunciar enérgicamente las consecuencias del laicismo en la juventud, y la orientación “cientificista” de la educación. Según *El Bien Público* de Montevideo, el problema fundamental de la universidad era su matriz “profesionalista” desprovista de dimensión “espiritual” y, por lo tanto, incapaz de formar “buenos ciudadanos”<sup>45</sup>.

Se ensayaron también algunas críticas más novedosas centradas en los problemas presupuestarios de las universidades, y se relanzó el pedido de una nueva ley orgánica. A finales de 1922, según los editorialistas de *El Pueblo*, el balance económico era “fatal”: los déficits se habían acrecentado en todos los rubros en la recientemente nacionalizada Universidad del Litoral, y en el caso de la de Córdoba se había tenido que apelar incluso al fondo de reserva. De igual manera, tanto en La Plata como en Tucumán se vivían, según los católicos, situaciones semejantes. El análisis de los números volvió a servir en la ocasión para denunciar, por un lado, lo que la Iglesia consideraba las consecuencias del reformismo improvisado y sectario y, por otro, para cuestionar una vez más el llamado “monopolio estatal”.<sup>46</sup> De acuerdo con los católicos, las causas de fondo del problema económico iban más allá de los “excesos” de los últimos años y se relacionaban con el corsé que imponía el Estado al sistema universitario y a la falta de una ley de “enseñanza libre”. A diferencia de lo que ocurría en Estados Unidos, donde

43: “La farándula universitaria”, en *El Pueblo*, 18/8/1920, Buenos Aires.

44: “Síntomas de reacción entre la juventud universitaria”, en *El Pueblo*, 12 y 13 de abril de 1920, Buenos Aires.

45: “Nuestras agitaciones universitarias juzgadas en Uruguay”, en *El Pueblo*, 5/11/1919, Buenos Aires.

46: “La crisis económica universitaria”, en *El Pueblo*, 16/6/1922, Buenos Aires.

en teoría el sector privado y las grandes fortunas surgidas en la industria y el comercio alimentaban el sistema universitario, en Argentina –afirmaban– el control estatal desalentaba este tipo de apoyos y cortaba los vasos comunicantes con la sociedad.<sup>47</sup> Eso explicaba, además, según algunos sectores católicos, el perfil demasiado “academicista” de muchas de las carreras, denunciado tanto por los reformistas desde principios de siglo, como por las fallidas reformas educativas de Osvaldo Magnasco y Saavedra Lamas en el nivel medio. Según *El Pueblo*, era también uno de los causantes de la inexistencia de titulaciones intermedias que, como demandaban pedagogos tanto dentro como fuera de la Iglesia, encaminaran a la juventud no ya sólo al “doctorado” sino también a las “las carreras prácticas y técnicas” destinadas a “estimular el desarrollo de las explotaciones de riquezas naturales”.<sup>48</sup>

De todos modos, aclaraba el diario, estas circunstancias no eximían a los laicos adinerados y a las élites en general de contribuir con la Universidad Católica que luchaba infructuosamente por sostenerse, asfixiada tanto por la negativa estatal a reconocerla oficialmente, como por la falta crónica de fondos y la debilidad presupuestaria. En este punto, como solían subrayarlo los católicos sociales desde los Círculos de Obreros y las instituciones mutualistas, las élites católicas no se caracterizaban por su generosidad a la hora de apuntalar las obras sociales, y por tanto parecían no comprender –argumentaban los editorialistas– que la caridad no era una elección sino una obligación, y que de ella dependía, además, la preservación de la civilización frente al avance de la “barbarie maximalista y soviétizante”.

47: “El problema económico universitario”, en *El Pueblo*, 4/3/1922.

48: “Nuevas orientaciones universitarias”, en *El Pueblo*, 13 y 14 de marzo de 1922.

Amainadas las huelgas y la movilización estudiantil –en el marco, además, de un cierto reflujó del reformismo en las universidades–, los proyectos de ley y los reclamos de los católicos surgidos al calor del ciclo de conflictividad de la posguerra perdieron empuje y volvieron a caer en saco roto.<sup>49</sup> La Universidad Católica, impedida de emitir títulos y ahogada financieramente, dejó de existir en 1922.<sup>50</sup> Otras iniciativas, como los Cursos de Cultura Católica y los secretariados de la Unión Popular Católica Argentina, vinieron en breve o cumplieron en parte su función pero ya sin la ambición de conformar una institución académica con reconocimiento oficial. Algo que, en un contexto muy diferente, los católicos lograrían recién tres décadas después.

### **Los católicos y el reformismo universitario. Un balance de coyuntura**

Entre finales de 1917 y los primeros meses de 1918, diversos actores del mundo católico adoptaron posiciones que, aunque no exentas de ambivalencia, se caracterizaron, en líneas generales, por un apoyo moderado al pliego de reivindicaciones de los estudiantes de Córdoba. La supresión de las academias, la participación de los docentes en la elección de los consejos directivos y la renovación del profesorado, tal como había ocurrido en la Universidad de Buenos Aires a principios de siglo, eran demandas compartidas por los católicos, y muchos de ellos se sumaron a los reclamos y a las huelgas. Coincidían además en la crítica al llamado “profesionalismo” y a la “doctomía”, así como, sobre todo en Buenos Ai-

49: Sobre las intervenciones de 1922 en la UNL y 1923 en la UNC: Buchbinder, *Historia...*, op. cit., pp. 130-131.

50: “La sociedad argentina y la universidad católica”, en *El Pueblo*, 6/1/1910.

res, a la influencia del positivismo en los planes de estudio, a tono con la llamada reacción espiritualista del cambio de siglo. En este sentido, aunque el “antipositivismo” no era una corriente homogénea –y en Córdoba su incidencia fue sin dudas menor–, contribuyó a facilitar en la coyuntura la confluencia de diferentes sectores. Las jerarquías eclesiásticas, por su parte, si bien miraban con preocupación las actitudes de los huelguistas, especialmente sus críticas al denominado “oscurantismo católico” y a la “influencia clerical”, en términos políticos buscaban aprovechar el conflicto para denunciar una vez más la influencia “perniciosa” del liberalismo en las élites dirigentes, y relanzar la Universidad Católica, que subsistía a duras penas desde su fundación en 1910. El objetivo de fondo era poner en discusión el sistema de “monopolio” estatal sobre la educación superior, y avanzar hacia la sanción de nuevas leyes que propiciaran la denominada “enseñanza libre” en todos los niveles del sistema educativo.

Transcurridos algunos meses, sin embargo, el “frente” común se fue agrietando al calor de los acontecimientos, y pronto las tensiones derivaron en conflictos abiertos. El Comité Pro Reforma dio paso a la creación de la Federación Universitaria de Córdoba, y acusó a la Iglesia de oponerse a los cambios y ejercer una influencia retrógrada. Los católicos provenientes de los Centros de Estudiantes existentes se nuclearon en el Comité Pro Defensa de la Universidad y, en paralelas, comenzaron a denunciar lo que consideraban la ruptura de los acuerdos de principios de año, cuando se había convenido dejar de lado la cuestión religiosa. La prensa católica, por su parte, abandonó las posturas ambivalentes y diferenció tajantemente entre el “verdadero reformismo” (cuyo pliego de reivindicaciones coincidía en líneas generales con los estatutos aprobados tras la intervención de Matienzo) y el “falso reformismo” que, plasmado en el rechazo a la elección de Nores y

en los actos iconoclastas que se sucedieron por esos días, buscaba generar, a través del “caos” y el “desorden”, el caldo de cultivo para un proceso “revolucionario”.

A finales de 1918, en un marco de creciente paranoia propiciado por el impacto de la revolución rusa, las críticas al “falso reformismo” se acompañaron de llamados al orden cada vez más vehementes. Según el diario *El Pueblo*, el reclamo por la participación estudiantil en los órganos de gobierno era una de las pruebas de la alarmante “sovietización” del movimiento reformista, que había desnaturalizado totalmente sus objetivos y se plegaba a la “avalancha” maximalista. Peor aún, el alza de la conflictividad obrera derivó, a comienzos de 1919, en los hechos conocidos como la “Semana Trágica” de Buenos Aires, y el pánico se desató entre las clases dominantes y amplios sectores de la Iglesia. En medio de los conflictos, muchos de ellos se plegaron incluso a las organizaciones parapoliciales que persiguieron y asesinaron huelguistas. En este marco, los análisis de los medios de prensa católicos sobre las huelgas estudiantiles se despojaron de toda moderación, sutileza o complejidad. Los argumentos entre teológicos y políticos y los análisis históricos habitualmente esgrimidos –que relacionaban el “desvío” reformista con la influencia del liberalismo, el avance del laicismo o las consecuencias sociales del capitalismo, a tono con algunos de los diagnósticos frecuentes entre los católicos sociales–, se dejaron de lado para machacar en clave conspirativa sobre la infiltración maximalista y la existencia de complots anarco-comunistas que buscaban convertir la universidad en un foco revolucionario. Según los editorialistas de *El Pueblo*, se apuntaba a la universidad porque la juventud era más propensa a padecer de “epilepsia heroica” y, por ende, más proclive a dejarse arrastrar por el accionar de los agitadores profesionales.

En menos de un año, el moderado apoyo y el cauto optimismo de los católicos frente a los reclamos y las huelgas estudiantiles, se convirtió en franca oposición. Por entonces, también la factibilidad de un “reformismo universitario” mesurado, se puso en duda ante el diagnóstico de que, dado el contexto mundial signado por la expansión del comunismo, cualquier proceso de cambio podía derivar en el avance de la soviétización de la sociedad. En dicha clave, las posiciones católicas se volvieron cada vez más claramente refractarias.

En los años siguientes, algunos sectores apelaron todavía a la idea de “reforma” e intentaron presentarse como los “verdaderos reformistas”, pero ya a mediados de los años veinte dichos intentos eran inviables ante la profundización de las posturas contrarreformistas entre los actores del campo católico y la creciente proyección nacional y latinoamericana de sus adversarios.

## “Los asesinos de Barros” Una pesquisa sobre la derrota

Ana Clarisa Agüero\*  
María Victoria Núñez\*\*

(CONICET/Universidad Nacional de Córdoba)

\*Doctora en Historia (UNC), Investigadora Adjunta en el CONICET y Profesora Titular Regular en la Universidad Nacional de Córdoba, donde dirige el Programa de Historia y Antropología de la Cultura (IDACOR, UNC/CONICET). Desarrolla una historia de la cultura argentina que privilegia las culturas urbanas, el vínculo campo-ciudad y las situaciones de contacto cultural. En forma de libro, ha publicado *Local / nacional. Una historia cultural de Córdoba en el contacto con Buenos Aires (1880-1918)*, UNQ, 2017; *El espacio del arte. Una microhistoria del Museo Politécnico de Córdoba entre 1911 y 1916*, Editorial de la FFyH-UNC, 2009; y ha co-editado con Diego García, *Culturas Interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata: Al Margen, 2010.

\*\*Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba. Becaria por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Técnica desde 2016. Miembro del Programa Historia y Antropología de la Cultura (IDACOR/CONICET-UNC) desde 2011. A su vez, es miembro de la Red de Estudios de Historia de la Secularización y la Laicidad y docente adscripta en la cátedra de Historia Argentina I (Escuela de Historia-UNC).





## Introducción

El 26 de octubre de 1918, a días de concluida la segunda intervención nacional a la Universidad de Córdoba y consagrada la reforma, tuvo lugar una cruenta agresión a Enrique Barros, quizás el principal dirigente estudiantil reformista. Los responsables materiales fueron prontamente identificados como Manuel Tapia y Hugo Espinosa, y vinculados al adversario Comité Pro-Defensa (CPD) de la Universidad. Menos clara resulta la trama que los llevó hasta allí, estilizada por crónicas e interpretaciones de un conflicto que tendió a presentarse con pocos matices, como uno entre compactas fuerzas “liberales” y “católicas”. En parte por ello, el evento obró al menos en dos grandes direcciones, bien advertidas por Gardenia Vidal: por un lado, logró restituir a Barros una reputación recientemente dañada por los rumores de negociación con el yrigoyenismo; por otro, precipitó la alianza entre estudiantes y trabajadores en un grado que hasta allí se había mostrado inviable.<sup>1</sup>

Frente a esa dimensión política del evento, la crudeza intrínseca de la agresión que puso a Barros cerca de la muerte parece haber llevado a la superficie una serie de tensiones que excedían la coyuntura, remitían a filiaciones y disposiciones diversas y modulaban muy variadas experiencias de la reforma universitaria. Desde nuestra perspectiva, esas tensiones operaban dentro de un equilibrio que se mostró favorable a la juventud reformista a lo largo de todo el año, aunque conoció vacilaciones y sorpresas, siendo la más notable de ellas la propia elección rectoral que abrió la fase *épica* de la reforma.<sup>2</sup> Si el estallido pulsional de octubre aparece

1: Vidal, Gardenia, “La reforma universitaria de 1918 y su repercusión en los resultados electorales”, en Gardenia Vidal (comp.), *La política y la gente. Estudios sobre modernidad y espacio público. Córdoba, 1880-1960*, Córdoba: Ferreyra Editor, 2007.

2: Se trata de la elección del 15 de junio de 1918, en la que el reformismo vio algo inesperadamente caer a su candidato, Enrique Martínez Paz, frente a

hoy como un gesto a deshoras del efectivo ciclo de crispación que marca la segunda mitad de 1918, una suerte de desborde sin fin práctico preciso, es indudable que dialogaba al menos con uno de los datos de ese equilibrio, propiciado, en primer término, por el gobierno nacional: la inquina entre quienes se sintieron crecientemente llamados a triunfar y quienes se vieron confinados a una derrota que incluyó buenas dosis de humillación y revancha. Recuperar esa opacidad emotiva del episodio, deslindándolo de su elaboración periodística y concediendo algo a los testimonios contrastantes, puede ser una vía de acceso a una experiencia del proceso reformista que es la de los derrotados sin ser la de todos ellos, y también a una micropolítica de la reforma que no se agota en dos grandes campos adversarios ni carece de complejidad sociológica. Inicial como pueda ser, ése es nuestro intento.

### **La versión de la *La Voz del Interior* y la Federación Universitaria**

Según *La Voz del Interior*, diario liberal ligado al radicalismo “rojo”, alrededor de las 20.50 horas del 26 de octubre, un golpe seco sorprendió a los practicantes de medicina reunidos en el salón del Centro de Estudiantes, en el Hospital de Clínicas.<sup>3</sup> Enrique Barros, próximo a la puerta, se asomó al pasillo, recibiendo entonces un golpe de cachiporra “en el cráneo, lado izquierdo, que lo hizo rodar por la tierra sin conocimiento”. Según esta versión, el ruido provenía de la rotura de una vitrina y habría buscado deliberadamente hacer salir al Presidente de la Federación Universitaria, acorde a lo

Antonio Nores. La toma de la universidad y la radicalización del movimiento, fundadas en la ilegitimidad de las negociaciones que habrían permitido ese resultado, precipitaron la formación del Comité Pro-Defensa, integrado por anti-reformistas y por ex reformistas.

3: *La Voz del Interior*, Córdoba, 27/10/18.

cual “una vez en el suelo los agresores le aplicaron otro golpe en el parietal derecho, produciéndole una herida profunda”.

Los atacantes fueron identificados como Hugo Espinosa y Manuel Tapia, alumnos del séptimo año de Medicina. Quienes los reconocieron, un practicante apellidado Villagra y el portero Eladio Recabarra, habrían intentado interceptarlos sin éxito, siendo intimidados con un arma de fuego y la misma u otra cachiporra. Acto seguido, los atacantes habrían huido hacia la casa que Espinosa alquilaba en calle Santa Rosa al 1600, a pocos metros del hospital. Poco después, habría arribado al lugar un “conocido médico”, presente al momento de la detención. En el ínterin, Barros fue trasladado a una sala que hacía de dormitorio de practicantes, donde los reconocidos médicos Pedro Vella, Ernesto Romagosa y Arturo Pitt constataron traumatismos de cráneo y una monoplejía en la pierna derecha, consecuencia de la compresión del cerebro. “Barros delira de continuo” y tiene “destellos de lucidez”, apunta el diario, consignando que su estado era muy grave y podía derivar en una trepanación, como efectivamente ocurrió.

La larga crónica consigna, además, el desplazamiento de “los estudiantes camaradas de Barros”, en actitud hostil, hacia la casa de Espinosa, celebrando que ésta hubiera ocurrido una vez detenidos los agresores para evitar nuevas violencias. Se apuntan también dos datos relevantes: además de compañeros de estudios de Barros, los atacantes serían empleados del Consejo de Higiene y miembros del CPD de la Universidad, opuesto desde junio a la FUC. Desde el primer momento, merced a la intencionalidad que se les acuerda y pese a que Barros sobrevive, Tapia y Espinosa pasan a ser los “asesinos de Barros”. La resolución de la FUC, emitida en la madrugada y reproducida por *La Voz del Interior*, iba en el mismo sentido: allí se habla de “tentativa de asesinato” y se pide la expulsión de los “sicarios”, ligando el evento a “la rabia que engen-

dró el fracaso” frente a “las ideas e instituciones” promovidas por los “estudiantes progresistas”.<sup>4</sup> A grandes rasgos, en ese sistema de oposiciones nítidas, inseparable de la producción del acontecimiento como tal,<sup>5</sup> parecen haberse perdido también buena parte de los matices.

### **Las versiones de Los Principios, Tapia y Espinosa**

La versión de *Los Principios*, diario orgánico del catolicismo, consigna que el sábado 26 de octubre, a las 20.30, se produjo en el Hospital de Clínicas un incidente entre estudiantes, del que resultó herido el presidente de la Federación Universitaria, Enrique Barros.<sup>6</sup> Según su reconstrucción, “estudiantes afiliados a la Federación parece habían fijado un letrero despectivo con retratos o caricaturas de algunos de los estudiantes que constituyeron el Comité Pro Defensa de la Universidad”, el que terminaba diciendo “Abajo los carneros”. Viendo esto, Hugo Espinosa y Manuel Tapia, aludidos allí, se habrían dirigido al Centro de Estudiantes de Medicina para pedir explicaciones a algún miembro de la Federación, encontrando a Barros. Se habría producido entonces “un breve y agrio cambio de frases que, degenerando en ofensas personales de una y otra parte, dio lugar a las vías de hecho”. Como resultado del intercambio, Barros habría recibido un “fuerte golpe de bastón en la cabeza”, en el parietal izquierdo, cayendo desvanecido al piso.

4: *La Voz del Interior*, Córdoba, 27/10/1918.

5: La producción de “una realidad social como experiencia colectiva”. Verón, Eliseo, “Prólogo a la segunda edición” de *Construir el acontecimiento. Los medios de comunicación masiva y el accidente en la central nuclear de Three Mile Island*, Buenos Aires: Gedisa, 1987.

6: *Los Principios*, Córdoba, 27/10/1918.

Esta sumaria reconstrucción periodística fue complementada al día siguiente por la publicación de dos testimonios que buscaban corregir las versiones circulantes. El primero provenía de un grupo de testigos y era compatible con la de *La Voz del Interior*, a la que sólo añadía un detalle: la imagen de la discordia no habría sido “sino la fotografía que los componentes del ‘Comité Pro Defensa Universitaria’ se hicieron sacar cuando fueron a visitar al doctor Nores en la Universidad, y de la que antes se sentían muy honrosos”.<sup>7</sup> El segundo era el de los propios Tapia y Espinosa, urgidos por desestimar aquella versión periodística.

Según éstos, el día 26 se habrían dirigido al Hospital de Clínicas con el objeto de recuperar un libro prestado. Mientras esperaban en un pasillo, advirtieron que en la vitrina de avisos había sido publicada una fotografía del CPD en la que aparecían, debajo de la cual se habían añadido las leyendas “Grupo de ‘carneros’ que pasarán a la historia” y “¡Abajo los carneros!”. Presas de la indignación, rompieron el vidrio para sacar la fotografía, lo que habría provocado que “un tropel” de estudiantes corriera hacia el lugar, mientras un portero y otro empleado los sujetaban. Según relatan, hubo un forcejeo en el que Tapia, maniatado, recibió varios golpes de puño en la cabeza. Mientras tanto, otros estudiantes atacaban a Espinosa, quien dice haber visto que uno de ellos “hacía marcadamente ademán de sacar el revolver”, a lo que respondió con un golpe de *rebenque* que cayó sobre quien resultó ser Enrique Barros. Niegan haber tenido una cachiporra, aduciendo que se trataba de una fusta a la que Tapia había adosado precariamente “una pequeña bola de hierro”, desvencijada en el forcejeo. Puede inferirse que la pelea cesó tras la caída de Barros, que permitió huir a Tapia y Espinosa; llegados al *hall* del nosocomio, el primero habría mos-

7: *Los Principios*, Córdoba, 28/10/1918.

trado su revolver “para intimidar” a quienes amenazaban perseguirlos, lo que les permitió llegar a la casa del segundo, a metros del hospital. Detrás de ellos habrían llegado estudiantes federados, gritando y profiriendo toda clase de insultos y amenazas y, a continuación, un oficial de policía dispuesto a detenerlos. “No teniendo en la ciudad persona alguna de familia”, Tapia y Espinosa pidieron entonces garantías de seguridad, para lo que hicieron llamar a su jefe en el Consejo de Higiene, el Doctor Orrico, quien se apersonó y les recomendó entregarse sin resistencia.

Los inculpados finalizan su exposición lamentando el hecho pero enfatizando que “las provocaciones de [sus] contrarios rebasan todo límite, resaltando más su carácter innoble y poco caballeresco por el hecho de que sus autores *han obtenido todo lo que pretendían en la reforma universitaria*”.<sup>8</sup> Puesto que *Los Principios* abandona de inmediato el suceso para dejarlo en manos de la justicia, es ante todo esa mirada agria del reformismo triunfante lo que trascenderá a las siguientes ediciones. En cada crítica el diario señalará una agresión contra los católicos *in toto*, y en cada gesto un testimonio de la violencia que sería consustancial a quienes, *habiendo triunfado*, parecían querer más.

### ¿Qué pasó?

Del cotejo de las versiones ofrecidas es posible derivar una secuencia verosímil de lo acaecido en el Hospital de Clínicas el 26 de octubre, poco antes de las nueve de la noche. Coinciden allí estudiantes de la Federación Universitaria y otros, que *La Voz del Interior* señala como parte del CPD y *Los Principios* “del que fuera” ese comité. Éstos advierten que en un transparente se ha colgado una

8: *Los Principios*, Córdoba, 29/10/18. Subrayados nuestros.

foto tomada luego de la elección del 15 de junio, en la que figuran el rector electo y el CPD, que entonces integraban.<sup>9</sup> A esa foto se han superpuesto unas leyendas que bien pudieron ser las referidas “Grupo de ‘carneros’ que pasarán a la historia” o “Abajo los carneros”, expresiones habituales para referirse al CPD dentro de la Federación, que debieron cobrar una sonoridad nueva en esta coyuntura. Tapia y Espinosa montan en cólera y destruyen la vitrina, Barros y otros salen de la sala en que se encontraban, se trenzan en lucha y allí se produce el golpe fatal, infligido con una cachiporra, que no era la única arma en la disputa (Tapia y Espinosa admiten, además de la fusta, un revólver y un rebenque). Una trifulca a varias manos, un resultado inquietante, intentos de separación y la huida de los agresores a un lugar previsible y nada clandestino: la casa de alquiler en que vive uno de ellos. Luego la intervención policial y su detención, ya en presencia del “reconocido médico” Juan Orrico, docente de medicina de filiación norista, radical azul en política y Presidente del Departamento de Higiene. Caen por menos verosímiles la presencia de caricaturas y la atenuación del poder de la cachiporra, desmentida por sus efectos, pero también queda incierta la intencionalidad criminal como móvil de la llegada de Tapia y Espinosa al hospital, o que Barros fuese su blanco.

Aunque este cotejo estuvo al alcance de la mano desde el comienzo, el enorme impacto político y social de la agresión a Barros es indisoluble tanto de la elaboración periodística de *La Voz del Interior*, como del ensanchamiento de un público disponible desde algunos años atrás, producto de la superposición de varios ciclos de agitación (obrero, liberal, incluso antineutralista) que, aun cuando no convergieran, constituyeron el *humus* del propio reformis-

<sup>9</sup>: Al menos Espinosa integró la comisión del CPD encargada de reunirse con el fugaz rector (*La Voz del Interior*, 19/7/1918).

mo universitario.<sup>10</sup> El relativo blindaje del conflicto por el gobierno nacional actúa en el mismo sentido, aunque no elimine, e incluso atenace, los conflictos: los continuos viajes a Buenos Aires de los principales líderes universitarios, las medidas efectivas impulsadas por Yrigoyen, con muy pocas prendas de negociación respecto del nuevo anti-reformismo nacido en junio,<sup>11</sup> son tan elocuentes en este orden como otros datos menos públicos. El 31 de octubre, por ejemplo, Raymundo Salvat, secretario de las dos intervenciones, responde solícitamente un telegrama de Carlos Garzón Maceda, celebrando el éxito de la operación del “amigo Barros” e instándolo a desistir de su anuncio respecto “de que empezarán para Córdoba días sangrientos y de que se vengarán”.<sup>12</sup> Otro ejemplo atractivo lo ofrecen los informes y sumarios policiales, que mezclan detalladas operaciones de inteligencia con argumentos relativos a la acción o inacción policial. En el cruce de jurisdicciones (provincial, municipal, nacional), lealtades y facciones (radicales en especial), sobresale la inquietud por limitar los términos represivos, incluso cuando el gobierno provincial o los sectores católicos exijan recrudecerlos. Una situación de este tipo se dio en agosto, cuando la re-erección de la escultura de Rafael García, frente a lo cual el muy cuestionado Jefe de Policía responde serenamente al Ministro de Gobierno:

[Tengo] la conciencia tranquila [...] no me sería dable presentarme, como lo hago, ante un pueblo que hubiera sido

10: Agüero, Ana Clarisa, “Córdoba. 1918, *más acá de la reforma*”, en Gorelik, Adrián y Arêas Peixoto, Fernanda (comps.), *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2016.

11: Dos que debieran seguirse por su potencial de crispación: la sustitución de Telémaco Susini por Salinas para la segunda intervención, y el pase al vice-rectorado de Martínez Paz, en beneficio de Eliseo Soaje.

12: Carta de Salvat a C. Garzón Maceda, 31/10/18, Col. Reforma (Archivo General e Histórico de la Universidad Nacional de Córdoba).



agraviado por el machete, ni tampoco seguiría ocupando el cargo de Jefe de Policía, si me viera precisado a olvidarme de la ecuanimidad y altivez [...] Es todo cuanto puedo informar al Señor Ministro a este respecto.

El testimonio parece inseparable de la batalla que Yrigoyen libra simultáneamente por reunificar al radicalismo cordobés. Pero también muestra el revés de ese equilibrio favorable al reformismo universitario. Y si Pacheco es muy conciente de que el lugar de la policía se juega también en los periódicos, el tratamiento del episodio en el *Clinicas* tendrá una peculiaridad. Porque sólo *La Voz del Interior* se enrola en su producción como *acontecimiento*, elaborando diariamente el “atentado” y ofreciéndose como plataforma de creciente virulencia para su condena. *Los Principios*, en cambio, pasa del “suceso” al “acoso” para dejarlo de inmediato en manos de la justicia, haciendo de él una fugaz ilustración de sus habituales tesis conspirativas: se trataría de un hecho protagonizado por “liberales” para “complicar a los católicos”; un nuevo episodio de esa conflagración de “masonería”, “liberalismo” y “maximalismo” que acostumbra postular.

### **¿Y quiénes eran...?**

Desde el primer día, *La Voz del Interior* inicia una muy exitosa campaña de demonización de los atacantes en tanto ciegos instrumentos del poder *clerical*, identificado indistintamente con la *Corda Frates*,<sup>13</sup> los jesuitas o *Los Principios*. De esa campaña proviene la fi-

13: Usualmente identificada con el poder clerical como “logia” o “mafia”, quizás la *Corda Frates* se entienda mejor como un grupo de interés consolidado, de signo conservador. Reunió a hombres de diversas pertenencias partidarias y pareció proyectarse entonces sobre varias instituciones, la universidad entre ellas.

gura de los “asesinos de Barros”, cuyo suceso es inseparable de la capacidad de la imagen de la *Córdoba católica* de aglutinar fuerzas en riesgo de dispersión.<sup>14</sup> *Los Principios*, por su parte, abandona el evento una vez señalado que Tapia y Espinosa no integrarían el Centro Católico de Estudiantes (algo nunca desmentido) y *no serían* católicos; aun más, “se dice que son liberales”.<sup>15</sup> Por los mismos días, *El Cruzado. Semanario católico militante*, próximo a ese Centro, precisa:

...luego de producida la revuelta estudiantil en la universidad, surgió entre los alumnos un cisma que los dividió en dos bandos: la Federación Universitaria [y] el Comité Pro-Defensa. En este último figuraban elementos de muy distintas tendencias, el elemento *netamente católico* y otro *decididamente liberal*. Del primero surgió el Centro Católico de Estudiantes, que tan decididamente ha trabajado en la defensa de las sanas ideas. El elemento liberal, que figuraba en el Comité Pro-Defensa, se ha mantenido aislado sin sumarse sus individuos ni con el Centro Católico ni con la federación. A este grupo liberal pertenecen los dos procesados Tapia y Espinosa, quienes jamás pertenecieron al Centro Católico, ni consta que figurasen nunca en ninguna asociación piadosa ni han tenido la menor actuación

Vidal señala a Arturo M. Bas como su jefe, y entre sus integrantes al demócrata Antonio Nores (el candidato a rector) o el radical Henocho Aguiar. El gobernador Julio Borda sería un miembro inestable, y el ex Eufrasio Loza una figura externa pero afín. Vidal, Gardenia, *Radicalismo de Córdoba, 1912-1930. Los grupos internos: alianzas, conflictos, ideas, actores*, Córdoba: DGP-UNC, 1995, p. 55.

14: Central en la veloz recuperación de la figura de Barros, poco antes atenazada por las sospechas de haber negociado con Yrigoyen reforma por acompañamiento en las elecciones provinciales.

15: *Los Principios*, Córdoba, 30 y 31/10/1918.

en la causa católica, de la que se hallan completamente desvinculados.<sup>16</sup>

El testimonio permite reconsiderar un elemento que suele sobreentenderse, que es la identidad entre las fuerzas católicas y el CPD, en beneficio de una cierta diversidad, dominada por la política universitaria. Además, y al igual que *Los Principios*, se refiere a él en pasado, algo que es dado vincular a una desatendida noticia de setiembre según la cual Artaza Rodríguez, presidente del comité, habría comunicado a los de la Federación su disolución.<sup>17</sup> De haber sido así, eso habría dejado como contrincantes fundamentales a la FUC y el CEC, simplificando el conflicto más superficial pero sin eliminar otros bordes, como sugiere el sarcasmo con el que la FUC trata la noticia. Implicaría, además, que Tapia y Espinosa, desconocidos *qua* católicos y *qua* federados, sólo habrían integrado con certeza el CPD entre junio, en que firmaron el manifiesto, y setiembre, quedando luego en una situación de relativo aislamiento.

El cuadro no parece improbable, como tampoco su vinculación a un sector “liberal” (en principio, laicista) del CPD, que conviene tomar en serio. Un sector que en parte ha sido reformista en el primer ciclo, que incluso pudo ser partidario de Martínez Paz y que, consumada la elección de junio, hizo una lectura legalista del resultado, declinando atender los acuerdos que lo habían hecho posible. El eslabón en este sentido parece ofrecerlo C. Artaza Rodríguez, a quien vemos muy cerca de Tapia y Espinosa entre junio y julio.<sup>18</sup>

Artaza Rodríguez ha integrado en marzo la comisión a la que el Centro de Estudiantes de Medicina encargó el análisis de

16: *El Cruzado*, s/f, Córdoba, 1918. Subrayados nuestros.

17: *La Voz del Interior*, Córdoba, 17/09/1918.

18: Pese a las vacilaciones, “C.” por Carlos o Ciriaco, creemos que se trata de la misma persona.

la llamada Ordenanza de Decanos, y la que presentó el memorial reformista;<sup>19</sup> en mayo fue uno de los candidatos a acompañar como vice-presidente de ese centro a Enrique Barros.<sup>20</sup> Pese a ello, el 15 de junio se convierte en presidente provisorio del CPD (quizás para mejor deslindarlo del CCE) y, haciendo gala de su trayectoria reformista, dispara contra los “advenedizos” que habrían copado el movimiento.<sup>21</sup> En julio, a colación de una denuncia pública por agresiones y difamaciones realizada por Deodoro Roca, sabemos que Tapia y Espinosa son vocales del CPD; junto a Artaza piden retractación a Roca en lo que atañe al Comité, pero éste no cede. Acto seguido, asientan en actas que tomarán las medidas individuales o colectivas que consideren pertinentes.<sup>22</sup> En los mismos días, Roca acuerda o deshace duelos con otras figuras, entre ellas Juan Orrico, otro eslabón, exculpado.<sup>23</sup>

Sabemos que Tapia y Espinosa son estudiantes del séptimo año de Medicina (al parecer practicantes en el Hospital de Niños) y compañeros de estudios de Barros. Tampoco hay discusión respecto de su condición de empleados del Consejo de Higiene presidido por Juan Orrico: el primero es practicante de la Gota de Leche en la Sección General Paz, y el segundo Sub-Inspector de Higiene. A colación de otro asunto, sabemos por Alfredo Castellanos que Espinosa es, además, “amigo del doctor Orrico [y] compañero político del mismo”.<sup>24</sup> Solicito asistente a la casa del primero tras el altercado,

19: *La Voz del Interior*, Córdoba, 6 y 19/3/1918.

20: *La Voz del Interior*, Córdoba, 1/05/1918.

21: *Los Principios*, Córdoba, 16/6/1918.

22: *La Voz del Interior*, Córdoba, 3/07/1918.

23: Agüero, Ana Clarisa, “Del tiempo y la ciudad. Córdoba, 1918 y la reforma universitaria”, en AAVV, *La universidad reformada. Hacia el centenario de la Reforma Universitaria de 1918*, Buenos Aires: Eudeba-OEI, 2017.

24: Castellanos, Alfredo, “La renovación de las autoridades. Empiezan las intrigas. Escándalo descubierto (Cont.)”, en LGU, 24/5/18, N° 6: 110.

Orrico parece así otra figura central en la trama. Estudiante de la UBA en vísperas de la reforma de 1906, luego de un desencuentro inicial dice haber formado en las filas reformistas desde 1905. En 1917, Eufasio Loza lo unge Presidente del Consejo de Higiene cordobés, tras una sensible reorganización. Durante la primera intervención a la universidad, es acusado de integrar un sector del Comité de Profesionales que busca el favor de Matienzo. Los días que preceden a la elección de junio lo muestran como un armador central del norismo e intrigante habitual. Su apuesta parece ser por una acumulación de poder institucional en la provincia y la universidad, algo favorecido por su condición radical y compatible con la Corda (acusada por *La Gaceta Universitaria* de “especular con el Consejo de Higiene” -131), a la que no parece centralmente ligado.<sup>25</sup> Considerado de este modo, el vínculo que une a Orrico y los agresores parece combinar dependencia laboral y política, quizás una de las escasas filiaciones de estos jóvenes que han señalado “no tener familia en la ciudad”. Por lo demás, esto no implica, como en el propio caso de Orrico, una llana identidad con el anti-reformismo, el clericalismo y demás; subraya, en todo caso, la relativa fragilidad de la inserción local de estos estudiantes y su dependencia del *favor* partidario o estatal.

A días del ataque, Barros anuncia que perdona a sus agresores, lo que es celebrado por *Los Principios* y abre todo un capítulo en *La Voz del Interior*, en que se cruzan impugnaciones y reválidas de la decisión. Un respetado liberal de la generación anterior, Martín Gil, la atribuye a la momentánea debilidad de Barros; Arturo Capdevila, al alma bella de su amigo. Una ter-

25: Cabría evaluar el componente corporativo de la disputa político-institucional en 1918, ya que el norismo también proyecta a un plano nuevo la interna de la Facultad de Medicina.

cera voz llega desde *La Opinión*<sup>26</sup>, y resulta corresponder a Guillermo Correa, ex-universitario de Córdoba y ex-gobernador de Catamarca, que comienza desde esa capital, sin anunciarlo, la defensa legal de Tapia. Retomando su argumento, Gil replicará: “Si las cosas resultaran como las pinta el doctor Correa; si en ningún momento hubiera habido delito, ni crimen, ni cosa parecida, entonces querría decir que todos, que el país entero, hemos sido engañados, presenciando sin malicia una comedia de teatro criollo”.<sup>27</sup> Gil insiste en distinguir venganza privada de razón y justicia pública, pese a saber “muy bien” que Tapia y Espinosa son “dos distinguidos estudiantes, muy dignos de consideración”. Con todo, el 8 de diciembre *La Voz del Interior* anuncia con tono concluyente que “Barros ha perdonado”. Puesto que hasta el momento no hemos dado con testimonios a contrario, todo sugiere que, al menos en el plano legal, conducido por Deodoro Roca, la cuestión no pasó a mayores. Distinta parece haber sido la suerte de Tapia y Espinosa en la Universidad, donde, aunque no conste la expulsión solicitada por la Federación, sí es sensible su ausencia en los Libros de Grado de 1913 a 1930. Un tal Ciriaco Artaza Rodríguez, en cambio, llega a recibirse en 1921 de Dr. en Medicina y Cirugía.

### **El núcleo de la cuestión: crispación, derrota, pulsión**

El largo recorrido respecto de lo ocurrido el 26 de octubre tiene por objetivo principal desacoplar el suceso de su elaboración periodística y complejizar las formas estilizadas en que trascendió

26: *La Voz del Interior*, Córdoba, 12 al 17/11/1918. La referencia a *La Opinión* es a la entrega del 22/11.

27: *La Voz del Interior*, Córdoba, 24/11/1918.

entonces. Eso implica intentar situar en un espacio social más denso dos figuras que no fueron de primera línea.

El tratamiento casi analógico de las versiones, su cruce y decantación, sugieren varias cosas que fueron apareciendo de a gotas. Primero, no es posible establecer la intencionalidad de la agresión efectiva, con lo cual lo que tendíamos a dar por sentado debe ponerse entre paréntesis. La agresión fue grave, violenta e indiscutible, pero es incierto hablar de “atentado”. Diferida la instancia judicial por el perdón de Barros, también se aplazó la elucidación de este punto, lo que no privó al evento de una extraordinaria potencia política, inseparable del trabajo de la prensa. Segundo, ese hecho, que admitiría la presencia de varios personajes entrelazados en la escena, irritaciones más o menos atendibles y violencias que hasta cierto punto fueron cotidianas en esos meses, alcanzó una gravedad ostensible que lo hizo susceptible de un tratamiento de difícil contestación; pero esto, entre otras cosas, porque se daba dentro de un equilibrio favorable para el reformismo universitario, muy marcado por el relativo blindaje nacional del conflicto y por el ensanchamiento de un público, de liberal a libertario, que el suceso permitió unir temporariamente. Casi todos, de los más conservadores de los demócratas a los más radicales del socialismo internacional, aclamaron entonces a Barros y condenaron a sus “asesinos”, homologados al poder *clerical, jesuita, cordista*, etc.. Tercero, en cualquier hipótesis, lo que está fuera de cuestión es una acumulación de experiencias y emociones que dotó al episodio de una violencia cierta. Sin duda (se habló de “sicarios”), un hombre de cierto poder como Orrico rondaba la escena, su vínculo con Nores era indiscutible y así... Pero nada autoriza a ligar el ataque a una orden, y la propia declaración de Tapia y Espinosa subraya ostensivamente una cuestión que debe ser tomada en serio. La combinación entre esa fotografía en la que aparecían junto a Nores

y las leyendas que muy posiblemente la adornaran, pudo ser un disparador muy eficiente en un momento en que Noreas ha dejado de ser rector, el reformismo ha consagrado su triunfo, y quienes ayer integraban ese movimiento aparecen hoy al margen de su victoria. Desde luego, Orrico ronda, pero estos jóvenes han estado, poco antes, muy próximos también a Artaza Rodríguez, que no cesaba de denunciar a aquellos “advenedizos” que, desde junio, y desoyendo el resultado legal, habían copado el movimiento. Y aquí la cuestión se acerca al cuarto punto, que acaso sea el sobresaliente de todo el recorrido. Todo intento de reinscribir la brutal agresión a Barros en otros tiempos, obliga a reconocer los sucesivos clivajes que separaron a la Federación Universitaria no sólo de una porción católica tendencialmente antirreformista, sino, y en especial, de una fracción que creyó antes cumplida su tarea y buscó hacer del Comité Pro-Defensa su espacio alternativo de acción. Ese sector, que EC señala como “decididamente liberal” y que por momentos parece haber sido partidario de Martínez Paz, era, en definitiva, el que más gravemente podía experimentar la derrota, porque había sido también el que se creyó merecedor de la victoria. Algo de eso parece haber en Artaza Rodríguez, y acaso lo haya en Tapia y Espinosa. El triunfalismo de los otros, indiscutible, la humillación suya, para la que sobran motivos, pudieron muy bien alimentar la violencia que detonó aquí, pero ya estaba en ese constante andar armados que casi no se oculta. Una última cuestión merece ser retomada: en esa humillación se adivinan también otros elementos, que hacen a la posición de los vencidos no sólo en el plano político sino también en uno propiamente social. Aun si concedemos que Tapia y Espinosa pudieron provenir de familias relativamente acomodadas en sus lugares de origen, lo cierto es que sus redes locales de contención parecen enangostarse abruptamente desde el día mismo del incidente. Lejos de la comodidad social que allanó tan-



tas batallas a los hijos ilustres o los parientes pobres de las elites locales, todo su sistema de filiaciones parece desplomarse aquí como un castillo de naipes: la Federación pide su expulsión de la universidad, *La Voz del Interior* los demoniza, *Los Principios* los abandona a la justicia, Orrico no pasa de esa primera aparición, el Consejo de Higiene que dirige los suspende, todo el arco de liberal a libertario los convierte en la cara visible de una conjura cuyos presuntos integrantes les resultan esquivos. Barros sigue haciéndose grande con su perdón, mientras todo confina a estos estudiantes del séptimo año de medicina a la excomunión de los infames. La Corda no aparece, el radicalismo azul (del que al menos Espinosa sería parte) no aparece, los clericales no aparecen. Y, en verdad, exceptuado ese radicalismo que en parte pasó a engrosar las filas de quienes protestaban contra los “asesinos” de Barros, ni la Corda ni los clericales tenían por qué aparecer. Porque tampoco ese mundo era de dos tonos, y acaso Tapia y Espinosa, los *asesinos* de Barros, apenas expresaran una de las muchas situaciones intermedias.



## **El proceso de la Reforma Universitaria como preocupación de la derecha nacionalista: entre el rechazo a la democratización y el anticomunismo (décadas de 1920 y 1930)**

**Olga Echeverría\***

**(CONICET/IEHS/IGEHCS/Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires)**

\*Doctora en Historia. Investigadora del CONICET y docente titular ordinaria de las carreras de Historia, Trabajo Social y Geografía de la Facultad de Ciencias Humanas (UNCPBA). Desde 2010 coordina, junto al Dr. Ernesto Bohoslavsky, los Talleres de Discusión sobre las Derechas en el Cono Sur, siglo XX (UNGS/UNCPBA). Integra el Grupo de Trabajo de CLACSO: “Derechas contemporáneas: dictaduras y democracias”. Es autora de *Las Voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos, primera mitad del siglo XX*, (Prohistoria, 2009).



## Introducción

La Reforma Universitaria fue un tópico recurrente en Argentina, desde fines del siglo XIX, incluso con anticipaciones.<sup>1</sup> Esos reclamos y movilizaciones reformistas se inscribieron en el proceso de secularización de la política y la educación, resultado, en buena medida, de las transformaciones sociales derivadas de la organización estatal, de la incorporación al sistema capitalista internacional y de la explosión demográfica, social y cultural generada por las oleadas inmigratorias arribadas al país. Se trató, por lo tanto, de una expresión plural, desarrollada a través del tiempo, con múltiples lecturas, incitaciones (nacionales e internacionales), resistencias y oposiciones, dentro y fuera de las Universidades.

En 1870 se presentó una primera proposición reformista en la Universidad de Córdoba, que buscaba valorar el trabajo científico y la investigación a través del aporte de un grupo de investigadores alemanes.<sup>2</sup> Por esos mismos años, en Buenos Aires se planteó un conflicto entre el estudiantado y las autoridades de la Facultad de Medicina, que puso en discusión la calidad de enseñanza y el accionar de las autoridades. En tanto, la sanción de la ley Avellaneda, en 1885, extendió el debate en torno a la autonomía universitaria, sus cuerpos directivos y la designación de los profesores.<sup>3</sup>

Las dos universidades nacionales, Buenos Aires y Córdoba, eran centros de formación profesional, específicamente de médi-

1: Di Pasquale, M., “Juan Manuel Fernández de Agüero y la renovación de la filosofía en la Universidad de Buenos Aires, 1821-1827”, en Di Pasquale, M. y Summo, M., *Trayectorias singulares, voces plurales*, Sáenz Peña, UNTREF, 2015, pp. 21 y ss.

2: Vera De Flachs, M., “Reformas, contrarreformas y movimientos estudiantiles en la Universidad de Córdoba (1870-1936)”, en Marsiske, R., *Movimientos estudiantiles en América Latina*, México: UNAM, 2006, pp. 21-22

3: Buchbinder, P., *Historia de las Universidades Argentinas*, Buenos Aires: Sudamericana, 2005, pp. 58-59.

cos, abogados e ingenieros, en tanto la investigación y el desarrollo de las disciplinas humanísticas se hacían por fuera de los ámbitos académicos formales. El tardío y frágil ingreso del positivismo a las aulas universitarias porteñas, en los años 90 del siglo XIX, trajo aparejada la voluntad de alcanzar una enseñanza menos profesional y más vinculada con lo cultural. A su vez, desde principios del siglo XX se conformaron los primeros centros de estudiantes de la UBA, y en 1908 se fundó la Federación Universitaria de Buenos Aires, generando una expresión estudiantil más orgánica.<sup>4</sup>

El claustro docente era privilegio de hombres de las elites que permanecían en sus cargos y cátedras con carácter vitalicio, siendo ese atributo rechazado por los estudiantes y graduados jóvenes que no avizoraban posibilidades de desarrollo. Así, la modificación de los estatutos de la universidad porteña, en 1906, fue el desenlace de un conflicto, iniciado en 1904, entre las autoridades universitarias y los estudiantes y profesores novatos que reclamaban la transformación de los institutos universitarios, el reemplazo de las conducciones de las academias vitalicias por consejos de profesores elegidos y renovables por períodos, cambios en el sistema de exámenes y en la designación de profesores.

Por otro lado, el impulso e interés de los liberales reformistas se evidenció en la fundación de la Universidad de La Plata, sobre la base de un proyecto de Joaquín V. González que establecía que las facultades no formarían sólo profesionales sino también científicos capaces de entender la realidad social y política, al tiempo que articularían la enseñanza secundaria con la superior. Asimismo, se incluía la noción de extensión como una instancia de difusión social de los conocimientos generados en la institución. El modelo no

4: Halperín Donghi, Tulio, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires: EUDEBA (1962), 2002, pp. 85-86.

era la universidad *humboldtiana*, orientada hacia la investigación científica pura, sino el de la educación superior y liberal anglosajona: formar docentes para escuelas y colegios, científicos para el desarrollo de las ciencias y las industrias, y filósofos para la conducción de la república. En ese marco, en 1914 se creó la facultad de ciencias de la educación, que formaba profesores en diferentes disciplinas, y estableció intercambios con centros universitarios europeos y norteamericanos. No obstante, los institutos de investigación generaron poco interés y la demanda de los estudiantes por las carreras tradicionales reforzó el perfil profesionalista. Lo cierto es que aun con ese límite, La Plata se transformó en una típica ciudad universitaria, habitada por una comunidad académica menos tradicionalista y conservadora que la de Córdoba, e incluso que la de Buenos Aires, y más preocupada por las bases científicas y sociales de la tarea universitaria.<sup>5</sup>

Estos procesos reformistas, tanto como sus oposiciones, pueden ser enmarcados en el debate entre modernidad y tradición que ha cruzado a buena parte de la vida intelectual latinoamericana, y que ha sido eje articulador de los discursos tanto intelectuales como políticos. Las elites criollas que organizaron el Estado y aseguraron su posición dominante, entendieron a la “Modernidad” como una rebelión en contra de las verdades establecidas, y se definieron por su oposición a la tradición, definida como inmovilismo, ignorancia, prejuicio y atraso. Desde esa perspectiva, construyeron una imagen compacta de sí mismos y de los sectores tradicionalistas e hispano católicos. Si bien hubo grupos que expresaron una lectura fundamentalista de la tradición que buscaba la “verdad”, tensando la reproducción acrítica o reinventada del

5: Barba, Fernando et al, *La Universidad de La Plata en el centenario de su nacionalización*. La Plata: Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 2001.

pasado y propiciando el sostenimiento de la estructura jerárquica y de privilegios que entendían que la modernidad destruía, no fue menos cierto que los reclamos de respeto a las jerarquías también estuvieron presentes en muchos paladines de la modernidad. Por otro lado, junto a los sectores influenciados por el catolicismo que enfrentaron los principios secularizadores, convivieron sujetos y grupos que conjugaban modernismos económicos y/o científicos con conservadurismo social, militaristas, liberal-conservadores desencantados, nacionalistas, antisemitas y corporativistas. Tanto las rigideces como las ambigüedades cruzaban a ambas posiciones que, sin embargo, establecían batallas definitivas, donde tradicionalismo y modernidad eran conceptos polares, idealizados y, en consecuencia, mutuamente excluyentes<sup>6</sup>. En términos políticos, la modernidad era la punta de lanza de los liberales, y en torno a su resistencia (o a partes de ella) se fue organizando un colectivo heterogéneo, autoritario y declaradamente antiliberal. Empero, uno y otro bando expresaban las voces de las elites.

De tal modo, la Reforma Universitaria representa un proceso específico que permite ver los argumentos de ambas tendencias, pero también sus ambigüedades, sus matices, tensiones y paradojas.

## **La reforma de 1918**

El movimiento reformista iniciado en 1918 estuvo estrechamente relacionado con la instauración de la democracia mayoritaria, aunque llevado adelante por jóvenes que reivindicaban su

6: Cancino, Hugo (coord.), *Los intelectuales latinoamericanos entre la modernidad y la tradición, siglos XIX y XX*, AHILA/Iberoamericana/Vervuert, Francfort, 2004.



carácter de juventud pensante. Esos estudiantes reformistas se presentaron como verdugos del último bastión del orden colonial, jerárquico y clerical del país,<sup>7</sup> y expresaron un conjunto de ideas y principios democratizadores, como el cogobierno de estudiantes, profesores y graduados; la ampliación del acceso a los estudios universitarios; la adecuación de la enseñanza a los modernos criterios científicos; la autonomía académica; la ruptura con respecto al clima de ideas precedente, y la entronización de la juventud como agente indispensable para la transformación social. Nada de eso fue estrictamente novedoso, sino resultado del impulso del juvenilismo de Rodó y de Ortega y Gasset, de los pensadores franceses de fin de siglo<sup>8</sup> y de las novedosas organizaciones estudiantiles que, además, establecían redes latinoamericanas.<sup>9</sup> Sin embargo encontró, durante el período *yrigoyenista* y en el nuevo clima de ideas, las condiciones favorables para su desarrollo político.<sup>10</sup> Como señala Natalia Bustelo, en el estallido y la pervivencia del conflicto del año 1918, jugó un papel decisivo la llegada de los hijos de los sectores medios a la universidad y la conquista del poder estatal que en 1916 logró el partido aglutinante de esos sectores, la Unión

7: Eujanián, Alejandro, “El novecentismo argentino: reformismo y decadentismo. La revista cuaderno del colegio novecentista, 1917-1919”, en *Estudios Sociales*, N° 21, Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2001, p. 84

8: Vásquez, K., “Intelectuales y política: la ‘nueva generación’ en los primeros años de la Reforma Universitaria” en *Prismas*, N° 4., 2000, p. 61; Funes, Patricia, *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Buenos Aires: Prometeo, 2006, pp. 47-48.

9: García, S., “Embajadores intelectuales. El apoyo del estado a los congresos de estudiantes americanos a principios del siglo XX”, en *Estudios Sociales*, N° 19, Santa Fe: UNL, 2000, pp. 65-84 y Bergel, M. y Martínez Mazzola, R., “América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas”, en Altamirano, Carlos (comp.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, tomo II, Buenos Aires: Katz, 2010.

10: Terán, Oscar, “La reforma universitaria en el clima de ideas de la *nueva sensibilidad*”, en *Espacios*, N° 24, Buenos Aires, 1998, pp. 3-7.

Cívica Radical. También influyó, entre las condiciones de posibilidad de la Reforma, la crisis espiritual y la conciencia de bancarrota de occidente marcadas por la Gran Guerra, la Revolución Rusa y la Revolución Mexicana.<sup>11</sup>

### **La derecha nacionalista y el proceso de la Reforma Universitaria**

Al producirse el movimiento reformista en la Universidad de Córdoba, la derecha nacionalista argentina aún no se había conformado, ya que quienes la constituirían recién estaban acusando los primeros impactos de la democracia mayoritaria y no habían definido aún su porvenir político. Así, acompañaron, expectantes o en silencio, los primeros pasos de la Reforma. Algunas excepciones a esa distancia o aceptación inicial con los sucesos, fueron los casos del cordobés Nimio de Anquín, que desde 1918 se manifestó en abierta oposición al movimiento reformista<sup>12</sup>, y Juan E Carulla, quien apoyó decididamente los movimientos reformistas de inicio de siglo<sup>13</sup>, pero más tarde se alistó en las filas de grupos reaccionarios, antiobreros, anticomunistas y antireformistas.<sup>14</sup> En pleno despliegue autoritario señaló que era imprescindible rescatar el espíritu argentino que había claudicado por la influencia de ideologías ultrademocráticas y por la mala política del *yrigoyenismo*, a

11: Bustelo, Natalia, *La reforma universitaria desde sus grupos y revistas: Una reconstrucción de los proyectos y las disputas del movimiento estudiantil porteño de las primeras décadas del siglo XX (1914-1928)*, Tesis de posgrado, Universidad Nacional de La Plata, 2015, p. 10. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1307/te.1307.pdf>

12: Tcach, C., "La Unión Nacional Fascista y *La Página de Italia*", en *Estudios Sociales*, N° 35, Santa Fe: UNL, 2008, p. 93.

13: Bustelo, Natalia, *La reforma universitaria desde sus grupos y revistas...*, op. cit., p. 42.

14: Bianchi, A., "Renegados", *Claridad* N°5, febrero de 1920.

través de una restauración política que requería primero de una restauración intelectual.<sup>15</sup>

Estos antirreformistas radicalizados confluyeron con grupos estudiantiles católicos que, en nombre de la fe y la ciencia católica, se propusieron superar la cultura laica predominante en las universidades de Buenos Aires y La Plata, oponiéndose al movimiento iniciado en 1918.<sup>16</sup> Pero también hubo individuos, grupos y revistas que se reconocieron reformistas, pero desde perspectivas antipositivistas y anticomunistas. Un ejemplo claro de ese reformismo no progresista se exteriorizó en el Colegio Novecentista de Buenos Aires que, integrado, entre otros, por Tomás Casares (quien años más tarde sería referente de la derecha nacionalista y católica) y Jorge Max Rohde, impulsó una versión de la Reforma que se distanciaba del “caos” maximalista para asumir un nacionalismo aristocratizante y una renovación de los contenidos académicos que no cuestionaban las jerarquías sociales.<sup>17</sup>

De tal modo, en este texto, más que referirnos a los sucesos de 1918, haremos referencia a la Reforma Universitaria como un proceso de largo alcance y pervivencia, para centrarnos en el análisis realizado por la derecha autoritaria argentina hacia fines de la década del veinte y en los años treinta. Esa derecha, lejos de linealidades o esencialismos, tuvo siempre una relación ambigua y hasta contradictoria con la universidad y la ciencia, mostrando además una diversidad de posiciones a su interior que no pueden sosla-

15: Carulla, J. E., *Valor ético de la revolución del 6 de setiembre de 1930*, Buenos Aires: s/e, 1931, p. 85.

16: Devoto, Fernando, “Los proyectos de un grupo de intelectuales católicos argentinos entre las dos guerras”, en Altamirano, Carlos (comp.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, tomo II, Buenos Aires: Katz, 2010.

17: Bustelo, Natalia, *La reforma universitaria desde sus grupos y revistas...*, op. cit., pp. 61-62; Eujanián, Alejandro, “El novecentismo argentino: reformismo y decadentismo. La revista cuaderno del colegio novecentista, 1917-1919”, op. cit., p. 86.

yarse. De manera general, se puede señalar que las voces democratizadoras de los reformistas entraban en confrontación con el rumbo que iban asumiendo paulatinamente los intelectuales que convergerían en el nacionalismo de derecha, pero, por otro lado, se presentaba un punto de encuentro en el reconocimiento de la necesidad de dotar de postulados nacionalistas a las universidades.

La derecha nacionalista de los años veinte y treinta, portadora de una fuerte impronta intelectual, fue un colectivo laxo de individualidades que pugnaban por imponer sus premisas y liderazgos a un conjunto heterogéneo de sujetos que se sentían amenazados por el rumbo que habían ido tomando la política y la sociedad.

Carlos Ibarguren, jurista, historiador, profesor universitario (en la Facultad de Derecho, en Filosofía y Letras y, por un tiempo breve, en la Universidad Nacional de La Plata), político y funcionario público del régimen liberal oligárquico, fue uno de los primeros en expresar su desencanto con el rumbo del mundo contemporáneo occidental, y en comenzar a dar forma a la derecha nacionalista.

Como estudiante de la Facultad de Derecho, en los años noventa del siglo XIX, había mostrado su interés por la impronta del positivismo, y su primera vocación fueron las ciencias sociales, seducido por la noción de progreso que suponía la sociología.<sup>18</sup> En 1904, y ya como profesor, participó del movimiento reformista al que hemos aludido. Ibarguren asumió un reclamo generacional que cuestionaba la legitimidad política, pero también académica, de las enraizadas autoridades universitarias. Sin embargo, en sus detalladas memorias no relata el desenlace de ese conflicto, y tampoco menciona la Reforma Universitaria de 1918. De hecho, en esas Memorias y en referencia al período del régimen conservador, sos-

18: Ibarguren, C., *Discurso pronunciado en nombre de los graduados de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, Universidad de Buenos Aires, 1898.

tuvo que la universidad representaba las manifestaciones superiores de la cultura;<sup>19</sup> en cambio, cuando analizó la actividad cultural posterior a la reforma universitaria, señaló que todos los logros eran mérito de los institutos y centros privados y oficiales (en este caso, principalmente las Academias Nacionales), y no hizo ninguna mención de la Universidades.<sup>20</sup> Es oportuno recordar que en 1922, cuando la reforma aún tenía mucha fuerza en Buenos Aires, abandonó la docencia universitaria, y que en 1930, como interventor del gobierno militar en Córdoba, se vinculó y apadrinó a referentes anti reformistas como Nimio de Anquín y Novillo Saravia, con quienes compartía, además, una posición filo fascista.<sup>21</sup>

Otra figura central fue el disruptivo Leopoldo Lugones, cuyo nombre como poeta nacional le dio un lugar referencial en la derecha nacionalista autoritaria, a la que aportó una perspectiva militarista y de desarrollo tecnológico. Cuando aún era un referente del nacionalismo cultural, un anticlerical impetuoso que tenía buenos tratos con los liberales, había expresado su desconfianza hacia los “pulcros universitarios”,<sup>22</sup> condición a la que él no había podido acceder debido a las dificultades económicas de su familia. No obstante, en 1918, declarándose revolucionario y modernista, acompañó al movimiento reformista<sup>23</sup>, pero a los pocos meses se volvió un crítico enérgico y censuró la injerencia del gobierno nacional en la concreción de algunos de los reclamos, tildando de fracaso moral al proceso en marcha, y colmando de insultos a Deodoro Roca, quien lo había considerado un precursor de los idearios na-

19: Ibarguren, C., *La Historia que he vivido*, Buenos Aires: Dictio, 1955, p. 231.

20: Ibarguren, C., *La Historia que he vivido*, op. cit., pp. 636-645.

21: Tcach, C., “La derecha ilustrada: Carlos Ibarguren, Nimio de Anquín y Lisardo Novillo Saravia (h)”, en *Estudios Digital II*, CEA, 2009, pp. 1-6.

22: Lugones, Leopoldo, *El Payador*, Red Ediciones (1913), 2017, p. 11.

23: Roca, Deodoro, *Prohibido Prohibir*, Buenos Aires: Ed. La Bastilla, 1972, pp. 45-49.

cionalistas que encarnaba la reforma, conjuntamente con Manuel Gálvez y Ricardo Rojas.<sup>24</sup> El nacionalismo de Lugones, una vez definido por el militarismo, expresaba diferencias importantes con el de los reformistas, puesto que para Lugones se trató de una noción de orden y jerarquía cerrada sobre los individuos “superiores” de la nación. Una nación que no se debía incluir en ningún entramado regional, y a la que imaginó como dominante. En este sentido, es interesante señalar que Lugones no censuró al imperialismo desde una perspectiva ideológica general, sino que sus cuestionamientos fueron dirigidos al lugar subordinado que la Argentina ocupaba en el contexto internacional cuando el país tenía todas las condiciones para ocupar el lugar de una potencia conquistadora.<sup>25</sup>

En su esplendor autoritario, Lugones mostró ambigüedades y hasta fuertes contradicciones con respecto al rol de las universidades. En un mismo libro, en plena campaña conspirativa contra Yrigoyen, pasó de sostener que las instituciones universitarias tenían que convertirse en un poder del Estado que asumiera su categoría magistral y formar a los gobernantes de la nación, “porque el dilema es fatal: o la Universidad nos da gobierno, o la demagogia nos precipita en el caos”<sup>26</sup>, a señalar que el papel de las Universidades era formar los técnicos necesarios para la administración. En su estructuración ideal del Estado, Lugones colocó, por encima de esos despolitizados funcionarios formados por las universidades, a los escritores y artistas, los dueños del talento, los poseedores de mérito para sublevarse y para pensar en el destino de la nación. En un segundo nivel ubicó a los militares, los únicos capacitados para

24: Ferrás, G., *Ricardo Rojas: nacionalismo, inmigración y democracia*, Buenos Aires: EUDEBA, 2017, p. 194.

25: Lugones, Leopoldo, *La Patria Fuerte*, Buenos Aires: Babel, 1930, p. 146.

26: Lugones, Leopoldo, *La Grande Argentina*, Buenos Aires: Babel, 1930, pp. 66-67.

imponer el orden diseñado por la instancia anterior y por debajo a los administrativos universitarios.<sup>27</sup> Como se ve, instaló, como ya había hecho en su etapa socialista, a los intelectuales y artistas no universitarios en la cúspide de la jerarquía social, política y cultural. Lo cierto es que más allá de esos vaivenes, Lugones alimentó una crítica profunda a las universidades regidas por la Reforma, señalándolas como instrumento de difusión del comunismo, voceras del odio y de actitudes negativas contra clases y peligros imaginarios en Argentina, tales como la burguesía y el imperialismo. Para Lugones, el mayor problema que había generado la reforma era la politización de los claustros, algo que deterioraba la autoridad.

Si bien nunca dejó de reivindicar a la ciencia y a la cultura, como lo había hecho en el *Elogio de Ameghino* (1915), desde mediados de la década del veinte comenzó a criticar a la ciencia moderna y a predicar a favor de un neoempirismo amoral.<sup>28</sup> Tras el golpe de Estado de 1930 y el fracaso del *uriburismo*, reforzó su reprobación y calificó al racionalismo como un absolutismo despótico, pues siendo una facultad esencialmente crítica, su predominio implicaba desintegración, pesimismo y escasa capacidad de acomodo a las necesidades del momento.<sup>29</sup>

Por su parte, Manuel Gálvez, novelista y ensayista muy difundido, era considerado positivamente por los reformistas por sus aportes al nacionalismo cultural. Unos años antes de la Reforma, en *El Mal Metafísico*, por ejemplo, deslizó críticas a la mediocridad reinante en las aulas universitarias.<sup>30</sup> En ese mismo período, en la

27: Lugones, Leopoldo, *La Grande Argentina*, op. cit., pp. 66-68.

28: Lugones, Leopoldo, *La Organización de la Paz*, Buenos Aires: La Editora Argentina, 1925, p. 66.

29: Lugones, Leopoldo, *El Estado equitativo*, Buenos Aires: La Editora Argentina, 1932, p. 21.

30: Gálvez, Manuel, *El mal metafísico*, Buenos Aires: Nosotros, 1916.

génesis del *yrigoyenismo*, expresó una contradicción básica que era resultado de asentar la política social del gobierno, pero sin abandonar su aristocratismo, lo cual se tradujo en una desconfianza del mismo gobierno por sus ribetes “populistas”.<sup>31</sup> En ese contexto se pueden leer los reproches que le realizó a Deodoro Roca, “por su paso del patriciado a la marginalidad”, al haberse vinculado con cuanto agitador, zaparrastroso y *comunistoide* deseaba verlo.<sup>32</sup> Una vez definido como parte de la derecha nacionalista y católica, reforzó sus reclamos de respeto a las jerarquías y, en relación a la cuestión universitaria, sostuvo que “nada demuestra tanto la indisciplina entre los argentinos, sobre todo entre los jóvenes, como la reforma universitaria. En todas partes del mundo los muchachos van a las universidades a estudiar y a obedecer, y los profesores a enseñar y a mandar (...) Entre nosotros, los muchachos universitarios, que no pueden tener, por razones de edad, ni preparación, ni discernimiento, ni conocimiento de la vida, pretenden juzgar a sus profesores y, lo que es grotesco, pretenden gobernar en las facultades. Una consecuencia ha sido la crisis en los estudios, la anarquía, la politiquería en las aulas”.<sup>33</sup>

Otros actores de la derecha nacionalista que tuvieron un lugar relevante en la conformación de la corriente política-ideológica eran, mayoritariamente, muy jóvenes en 1918, y sus acciones y voces no alcanzaron dimensión pública. No obstante, algunos mencionaron posteriormente su apoyo a parte de los reclamos. Tal el caso de Julio Irazusta, que en 1918 cursaba el primer año de una carrera que abandonó rápidamente, y en sus memorias recordó haber adhe-

31: Quijada, Mónica, *Manuel Gálvez, 60 años de pensamiento nacionalista*, Buenos Aires: CEAL, 1985.

32: De Argañaraz, J. *El freudismo reformista*, Buenos Aires: Brujas, 2007, p. 35.

33: Gálvez, Manuel, *Este pueblo necesita...*, Buenos Aires: A. García Santos, 1934, pp. 60-70.



rido a la huelga, pero no concordar con el pedido de cogobierno. En sus escritos, el tema de la Reforma no tuvo ninguna centralidad, y se limitó a caracterizar al movimiento como un pensamiento poco claro que unía postulados del liberalismo ochocentista con las nociones más vulgares de la izquierda”.<sup>34</sup> En 1927, previo a la segunda elección de Yrigoyen, se aglutinaron en el periódico *La Nueva República* (que articuló a *maurrasianos* con una concepción utilitaria de lo religioso, por ejemplo, los hermanos Irazusta, con practicantes católicos reconocidos y algunos conversos recientes (Pico, Casares y Palacio). Fue este grupo el que realizó los análisis más sistemáticos de la reforma universitaria y sus resultados, desde una perspectiva de derecha. Para este grupo que habló en representación “de la juventud argentina digna de ese nombre”, la degradación moral y política de la Argentina era producto, en buena medida, de la educación impartida en los ámbitos escolares y académicos, obra de la educación laica y de la Reforma Universitaria,<sup>35</sup> por lo cual era necesario revisar los sofismas del subjetivismo filosófico tan extendido, y volver a la filosofía realista, greco-latina y católica.<sup>36</sup> Asimismo, cuestionaron el americanismo de los reformistas, puesto que “el pasado de América se llama España, se llama Europa, se llama Roma, se llama Cristianismo”.<sup>37</sup> La preocupación por la situación universitaria fue permanente en *La Nueva República*, y se expresó a través de la sección “Crónica Universitaria”, donde se denunciaban la incultura, la falta de disciplina y los supuestos complots judaicos.

34: Irazusta, J. (1975), *Memorias. Historia de un Historiador a la fuerza*, Buenos Aires: Culturales Argentina, pp. 57, 70-75.

35: Palacio, E., “Organicemos la contrarrevolución”, en *La Nueva República*, N° 2, 1/12/27.

36: Pico, C., “Inteligencia y Revolución”, en *La Nueva República*, N° 3, 1/1/1928.

37: Carulla, J., “Problemas de la Cultura”, en *La Nueva República*, N° 11, 21/04/28, p. 2.

Difundieron sus primeros análisis específicos en la revista católica *Criterio*, fundada en 1928, con la que estuvieron vinculados inicialmente, y allí Palacio (quien había formado parte de las vanguardias culturales hasta mediados de los años veinte, siendo colaborador de la Revista *Martín Fierro*, una expresión de la “nueva sensibilidad” hermanada con la propuesta reformista)<sup>38</sup>, sostuvo que la reforma se inició por demandas estudiantiles insatisfechas, aunque fue obra de los estudiantes más revoltosos, acompañados firmemente por el presidente de la nación, que puso a sus funcionarios bajo las órdenes de la Federación Universitaria. Para Palacio, la Reforma fue más una revolución social que un movimiento preocupado por cuestiones específicamente universitarias. Una revolución romántica que llevó como bandera todas las premisas del liberalismo democrático. Avaló las críticas al funcionamiento de las casas de estudio pre reforma, pero señaló, en 1928, que el remedio había agravado la enfermedad. En su opinión, los reformistas fueron mesiánicos que apelaron a los hombres libres, a América, y profesaron un universalismo anti Patria y opuesto a los privilegios, y no invocaron argumentos intelectuales sino una “hipotética pureza del corazón” juvenil. Para el redactor de *La Nueva República*, los líderes reformistas no fueron más que demagogos teñidos de rojo.<sup>39</sup> Como señalábamos, entendió que las Universidades debieron reformar sus planes de estudio, adecuándolos a las necesidades del momento, debieron fomentar la investigación y la ciencia, y sacar a unos cuantos docentes ineptos, pero que en cambio se las había sometido a los azares de la política y a los tumultos

38: Sarlo, Beatriz, “Vanguardia y Criollismo: la aventura de Martín Fierro”, en Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, *Ensayos Argentinos: de Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires: CEAL, 1983.

39: Palacio, E., “La ideología de la reforma universitaria: El estallido romántico”, en *Criterio*, N° 20, 19 de julio de 1928, pp. 71-72.

de la calle. Así, la reforma fue la rebelión de los instintos, de los sentimientos y de las fuerzas oscuras contra el predominio de la inteligencia ordenadora. Tras la reforma, la falacia de la Universidad siguió intacta, pero con el agravante de que perdió su antigua dignidad.<sup>40</sup>

Por su parte, Tomás Casares también señaló que la Universidad debió ser reformada, especialmente en la enseñanza de disciplinas no profesionales. Sin embargo, el proceso reformista sólo se había dedicado a la defensa de los derechos políticos, y todo lo demás no había sido más que una declaración de principios. Pasados ya muchos años del estallido reformista, la cultura no había impregnado a los estudiantes, y lo que fue un sincero propósito de renovación fracasó por la demagogia. Así, los males anteriores a 1918, como el nivel de enseñanza, la calidad de los profesores y la disposición estudiantil, siguieron siendo tan nefastas o incluso peores que las del período pre reformista.<sup>41</sup> Para Casares el mayor problema universitario, a más de diez años de la reforma, era de orden moral, debido a la falta de disciplina.

Unos años más tarde, en 1932, Ernesto Palacio publicó los textos aparecidos en *Criterio* bajo el formato de un pequeño folleto, patrocinado por la agrupación Baluarte, reforzando algunas apreciaciones ya emitidas y remarcando el carácter sectario y destructivo de la moral estudiantil que había tenido la Reforma de 1918 y todo el proceso subsiguiente. Palacio señaló el carácter de la reforma, a la vez liberal y marxista, y el total fracaso de una reforma que era necesaria, pero que se limitó a cambiar malos profesores

40: Palacio, Ernesto, "La herencia de Paul Groussac", en *Criterio*, N° 71, 11 de julio de 1929, p. 333.

41: Casares, Tomás, "Profesionalismo. Cultura y disciplina en los estudios universitarios", en *Criterio*, N°73, 25 de julio de 1929, pp. 393-394.

anti reformistas por malos profesores reformistas y demagógicos.<sup>42</sup>

Hasta aquí hemos mencionado los escritos de los intelectuales derechistas sobre la cuestión universitaria, pero los agitadores juveniles, organizados en fuerzas de choque, también ejecutaron acciones más concretas, aunque marginales y de escasa trascendencia, que implicaban enfrentamientos con otras organizaciones universitarias, especialmente “contra el ala comunista (los rusos, como nosotros llamábamos a sus dirigentes, peyorativamente) que ya manejaba bajo cuerda la Reforma Universitaria desde 1919”. Estas refriegas se extendieron a lo largo de la década del treinta como una faz de la batalla entre “fascistas” y antifascistas.<sup>43</sup> Desde la derecha, asumiendo la derrota ideológica en las universidades, se denunció una guerrilla universitaria, comandada por el grupo *Insurrexit*, sólo resistida por algunos jóvenes nacionalistas (*Crisol*, 1935), aun cuando ellos mismos admitieron, en la Declaración de Principios de la “Nueva Agrupación Nacionalista” (marzo de 1937), haber sido los generadores de “una violencia material necesaria” para terminar con “la verdadera violencia”, que implicaba el desorden espiritual y social.<sup>44</sup> Es decir, a pesar de las políticas persecutorias hacia profesores y estudiantes reformistas (radicales e izquierdistas) aplicadas tras el golpe de Estado de 1930, los actos con todas las simbologías fascistas y las conferencias de reconocidos intelectuales de esa ideología en actos institucionales, las agrupaciones nacionalistas no crecieron ni en número ni en influencia.<sup>45</sup> La vitalidad que la tendencia pareció evidenciar a fines de la década

42: Palacio, E., *¿Qué es la Reforma Universitaria?*, Córdoba: Avaca Bustos, 1932, 1-14.

43: Ibarguren, F., *Orígenes del Nacionalismo argentino*, Buenos Aires: Celsius, 1969, pp. 22, 33, 244-245 y 344-345.

44: Ibarguren, F., *Orígenes del Nacionalismo argentino*, op. cit., p. 394.

45: Halperín Donghi, Tulio, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, op. cit., pp. 124-127.

de 1930 y principios de los años 40, a través de la multiplicación de publicaciones “de combate” (*Sol y Luna, El Pampero, Ofensiva, Nuevo Orden y Choque*) y de la creación de Instituto e Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, no fue capitalizada en las Universidades, donde se seguía observando la presencia de grupos exaltados y marginales, reducidos en número, que reivindicaban su carácter juvenil y “decente” al cuestionar a todo el sistema político desde una prédica nacional-católica. El entusiasmo de los nacionalistas, a finales de la década del treinta, al que califican como “madurez intelectual”<sup>46</sup>, se alimentaba más en el avance de las fuerzas nacionales en España que de la propia realidad argentina.<sup>47</sup>

Resumiendo, los nacionalistas de derecha entendieron a la Reforma como un proceso que descompuso las mentes de numerosas generaciones y “tiñó de rojo” las aulas universitarias. No sin tensiones, reconocieron oportunamente la necesidad de un cambio en las universidades y el mejoramiento de la planta docente, tanto como la premura de dar un impulso a las ciencias y los estudios no directamente utilitarios. Pero cuestionaron el humanismo universalista de los reformistas, sus impulsos democratizadores, el americanismo, sus posturas anti jerárquicas y, fundamentalmente, la politización de las instituciones de estudio, que implicaba el fin de la hegemonía de las elites y la evidencia palmaria de la escasa influencia política de la derecha nacionalista. La historia de la derecha en los años treinta fue el desarrollo de un fracaso político categórico y algunas victorias culturales, como la instalación, en algunos imaginarios sociales, de una crítica profunda a los políticos liberal-conservadores acusados de mediocres, egoístas y ruines, que elaboraron tras el fracaso del *uriburismo* y la ruptura de su

46: Ibaguren, F., *Orígenes del Nacionalismo argentino*, op. cit., p. 399.

47: Ibaguren, F., *Orígenes del Nacionalismo argentino*, op. cit., pp. 372-373.

alianza con los herederos del “Régimen”. Pero lo paradójico residió no sólo en que los logros culturales no tuvieron influjo sobre lo político, sino en que tampoco penetraron en las universidades. La prédica aristocratizante y “orgullosamente minoritaria” no seducía a los nuevos sectores sociales que empezaban a poblar las casas de estudios, y la censura feroz al liberal conservadurismo generaba rechazo en los jóvenes y profesores pertenecientes a las elites menos extremas políticamente. Por su parte, las figuras vinculadas con el catolicismo cuestionaron fuertemente el carácter anticlerical de la Reforma, y depositaron su confianza en los Cursos de Cultura Católica, creados en 1922 para formar a la clase dirigente que la nación precisaba y que las universidades reformadas y el fracaso de la primera Universidad Católica argentina no aseguraban.<sup>48</sup> Tampoco ellos estaban del todo de acuerdo con un nacionalismo que no pocas veces entraba en contradicción con la lógica ecuménica del papado. La derecha nacionalista asoció el movimiento reformista, sobre todo en su primera fase, a la “demagogia populista” del *yrigoyenismo*, pero al poco andar también lo identificaron con el maximalismo y con la ineficacia del liberalismo conservador para controlar el caos. De tal modo, la batalla en las universidades fue una expresión más del anticomunismo, del desprecio por lo popular y de la arena adversa a la clase política que caracterizó a la derecha más radicalizada de las décadas del veinte y treinta.

48: Zanca, José, “Los Cursos de Cultura Católica en los años veinte: apuntes sobre la secularización”, en *Prismas*, vol. 16, N° 2, 2012.

# Reforma universitaria y primer peronismo: incertidumbres en la representación estudiantil

Omar Acha\*

**(CONICET/Universidad de Buenos Aires)**

\*Doctor por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (Francia). Docente en el Departamento de Filosofía de la UBA, Investigador Independiente en el CONICET e Investigador Asociado en el Centro de Investigaciones Filosóficas. Entre otras obras, ha publicado: *Historia crítica de la historiografía argentina*, vol. 1 (2009), *Crónica sentimental de la Argentina peronista* (2013), *Cambiar de ideas. Cuatro tentativas sobre Oscar Terán* (2017), y las compilaciones en colaboración con Mauro Vallejo, *Inconsciente e historia después de Freud* (2010), y con Nicolás Quiroga, *Asociaciones y política en la Argentina del siglo veinte* (2014).





## Introducción

La “reforma universitaria” fue un fenómeno histórico surgido en circunstancias muy específicas. Tuvo lugar en la inmediata postguerra de América Latina, más precisamente en Córdoba, la ciudad mediterránea, en 1918. Su alcance sin embargo se desprendió de ese nacimiento para adquirir tonalidades y significados variados. De hecho, muy pronto las referencias latinoamericanas en su repercusión pasaron a formar parte central de la legitimidad del movimiento estudiantil y de sus derivaciones políticas en Perú, en Cuba y en México. No solo se extendió en el espacio. También sobrevivió a las circunstancias cronológicas de su emergencia, prolongándose por al menos medio siglo en su incidencia en las peripecias del estudiantado universitario argentino. Esa duración no provino de la unidad y homogeneidad del reformismo, sino de su complejidad y plasticidad para interactuar, incorporar y mutar sus condicionamientos a lo largo del tiempo.

En 1978 el sociólogo Juan Carlos Portantiero publicó un influyente ensayo sobre las dos primeras décadas de la Reforma Universitaria. Excediendo la cronología que lo detenía en 1938, Portantiero juzgó cerrado el ciclo histórico reformista debido al agotamiento de su relevancia crítica. Dado el capitalismo “dependiente”, argumentó el analista, la práctica estudiantil tradicional había alcanzado una frontera hacia ya varias décadas. Puesto que su estrategia, desde 1918, consistió “en centrarse en la lucha por la democratización de la universidad”, ante desafíos que exceden ampliamente el espacio universitario, “ni siquiera roza la superficie del problema, al encararlo a través del modelo de la solidaridad obrero-estudiantil”.<sup>1</sup> El razonamiento dependentista planteó que

1: Portantiero, Juan Carlos, *Estudiantes y política en América Latina. 1918-1938. El proceso de la Reforma Universitaria*, México: Siglo Veintiuno, 1978, p. 27.

solo una militancia anticapitalista donde el interior y el exterior de la vida universitaria pertenecieran a un mismo programa transformador, podía recuperar de otro modo, bien distinto, el legado de la Reforma. El saldo obtenido por Portantiero debía mucho a sus previas adhesiones comunistas, pues la objeción a los límites “pequeñoburgueses” o de “clase media” del reformismo universitario había sido un patrimonio del comunismo argentino, incluso si el episodio de 1918 había sido incorporado a una línea evolutiva democrática y, desde mediados de la década de 1930, el Partido Comunista había decidido integrar a sus actividades estudiantiles en la corriente reformista.

El juicio de Portantiero tenía desde luego una vigorosa marca epocal. Los años sesenta y setenta de la política universitaria argentina habían presenciado el desmoronamiento del reformismo como tradición política del estudiantado. O más exactamente, si había sido todavía una fuerza importante entre las filas estudiantiles hasta entrados los años sesenta, fue cada vez más un momento de pasaje hacia otras fidelidades políticas. El periodo de rotación del estudiantado entre el reformismo se hizo crecientemente menor. Las distintas orientaciones de izquierdas, el humanismo y el catolicismo, y desde fines de los años sesenta el peronismo, configuraron las nuevas tendencias de la activación política estudiantil en el ámbito universitario. ¿Qué había sucedido con la tradición reformista? Estudios recientes han mostrado que la identidad reformista estaba lejos de haber perdido presencia hasta bien avanzada la década de 1960, especialmente en espacios distintos al porteño. Con todo, el señalamiento avanzaba en otra dirección, a saber, la del reformismo como avanzada de una vocación de cambio profundo. De alguna manera la identidad reformista parecía haber perdido la capacidad de ser contemporánea con su época.

¿Cuándo había cesado en su capacidad para interpelar políticamente a las dirigencias del movimiento estudiantil? ¿Cuál había sido la última gran batalla del reformismo? ¿Por qué había ocurrido esa mutación? La explicación dependentista esgrimida por Portantiero fue luego retomada por una diversidad de argumentaciones, viejas y nuevas, de diversas fidelidades.

Curiosamente, desde reconstrucciones vigorosamente ancladas en una identidad reformista ajena a las divisas partidarias posteriores a 1945, el antiperonismo se consolidó como una tradición. Incluso la intervención activa en la disputa entre “la laica y la libre” de los tiempos frondicistas, fue opacada por un embanderamiento antiperonista en el periodo 1945-1955. Las banderas principales del decenio de posguerra fueron la defensa de la autonomía universitaria, la libertad de cátedra, la independencia del movimiento universitario respecto de los partidos políticos y el Estado. Así se leyó en un tono antiperonista una historia del movimiento reformista que había revelado una capacidad para vincularse con distintas orientaciones ideológicas, ciertamente en un andarivel común progresista. También en la interpretación de las izquierdas, de las que el análisis de Portantiero era deudor, desde el libro de Bernardo Kleiner (1964) en adelante, el reformismo se fundió con el antiperonismo, imagen compartida por las contrapuestas lecturas nacional-populistas en las que la oposición al peronismo constituyó al reformismo como un bloque anacrónico respecto de un proyecto político que proponía no tanto una destrucción del legado reformista, sino una noción de universidad ligada a la nación, de un calibre enteramente distinto.<sup>2</sup> Eso puede ser seguido en los textos de época de Jorge Abelardo Ramos y Juan José Hernández

2: Kleiner, Bernardo, *20 años de movimiento estudiantil reformista 1943-1963*, Buenos Aires: Platina, 1964.

Arregui, entre muchos otros, y en reposiciones más recientes.<sup>3</sup> El objetivo de este capítulo consiste en desandar algunas premisas de los análisis, quizás demasiado homogeneizantes, para introducir una mirada de mayor complejidad en las alternativas planteadas durante la segunda posguerra al movimiento reformista. Para ello reconstruiré brevemente las líneas directrices que compactaron al reformismo en el antiperonismo, en una concepción que hacía de las dirigencias reformistas la síntesis del estudiantado universitario. En segundo lugar, introduciré esquemáticamente a un actor poco perceptible en aquellos relatos del antiperonismo: el surgimiento de un activismo peronista entre el estudiantado, una presencia usualmente limitada a una Confederación General Universitaria vista como una pequeña burocracia ineficiente y sin repercusión entre el común de sus compañeros y compañeras de estudios. En las observaciones finales aludiré al momento crucial de una mutación que, si no concluyó con la historia del reformismo, hizo del final abrupto y violento del gobierno peronista en 1955 un discutible parteaguas en su itinerario. Argumentaré la conveniencia de exceder el año 1955 como segmento en el que dirimir las encrucijadas del reformismo universitario, cuyas derivaciones alcanzan a desplegarse plenamente una década más tarde. Sin embargo, antes de ingresar *in media res* quisiera explicar brevemente el enfoque del análisis.

## Memorias e historias

Silvana Ferreyra ha señalado recientemente la importancia que las tareas de la Comisión Investigadora creada por la Revo-

3: Dércoli, Julián A., *La política universitaria del primer peronismo*, Buenos Aires: Punto de Encuentro, 2014.

lución Libertadora para recoger y evaluar la información sobre los “crímenes de la dictadura”, han tenido en la configuración de perdurables rasgos en la interpretación del primer peronismo.<sup>4</sup> En ese sentido, uno de sus resultados, *El libro negro de la Segunda Tiranía*, aparecido a principios de 1958, resume una persistente idea de cómo se relacionaron la universidad y el reformismo con el gobierno del segmento histórico juzgado. En las dos páginas dedicadas al tema, *El libro negro* destaca la identidad entre los estudiantes y el reformismo rastreado hasta 1918, cuyos ideales se habrían preservado en la cultura universitaria, a pesar de las cambiantes situaciones.<sup>5</sup> En cambio, se mostraba el contraste entre las declaraciones de Perón en 1947 respecto de la necesidad de despolitizar la universidad para situarla en un lugar “señero” para los intereses nacionales, y la expulsión de “1.253” profesores de reconocido nivel para reemplazarlos por obsecuentes a la “dictadura”. Ésta quiso “peronizar” a los estudiantes a través de sus cursos de “Formación política” y la obligatoriedad de adherir al régimen. En cambio, el estudiantado reformista se había preservado ajeno al programa dictatorial gracias a la perdurable tradición reformista.

Por su parte, en su trabajo sobre la importancia de la memoria construida sobre las políticas científicas durante el primer peronismo, Hernán Comastri ha indicado cómo se construyó un recuerdo de la época como un desierto de la investigación, en oposición a una modernización iniciada tras la caída de Perón en 1955.<sup>6</sup>

4: Ferreyra, Silvana, “Las comisiones investigadoras durante la ‘Revolución Libertadora’: Usos del archivo en la historiografía sobre peronismo y antiperonismo”, en *Quinto Sol*, vol. 20, N° 3, 2016, pp. 1-25.

5: Comisión Nacional de Investigaciones, *El libro negro de la segunda tiranía*, Buenos Aires: 1958, pp. 183-184.

6: Comastri, Hernán, “Política científico-tecnológica del peronismo. La deconstrucción de un consenso”, en *IX Encuentro Nacional y III Congreso Internacional de Historia Oral de la República Argentina*, Buenos Aires: Instituto de Investigaciones “Gino Germani”, 2009.

Ese recuerdo difiere, en una lectura más cuidadosa de los testimonios orales usualmente empleados en la investigación, de otras imágenes posibles del periodo. En esa memoria, donde tienen un lugar las entrevistas a antiguos activistas estudiantiles del periodo 1950-1966, los reformistas y una idea de la oposición frontal e ineludible con el régimen se constituyeron en un sentido común, luego transmitido a las investigaciones históricas.

Traigo estas referencias como proemio del presente capítulo, pues su camino está demarcado por la sospecha de que la imagen instituida de la actuación del reformismo durante el primer peronismo está habitado, desde el trabajo de Halperin Donghi sobre la Universidad de Buenos Aires, transitando por los escritos de Alberto Ciria y Horacio Sanguinetti sobre *Los reformistas*, hasta el más reciente libro de Almarza, Corchón y Zemborain sobre la Federación Universitaria de Buenos Aires, por mitos constitutivos del recuerdo reformista que se ha transmitido a algunas interpretaciones académicas más recientes, y que solo de manera muy preliminar este capítulo quisiera contribuir a desandar.<sup>7</sup>

## **El reformismo como antiperonismo**

El primer peronismo, transcurrido entre 1945 y 1955, fue a menudo considerado como una experiencia histórica ante la cual la tradición reformista en la universidad fue refractaria. En ese orden de cosas, el predominio “progresista” que caracterizó a las diferentes corrientes ligadas al reformismo universitario reconoció

7: Halperin Donghi, Tulio, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1962; Ciria, Alberto y Sanguinetti, Horacio, *Los reformistas*, Buenos Aires: Jorge Álvarez, 1968; Almarza, Manuel, Corchón, Manuel y Zemborain, Rómulo, *¡Aquí FUBA! Las luchas estudiantiles en tiempos de Perón (1943-1955)*, Buenos Aires: Planeta, 2001.

en el peronismo una ajenidad vinculada con aquello que la propia Reforma había pugnado: dogmatismo, heteronomía, tradicionalismo. El peronismo fue identificado como una amenaza contra la libertad de cátedra y de pensamiento, la eliminación de la autonomía de los cuerpos universitarios, y en particular de la participación estudiantil en el gobierno de la institución. Ya fuera que se insistiese en los sesgos retrógrados del catolicismo, el estatismo dirigista o una mediocridad profesoral acomodaticia con la despolitización forzada, poco o casi nada del peronismo habría logrado producir profundas fisuras entre el estudiantado. Usualmente, esa impermeabilidad hacia las dimensiones democráticas e igualitarias del peronismo, incluso si no se olvidaban aquellas otras de carácter antiliberal y unanimista, presidieron en las explicaciones históricas.

La imagen tradicional describe el enfrentamiento entre el movimiento estudiantil identificado como reformista y perennemente opositor a Perón, desde su ingreso a la vida política argentina, en junio de 1943, hasta su expulsión coactiva en septiembre de 1955. El peronismo habría hallado un enemigo ineludible y homogéneo. Desde mediados de 1945 el reformismo, con su cara más visible en el escenario porteño, la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA), fue una de las asociaciones de mayor impacto público por su presencia en las manifestaciones contrarias al gobierno y el enfrentamiento con los jóvenes simpatizantes del coronel Perón, particularmente en sus sectores nacionalistas.

El relato tradicional comienza en junio de 1943, momento histórico en que un nuevo golpe militar quiebra una cuestionada presidencia de Ramón Castillo. El movimiento estudiantil al que se le adscribe una mayoritaria adhesión al reformismo no fue unívoco al respecto. El descrédito del gobierno caído condujo a algunos núcleos estudiantiles de las universidades de Buenos Aires, Córdo-

ba, el Litoral y La Plata, e incluso a fracciones de la Federación Universitaria Argentina, la FUA, a dar la bienvenida al *coup d'État* dirigido por el general Arturo Rawson. Otros núcleos, como la FUBA, se declararon contrarios debido a las características de los protagonistas del golpe, militares y religiosos de dudosa convicción democrática. Estos sectores estudiantiles concluían que la repulsa golpista ante la eventualidad de una sucesión por parte de Patrón Costas estaba orientada por simpatías hacia las potencias del Eje.

Las diferencias surgidas en el seno de las dirigencias estudiantiles no deberían sorprender, pues si entre ellas el reformismo que hallaba sus orígenes en 1918 era notoriamente predominante, ese predominio no ocultaba la diversidad de orientaciones que esa identidad flexible contenía. Se suele destacar la doble fidelidad de los activistas estudiantiles comunistas que, diciéndose reformistas, preservaban un doblez identitario donde las decisiones partidarias convivían, no siempre pacíficamente, con las orientaciones provenientes del ámbito corporativo estudiantil. La revelación de esa ambivalencia comunista habría sido la decisión adoptada en 1952 con la anuencia de Juan José Real de integrar a los militantes partidarios en la peronista Confederación General Universitaria (CGU). La decisión fue equivocada por tres razones. La primera, porque el ostensible anticomunismo de la CGU rechazó cualquier acercamiento comunista. La segunda porque, junto a otras medidas pro peronistas identificadas con la gestión de Real, se vio pronto desautorizada en el seno del PCA tras el regreso de su líder histórico Victorio Codovilla. La tercera y más importante es que selló la ruptura del comunismo como una línea integrante del reformismo universitario. El activismo comunista-reformista había sido decisivo en algunas posturas de las organizaciones estudiantiles desde junio de 1943, y lo había sido de una manera particularmente crucial en la incorporación de la FUA y la FUBA a la Unión Democrá-



tica constituida para oponerse al proyecto presidencial de Perón después de octubre de 1945.

Es cierto que la acusación de la duplicidad comunista acompañó un giro antitotalitario del reformismo, que se alineó en la Guerra Fría con las opciones occidentalistas. Sin embargo, la acción de fracciones identificadas con el reformismo de 1918 coexistía con diversas adhesiones partidarias, como las socialistas, liberales y radicales. Esas adhesiones habrían de adquirir gran relevancia en la actuación antiperonista del reformismo, tales como el apoyo a algunas huelgas obreras de notorio impacto público entre 1947 y 1951, la colaboración con la intentona militar del general Benjamín Menéndez en septiembre de 1951, el atentado en la Plaza de Mayo de abril de 1953, la participación en el conflicto entre el Estado peronista y el asociacionismo católico desplegado desde fines de 1954, y finalmente la incorporación a las actividades subversivas –posiblemente incorporados a algunos “comandos civiles”– que rodearon al golpe militar de 1955. En cada uno de esos eventos los sectores estudiantiles intervinientes, si bien podían nombrarse como próximos o internos al reformismo, poseían diversas implantaciones ideológicas y sociales. Es que el reformismo universitario durante la década peronista fue múltiple y cambiante, no estaba reducido a una identidad monolítica.

Por añadidura, si la militancia reformista estaba lejos de ser uniforme, es aún más opaco hasta donde representaba a las mayorías estudiantiles. He aquí un problema sobre el que la investigación histórica está aún en sus comienzos. ¿Cuál fue el lugar del reformismo entre el estudiantado universitario? Seguramente no fue el mismo durante la década aquí analizada, sobre todo por la enorme transformación de la matrícula estudiantil que pasó de 48.284 en 1945 a 138.871 en 1955. Tampoco la evolución del reformismo ni la incidencia de la corriente humanista desplegada desde

1950 fueron similares en las seis universidades nacionales existentes (Córdoba, Litoral, La Plata, Buenos Aires, Tucumán y Cuyo). Está fuera de duda que hasta 1950 el reformismo reuniera a las dirigencias estudiantiles más representativas, y continuó siendo la predominante hasta 1955. La pregunta más difícil de responder es la siguiente: ¿qué nos dicen las representaciones reformistas, con los numerosos matices que las caracterizaban, del estudiantado? ¿Es posible tratar a las actitudes de las élites estudiantiles como usualmente se hace al prolongar sinecdóticamente su alcance a todo o al menos a la inmensa mayoría de las filas de alumnos de la universidad argentina?

Así las cosas, no es todavía claro cuáles fueron las posturas de los diferentes núcleos estudiantiles y lo que podríamos denominar las bases mayoritarias. Tal vez convenga partir de su heterogeneidad y del reconocimiento de las pugnas por su representación como características constitutivas del movimiento de estudiantes universitarios.

Veamos esa complejidad en algunos momentos de la relación entre el reformismo y el naciente peronismo. La escena originaria es la asunción por el intelectual católico tomista Jordán Bruno Genta de la intervención a la Universidad Nacional del Litoral un mes después del golpe de 1943. La política de Genta fue agresiva, se caracterizó por una reorientación aristotélico-tomista de la enseñanza, la persecución de profesores y la suspensión de estudiantes. Desde el principio de su intervención, Genta dejó en claro que deseaba neutralizar el activismo estudiantil al decidir la retención de los fondos aportados por la universidad al centro de estudiantes, y al prohibir la realización de asambleas de alumnos en la Facultad de Química, definiciones que despertaron la solidaridad de otras facultades. La política del interventor suscitó reacciones en las que coincidieron núcleos dirigentes de los diferentes

claustros, lo que a su vez condujo a una profundización del enfrentamiento hacia los estudiantes como opositores. Las universidades de Buenos Aires y La Plata, que no habían sido amenazadas por la intervención, se alinearon en el campo opositor. O más exactamente, lo hicieron algunas fracciones de sus docentes, como el liberal Bernardo Houssay y el socialista Alfredo Palacios, y las direcciones estudiantiles reformistas. Los profesores firmantes de una solicitada fueron exonerados. Se impuso la dialéctica de un enfrentamiento que posiblemente no fuera inexorable. Lo cierto es que adquirió contornos cada vez más pronunciados. No sabemos, con todo, si esa orientación fue compartida por las mayorías del gremio estudiantil.

Mientras tanto, a lo largo de 1945, la situación del gobierno militar se tornaba cada vez más incierta, hecho no modificado por la declaración de guerra al Eje en marzo. El ataque de las “Fuerzas Vivas” patronales contra Perón, quien por entonces acumulaba los cargos de Secretario de Trabajo y Previsión, Ministro de Guerra y Vicepresidente, se hicieron más virulentos. Unos meses antes, en agosto de 1944, el Secretario de Trabajo les había propuesto a los capitalistas una alianza destinada a contener el comunismo en la cercana posguerra. Rechazado, seis meses más tarde se recostó sobre los sindicatos y buscó descomprimir a las oposiciones más enérgicas de otros sectores. Lo hizo en el tema universitario, impulsando, en febrero de 1945, el fin de las intervenciones, la reincorporación de docentes y estudiantes apartados. Pero las definitivas derrotas de Alemania y Japón entre mayo y agosto de aquel año, hicieron concebir al estudiantado de predominio reformista –y por supuesto no solo a él– la idea que el gobierno militar podía ser vencido sin atenuantes. Una nueva conducción de la FUA decidida en un encuentro en la ciudad de Córdoba el 16 de agosto, determinó que entre el 20 y el 21 de agosto se realizara una huelga universitaria que contó con el consentimiento de las autoridades

académicas.<sup>8</sup> Quedaba claro que la universidad en sus diferentes claustros estaba alineada en la oposición.

El 28 de agosto Perón se dirigió a los estudiantes recordando la reciente normalización y prometiendo el restablecimiento del voto estudiantil. Pero no hubo compromiso. Los estudiantes, con la ostensible presencia de los fubistas, tomaron parte en la multitudinaria Marcha de la Constitución y la Libertad del 19 de septiembre. En ese proceso tuvieron lugar enfrentamientos con núcleos nacionalistas cercanos al gobierno, donde hubo estudiantes muertos, tal como había acontecido unos meses antes. Con el desplazamiento de Perón el 9 de octubre, el triunfo parecía al alcance de la mano, pero ocho días más tarde ocurrió el acontecimiento de la movilización popular por la libertad de Perón que cambió el curso de los eventos. Uno de los rasgos de esos eventos fue que entre los denuestos expresados por las multitudes movilizadas el 17 de octubre, los estudiantes y las universidades fueron vistas como enemigos del “pueblo”, constituyéndose en un tópico de la época. Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares expresarían ese antagonismo en su relato de 1947 intitulado “La fiesta del Monstruo”. En respuesta, el estudiantado reformista se identificó políticamente con el anti-peronismo de la Unión Democrática.

Se ha sostenido, en ese sentido, que el reformismo universitario se habría alineado con el naciente antiperonismo en la Unión Democrática que, entre fines de 1945 y 1946, reunió a buena parte del arco político opositor a la fórmula presidencial que proponía a Perón como presidente. Es la imagen que proveyó Tulio Halperin Donghi en un texto influyente sobre la *Historia de la Universidad de*

8: Ferrero, Roberto A., *Historia crítica del movimiento estudiantil de Córdoba. Tomo II (1943-1955)*, Córdoba: Alción Editora, 2005, p. 41.

Buenos Aires.<sup>9</sup> Sin embargo, la unidad antiperonista no fue en modo alguno irrestricta. No solo se produjeron disensos en numerosos ámbitos estudiantiles. Incluso una federación estudiantil como la del Litoral se pronunció en disidencia. La Federación del Litoral encontraba injustificado que los estudiantes se mancomunaran, para combatir a Perón, con algunos sectores conservadores. En todo caso, parece prudente señalar que en lugar de una unanimidad –por caso, Antonio Cafiero ensayó en esos meses candentes la formación de una agrupación de estudiantes pro Perón– se hipotetizara una mayoría estudiantil hostil al gobierno militar, y sobre todo a su hombre fuerte.

La investigación histórica recurre al respecto a las fuentes disponibles, que generalmente provienen de publicaciones de los sectores organizados, activistas, o a un rico abanico de entrevistas orales que también focalizan en los militantes más reconocidos. El resultado obtenido desde esas fuentes otorga, desde luego, una centralidad a las élites estudiantiles, y deja en un zona incierta lo ocurrido con lo que, a falta de un término más adecuado, podríamos concebir como los estudiantes comunes. Éstos no deben ser pensados como despolitizados o desideologizados, sino más bien como inscriptos en un lugar oscilante entre el interés por la relación entre, por un lado, la situación de la universidad y el estudiantado como categoría social y, por otro lado, la culminación de una carrera de grado en educación superior. Tal vez convenga leer a contrapelo las fuentes accesibles, para recuperar esa presencia más visible en la cotidianeidad estudiantil que en los relatos históricos orientados a simplificarla en términos de la acción, sin duda importante e incluso decisiva, de sus rangos dirigentes. Pero volvamos a las peripecias del reformismo, al que habíamos abandonado

9: Halperin Donghi, T., *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, op. cit., p. 178.

do cuando, desde noviembre de 1945, se lanzó decidido a participar en la campaña electoral del verano de 1945-1946 a favor de la fórmula Tamborini-Mosca, y contra lo que llamó el “nazi-peronismo”.

Luego de la victoria de la fórmula Perón-Quijano en febrero de 1946, el reformismo comenzó su año más difícil. El 30 de abril de 1946, el Poder Ejecutivo decretó la intervención de las universidades en vistas de lo que calificó como carencia de neutralidad política. Más de un millar de docentes se vio obligado a abandonar sus cargos. Una prolongada huelga de alumnos, promovida por las organizaciones estudiantiles, fue derrotada a fines de 1946 ante el peligro de la pérdida del año académico y la fuerza de un nuevo gobierno legitimado por las urnas. Con el “Nuevo régimen universitario” de 1947, que será recapitulado más adelante, la estipulación de la Formación Política prevista por la Constitución de 1949 y avanzada durante el segundo mandato presidencial de Perón, la actuación de las dirigencias reformistas se vio severamente restringida. El surgimiento de la Liga Humanista de orientación cristiana progresista (hostil al peronismo) y el gradual desprendimiento del comunismo del ámbito reformista, pueden ser vistos como iniciativas para ocupar la vacancia dejada por declive, que se revelaría momentáneo, de las conducciones reformistas.

De hecho, hacia 1951, y en particular a la luz de la conmoción pública lograda por el secuestro y tortura del estudiante comunista Ernesto Mario Bravo, el reformismo renació, especialmente en la Universidad de Buenos Aires, en su reconstitución de un Movimiento Universitario Reformista, el MUR. Sin embargo, la significación política estaba restringida a la vida interna del estudiantado y sus centros. La relevancia sectorial no fue hasta 1955 de transcendencia público-política. Disgregado en sus diversas descripciones políticas y asociativas, núcleos estudiantiles reformistas se comprometerían en actuaciones semioficiales, o llanamente

clandestinas, en una oposición que ya no se expresaba en movilizaciones masivas de estudiantes.

### **¿Hubo un estudiantado universitario peronista?**

El derrotero del reformismo durante el decenio peronista es inseparable del saldo que se proponga sobre las novedades ocurridas en la vida universitaria durante el periodo y, muy particularmente, a propósito de sus transformaciones democratizantes. Si, como se ha dicho previamente, la matrícula estudiantil se triplicó durante la década, si por sucesivas leyes y decretos se garantizó, entre 1947 y 1954, la gratuidad de la educación superior y se eliminaron los exámenes de ingreso, si se instituyeron becas y se creó la Universidad Obrera Nacional, ¿por qué esas innovaciones no lograron crear un consenso siquiera parcial entre el estudiantado? ¿Habrá sido porque el gobierno peronista fue erradicado *manu militari* y su promesa hegemónica tronchada? ¿O porque, como lo supone la historiografía, el persistente reformismo del estudiantado lo constituyó en un bloque obstinadamente reticente a aceptar las nuevas “reformas” peronistas?

Los trabajos de Marcela Pronko han destacado que las innovaciones institucionales peronistas en la vida universitaria tuvieron una relación nada sencilla, y ciertamente no de mero rechazo, con la promesa reformista de 1918. La investigadora habilitó esa interpretación al transitar de una lectura en la que Genta, Alberto Baldrich, Oscar Ivanissevich y Hernán Benítez ocuparon el escenario universitario para dar un lugar a Ricardo Guardo y los legisladores peronistas. De esa manera la nueva ley universitaria de 1947, número 13.301, emerge como una crítica, pero también una superación incorporadora del reformismo en una nueva era, por supuesto la peronista, en la que las metas democratizantes

requerían nuevos rasgos que la regulación propuesta venía a convalidar.<sup>10</sup> La universidad y sus integrantes ocupaban entonces una posición novedosa en la vida nacional y en su relación con el Estado. La autonomía era reinterpretada, en consecuencia, como la contribución científica y pedagógica a la conformación de lo que se entendía como una “Nueva Argentina”. De alguna manera, puesto que era el cambio legislativo más importante, desde la Ley Avellaneda de 1885, en la regulación del sistema académico superior, el “Nuevo régimen universitario” sancionado incluía a la Reforma de una época periclitada.

La ley 13.301 impactó en algunos lemas decisivos del archivo de ideas reformista. Fue sobre ese aspecto que se concentró la oposición de la dirigencia estudiantil. La ley reducía la autonomía electiva de los claustros universitarios al estipular que, eliminada la participación formal estudiantil, las universidades debían proveer ternas para la designación de sus autoridades y profesores, entre los cuales el Poder Ejecutivo decidiría la asignación de cargos. El sector estudiantil dejaba de ser un claustro con capacidades políticas al ser confinado a tener voz pero no voto, y sus representantes provenir de una selección atendida a la actuación académica sin las denostadas interferencias políticas. La autonomía universitaria debía darse entonces gracias a la despolitización partidaria y a la contribución de la universidad al incremento de las capacidades productivas nacionales.

Si bien desconocemos cómo se transformaron las ideas predominantes entre los estudiantes en estos años, sí podemos aceptar que entre sus élites reformistas la oposición al peronismo fue hegemónica. ¿Tuvo algún éxito la política universitaria peronista? Ya

10: Pronko, Marcela, *El peronismo en la universidad*, Buenos Aires: Los Libros del Rojas, 2000.



he recordado que las interpretaciones de la oficialista Confederación General Universitaria han destacado su escasa impregnación entre las filas estudiantiles a pesar de los recursos facilitados por el Estado. Incluso cuando ésta fue instituida como la única organización estudiantil “reconocida” para mediar con las autoridades académicas, su influencia fue escasa, con algunas excepciones en las universidades del Litoral, Córdoba y Cuyo. Como informa Claudio Panella en su lectura del órgano oficial de la CGU, *Actitud*, el anti reformismo fue una constante en los antagonismos discursivos de esa élite estudiantil peronista y nacionalista.<sup>11</sup> Pero que esa élite no fue con inocencia identitariamente peronista, se reveló cuando algunos segmentos de ella se alinearon con el catolicismo en los meses del conflicto entre el peronismo y el asociacionismo laical cristiano. Como sea, sabemos poco sobre si el peronismo, más allá de la CGU y las élites estudiantiles antiperonistas (fueran reformistas, humanistas o comunistas), logró un lugar entre las preferencias estudiantiles antes de 1955. Poseer un conocimiento más preciso de la evolución del peronismo entre los universitarios del periodo 1945-1955, brindaría un marco más útil para seguir el proceso general en el que la dirección reformista, severamente dañada, continuó siendo la principal. Quizás poner en suspenso la premisa de que la CGU fue una formación arbitraria y vacía sin representación real del estudiantado, contraparte de la representación asignada al reformismo, facilite pensar mejor las incertidumbres de la época.

11: Panella, Claudio, “Actitud: un periódico nacionalista para los estudiantes universitarios peronistas”, en *XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

## Observaciones conclusivas

El objetivo de este capítulo fue sólo, en parte, reponer un itinerario conocido del reformismo universitario durante el primer peronismo. Ese itinerario recuerda el pronto desencanto con la revolución de junio de 1943, las intervenciones a las universidades con la gestión de Genta en el Litoral como epítome de un espíritu gubernamental anti reformista, las exoneraciones de docentes y los enfrentamientos en las calles de los estudiantes con los primeros simpatizantes del peronismo naciente, la participación activa en la Unión Democrática, las nuevas intervenciones de las universidades en abril de 1946, y las pugnas que recorrieron ese año inaugural de la gestión de Perón, con el resultado de una derrota de la dirigencia reformista de la que sólo se recuperaría, parcialmente, hacia mayo de 1951 con el caso Bravo, y desde entonces seguiría la huella del antiperonismo hasta el año conflictivo que, entre 1954 y 1955, presenció el derrocamiento del gobierno constitucional.

Al respecto, son interesantes estudios recientes que han revelado la complejidad de las estrategias adoptadas por los estudiantes reformistas. Distantes de los reiterados juicios que sancionaron la defunción histórica del reformismo, por corresponder ideológicamente a una época ya cerrada, y por lo tanto incapaz de intervenir en su tiempo, los estudiantes que a pesar de todas las transformaciones encontraban en 1918 el inicio de una tradición, diseñaron caminos que los separaban del antiperonismo como identidad, y buscaron componer una relación dinámica con el movimiento obrero.<sup>12</sup>

12: Pis Diez, Nayla, “«¡Compañero trabajador, no falte!» El movimiento reformista de La Plata y la unidad obrero-estudiantil en los tempranos sesenta: acciones por una vieja bandera”, en *Revista de la Red Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea*, vol. 4, N° 6, 2017, pp. 99-114.

El fin del primer peronismo no coincidió con el cierre de la experiencia histórica del reformismo universitario. En tal sentido, 1955 no constituye un parteaguas que divida sin rebordes el tiempo histórico. Como en otros temas, prolongadas sedimentaciones y procesos que exceden la certeza usual en los acontecimientos políticos, abren las compuertas para seguir rastreando el devenir complejo e inacabado de las repercusiones de la Reforma Universitaria como mito fundacional del activismo estudiantil.



## **El humanismo universitario en la Universidad de Buenos Aires. Desacralizar la Reforma en clave cristiana (1950-1966)**

**José Zanca\***

**(CONICET/Universidad de San Andrés)**

\*Profesor de Historia por la Universidad de Buenos Aires, Magíster en Investigación Histórica y Doctor en Historia por la Universidad de San Andrés. Es investigador adjunto del CONICET (Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Tecnológicas). Ha publicado *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad (1955-1966)*, Buenos Aires: FCE, 2006; *Cristianos antifascistas. Conflictos en la cultura católica argentina (1936-1959)*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2013. Ha coordinado los volúmenes *Pasiones anticlericales. Un recorrido iberoamericano*, U.N.Q., 2014 y *Fronteras disputadas: religión, secularización y anticlericalismo en la Argentina (siglos XIX y XX)*, Buenos Aires: Imago Mundi, 2016. Ambos junto a Roberto Di Stefano.



El humanismo universitario constituyó una organización creada a principios de la década de 1950 por un grupo de estudiantes católicos. Se organizó durante el primer gobierno peronista y se extinguió, a pesar de algunos intentos posteriores de refundación, luego del golpe de estado del general Juan Carlos Onganía en 1966. Desde sus inicios se enfrentó al nacionalismo católico, y buscó diferenciarse del reformismo, vinculado con agrupaciones de corte laicista y anticlerical. Mantuvo su autonomía de las directivas de la jerarquía eclesiástica argentina, que veía al movimiento con sospecha y rechazo. En este capítulo se analizarán las singulares condiciones que pueden explicar su triunfo en la elección del rector de la Universidad de Buenos Aires en 1962, lo que a su vez nos permitirá escrutar el fenómeno de la “permeabilidad” de la universidad y la política, y el tipo de opciones por las que se inclinaba el estudiantado antes de 1966.

### **El humanismo universitario en el debate de ideas del catolicismo**

El humanismo universitario germinó en las divisiones de la cultura católica de la Segunda posguerra. La partición fascismo–antifascismo, y luego peronismo–antiperonismo, crearon una nueva forma de interpretación de la realidad en el laicado argentino. La corriente humanista cristiana o demócrata cristiana había crecido desde la extensa visita a la Argentina de Jacques Maritain en 1936.<sup>1</sup> El filósofo francés había ejercido un rol tutelar en la conciencia de los intelectuales católicos, de quien habían bebido su anti modernismo, la renovación del tomismo, y su propia vida,

1: Sobre el catolicismo y el antifascismo en este período, véase Zanca, José A., *Cristianos antifascistas: conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2013.

la de un converso que viajó desde el ateísmo y el positivismo al cristianismo, a través de la influencia de Bergson y León Bloy, pero también de Charles Maurras. Entre los seguidores locales de Maritain, tanto por su exposición pública como por su formación, se destacaba el *enragé* Augusto José Durelli, un joven reformista y católico que había presidido el Centro de Estudiantes de Ingeniería durante la dictadura del general Uriburu (1930-1932). De amplia participación en la prensa antifascista de la época, Durelli fue protagonista de las jornadas de enfrentamiento entre los estudiantes universitarios y el gobierno militar instaurado en 1943.<sup>2</sup> En 1947 publicó *Del universo de la universidad al universo del hombre*, en donde proponía un modelo de universidad a la que definía como “personalista y pluralista”. Siguiendo al humanismo de Maritain y Emmanuel Mounier, para Durelli el quehacer universitario debía girar en torno a la “persona humana”, eludiendo tanto el cientificismo como el politicismo. Reconocía que la Reforma Universitaria había tenido indudables logros “técnicos”: la asistencia libre, la docencia libre, la gratuidad de la enseñanza, la participación del estudiantado en el gobierno universitario, la periodicidad de las designaciones para cátedras y las políticas de extensión. Sin embargo, le reprochaba que incluyera aspectos “poco deseables para un cristiano”. Impugnaba lo que denominaba la *mística* de la Reforma, una especie de “dogma” creador de un espíritu heroico. Finalmente, Durelli propiciaba la creación de universidades “libres”, no estatales, apoyándose en su lectura de la doctrina católica: la esencia del cristianismo era la libertad, en especial la libertad de enseñanza.<sup>3</sup>

2: Véase Durelli, Augusto J., *Forma y sentido de la resistencia universitaria de octubre 1945*, Buenos Aires, 1945.

3: Durelli, Augusto J., *Del universo de la universidad al universo del hombre*, Buenos Aires: Tall. Gráf. T. Palumbo, 1947, p. 69.



Pero la figura trágica del católico Durelli, su *christianisme de gauche*, se perdió a medida que la década de 1940 agonizaba. Una nueva generación de jóvenes cristianos, animados por una renovada cultura religiosa, hibridaron un variopinto conjunto de lecturas que tradujeron en un proyecto universitario que pretendía ser mucho más que eso. Las fuentes ideológicas del humanismo fueron eclécticas y plurales. Ludovico Ivanissevich Machado, uno de sus fundadores, señalaba que habían recogido los más importantes aportes del pensamiento contemporáneo, que incluían la antropología de Max Scheler y Martin Buber, la filosofía existencial de Berdiaev, Kierkegaard y Jaspers, el personalismo de Maritain y Mounier, y el vitalismo de Ortega y Julián Marías. La biografía de Ivanissevich Machado es bastante explícita respecto de los cambios en la cultura católica de mediados del siglo XX. Había nacido en 1927 en Buenos Aires, y en 1945 ingresó en la carrera de ingeniería de la UBA. Era hijo de uno de los fundadores de la ingeniería en la Argentina y sobrino del ministro de educación del primer gobierno de Perón, Oscar Ivanissevich. En 1945 militaba en la Acción Católica Universitaria del Colegio Nacional, y asistía a reuniones en el Champagnat, en donde entró en contacto con el nacional-catolicismo de la época, de fuerte impronta anti comunista, y, por derivación, antifubista. En la Facultad de Ingeniería enfrentó a los reformistas con la *lista azul*, nacionalista. En forma paralela comenzó a vincularse con grupos antiperonistas. Formó parte de la revista *Estrada*, y su avidez intelectual lo conectó con Gustavo Franceschi, director de *Criterio* y *factótum* cultural del catolicismo. Posteriormente, su encuentro con los hermanos Di Tella (Guido y Torcuato) dio origen a la lista Humanista Renovadora del CEI (Centro de Estudiantes de Ingeniería).<sup>4</sup> El tejido de la red continuó con

4: Guido Di Tella señalaba en un testimonio, a propósito de su paso por la

un grupo de estudiantes protestantes en la Facultad de Filosofía y Letras, que tenía una visión afín sobre la universidad. En el otoño de 1953, Ivanissevich, Guido y Torcuato Di Tella, Enrique Oteiza y Guillermo Di Paola, se reunieron en una casa del balneario de Pinar del Mar para redactar *Humanismo y Universidad*, el documento que sentaría las bases ideológicas del movimiento. A partir de allí, Ivanissevich se vinculó a estudiantes de la facultad de Medicina, Roberto Nicholson, Luis María Baliña, Carlos Alberto Velasco Suarez. En Filosofía y Letras también adhirieron al humanismo Eliseo Verón, Noemí Fiorito y, en la facultad de Derecho, los hermanos Villalba y Mariano Grondona. De esa manera, desde sus primeros pasos el humanismo buscó interpelar a un importante sector que, hasta ese momento, sin ser anti reformista se consideraba a sí mismo “independiente”.

## **Desacralizar la Reforma**

Desde sus primeras manifestaciones, el humanismo universitario precisó su identidad definiéndose frente a la Reforma. El documento *Humanismo y Universidad*, de 1953, está en buena medida dedicado a explicar esta relación. Luego de hacer un racconto histórico del movimiento de 1918, y de enfatizar entre sus influen-

democracia cristiana: “Mi primera relación con grupos socialcristianos fue a los 19 años, en 1950, en la Facultad de Ingeniería. En ese año fundamos el Movimiento Humanista que estuvo restringido primero a esa facultad, extendiéndose luego a toda la Universidad con la creación de la Liga. La creación del humanismo se debió en buena parte al liderazgo de Ludovico Ivanissevich, cuya influencia fue sobre todo en las etapas iniciales determinante. Casi al mismo tiempo me incorporé a la Asociación Fray Mamerto Esquíú dirigida por Manuel Ordoñez [...] Por mi amistad con S. Busacca comencé a concurrir al MSR, un grupo también muy interesante y más volcado a la política concreta”, en Parera, Ricardo G., *Los demócrata cristianos argentinos: testimonio de una experiencia política*, Buenos Aires: L. Buschi, 1986, p. 272.

cias ideológicas al criticismo y al neokantismo, justificaba que la Reforma hubiera adoptado un carácter anticlerical como una “reacción casi natural dado el clericalismo que sufría la universidad y las ideas que dominaban en gran parte de la juventud de la época”. Sin embargo, y a pesar de su impulso y de sus éxitos iniciales, la Reforma se había agotado en el tiempo, y los problemas universitarios contra los que se levantaron los reformistas, persistieron. Solo quedaba la *mística* de la Reforma.<sup>5</sup>

Siguiendo el diagnóstico que Augusto Durelli había formulado en 1947, la Reforma había desarrollado una técnica (la propuesta de un tipo de universidad estatal, autónoma y laica) y una *mística* (el empuje y la confianza en los valores de la juventud) pero sus ideas no constituían, por su imprecisión, una *doctrina*. Si los humanistas podían acordar, con ciertos reparos, en la técnica, se les hacía imposible adherir a una *mística* reformista que se asemejaba a una fe religiosa.<sup>6</sup> No dejaban de reconocer, sin embargo, que la Reforma de 1918 fue “un acontecimiento histórico de la vida del país, que contribuyó en forma notable al desarrollo del espíritu de responsabilidad universitario”.<sup>7</sup> El problema, pasados 40 años, había sido su vaciamiento. Natalio Botana insistía en 1959 que “por extraño que parezca, la Reforma es un movimiento sustancialmente conservador, aun cuando su programa presente un sistema revolucionario o progresista [...] Los nuevos problemas que han surgido en nuestra universidad de 1959, no hallan eco en las respuestas de 1918...”.<sup>8</sup>

5: Liga Estudiantes Humanistas, *Humanismo y Universidad*, 1953, p. 27.

6: Liga Estudiantes Humanistas, *Humanismo y Universidad*, op. cit., p. 32.

7: Liga Estudiantes Humanistas, *Humanismo y Universidad*, op. cit., p. 34.

8: Botana, Natalio y Castilla, Carlos A., “Situación del humanismo”, en *Verbum*, s.f., 1959, p. 9.

Los humanistas ingresaron a la FUBA (Federación Universitaria de Buenos Aires) diferenciándose de otros grupos católicos, pero luego de que ésta, a propuesta de los delegados humanistas de la Facultad de Agronomía, modificara su estatuto y eliminara la exigencia de “fe reformista” a sus miembros. A fines de los años cuarenta, en el marco del avance del peronismo sobre la autonomía universitaria, la FUBA y la FUA (Federación Universitaria Argentina) estaban en manos de dirigentes comunistas. A ese dato debe sumarse la hostilidad entre el movimiento estudiantil y el peronismo en el poder. Este cuadro en los años cincuenta generó las condiciones de posibilidad para la emergencia de una agrupación que, sin negar u oponerse en forma absoluta a la Reforma Universitaria, pudiera plantear un programa ligado a las corrientes espiritualistas que empezaban a asomar en el firmamento ideológico del dividido mundo de los años cincuenta.

### **Desclericalizar el cristianismo**

La Liga humanista, desde sus orígenes, tomó distancia de las organizaciones del laicado católico. Inspirada en las premisas y valores del personalismo de Maritain y Mounier, los humanistas participaban en los centros de estudiantes, organizaciones rechazadas por la jerarquía católica y buena parte del campo confesional. Los obispos argentinos depositaban su confianza en organizaciones universitarias a las que consideraba más “sanas”, como la Juventud Universitaria Católica (JUC), rama universitaria de la ACA, y los Ateneos universitarios de hombres y mujeres. Los humanistas rechazaban la tutela eclesiástica, negándole a la jerarquía la potestad de conducirlos en una materia tan profana como la política universitaria. Por otro lado, las agrupaciones clericales estaban demasiado ligadas al nacionalismo católico de entreguerras. Los

humanistas sabían que entre el estudiantado universitario las propuestas con tufillo clerical tenían un bajo nivel de aceptación.

La Liga Humanista se desplegó desde Buenos Aires hacia el resto del país, bajo la mirada hostil de la jerarquía eclesiástica. A fines de 1955 el episcopado condenó al humanismo universitario a través de la pastoral colectiva “La unidad de los católicos más allá de la estricta unidad de fe”. Si bien se presentaba como una opinión general sobre las iniciativas de los laicos que no contaban con sus auspicios, el texto contestaba la declaración de principios de la Liga de 1953. Los obispos cuestionaban que sus militantes apelaran a valores y discursos cristianos, pero eludieran o menguaran el peso de la autoridad religiosa.<sup>9</sup> La autoría del documento era, según todos los testigos, del padre Echeverry Boneo y de monseñor Caggiano, que había expresado su particular desprecio por los jóvenes humanistas. La Liga respondió a través de una cuidadosa refutación en la que fueron asistidos por los aportes del padre Joaquín Adúriz, uno de los más destacados jesuitas de su generación. La voluntad de contestar el documento del episcopado –y de recurrir a un sacerdote– revelaba que los humanistas se sentían interpelados en los marcos de la cultura católica. Más allá de aclarar que formaban parte de una organización que actuaba en el plano temporal, el ataque de la jerarquía católica argentina no les resultaba indiferente. En el documento, los humanistas eludían identificarse con las acusaciones de los obispos, más que impugnar su legitimidad o vigencia. Apropiándose de los documentos pontificios sobre la Acción Católica, los humanistas reivindicaban la distinción y la autonomía del plano religioso y temporal.<sup>10</sup>

9: “Pastoral Colectiva del Episcopado Argentino”, en *Criterio*, N° 1247, 10 de noviembre de 1957, p. 820.

10: Liga Estudiantes Humanistas, “Ante La Reciente Pastoral”, Folleto, octubre de 1955.

## De la resistencia al poder

Las relaciones entre el movimiento estudiantil y el gobierno peronista se terminaron de tensar en octubre de 1954. Decenas de estudiantes fueron detenidos y enviados a la cárcel de Villa Devoto, en donde permanecerían durante el verano. Al mismo tiempo el gobierno inició una campaña de denuncia pública contra los dirigentes estudiantiles, acusándolos, entre otros cargos, de comunistas. Los estudiantes encarcelados se defendieron de la acusación. Lo cual muestra que el anticomunismo era un tópico muy difundido entre las distintas agrupaciones, y no sólo aquellas que se identificaban con la derecha política. El anticomunismo, por supuesto, podía adoptar distintas formas y tópicos. En algunos casos se desprendía de un característico reaccionarismo social, podía tener una raíz teológica religiosa, o podía ser el vehículo de una oposición netamente política: el comunismo era identificado como un régimen totalitario que restringía las libertades individuales, y sus militantes locales eran caracterizados como apéndices –sin demasiada autonomía– de ese proyecto. Los “bolches” eran rechazados por los reformistas y los humanistas, casi con el mismo ahínco.<sup>11</sup>

Desde noviembre de 1954 los católicos tenían, a su vez, un nuevo motivo: la diatriba de Perón contra la jerarquía eclesiástica, y la subsiguiente campaña anticlerical que se desarrolló desde distintas posiciones gubernamentales, pero que también comprometió a la militancia peronista a lo largo del país.<sup>12</sup> Luego de los sucesos del 16 de junio de 1955, el bombardeo a la Plaza de Mayo y el incendio de diversas iglesias metropolitanas, la Liga de estudiantes humanistas emitió un comunicado en el que señalaba que

11: Padres de los estudiantes detenidos en Villa Devoto. Carta a Juan Domingo Perón, noviembre de 1954, Archivo Personal de Gastón Bordelois.

12: Véase Di Stefano, Roberto, *Ovejas negras: historia de los anticlericales argentinos*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2010.

la responsabilidad por las muertes, cuyo número seguía indeterminado, era del peronismo, que llevó a los trabajadores “engañados, cuando creían que cumplían con su deber”.<sup>13</sup>

El humanismo apoyó –al igual que el resto del arco político no peronista– el golpe de estado de 1955, y participó en la toma de la Universidad de Buenos Aires. La FUBA designó entonces un triunvirato que se hizo cargo de la Universidad hasta que pudiera ser entregada a las nuevas autoridades. Lo integraron reformistas y humanistas. El humanismo fue parte, a su vez, de la “depuración” de las altas casas de estudio, aun cuando ofrecieron resistencias a la expulsión de algunos de sus miembros, que habían sido acusados de colaborar con el régimen depuesto. La purga del cuerpo de profesores encontró a humanistas y reformistas unidos, aun cuando los primeros manifestarían en muchos casos su disgusto frente a algunas de las expulsiones. Tiburcio López Guzmán, representante del humanismo tucumano, sostenía en 1959 que “la posición de los humanistas fue infinitamente más generosa que la FUN (reformista), que estuvo inspirada en un crudo espíritu de venganza [...] Sin embargo, nuestra opinión es que cuando se escriban los anales del humanismo, su actitud frente al peronismo en 1955 será pasible de acerbas críticas; los que entonces participamos en las decisiones, hoy es posible que sustentáramos otra actitud”.<sup>14</sup>

A fines de 1955 se cancelaría el clima de unidad en el que convivían socialistas, radicales y católicos humanistas, luego del derrocamiento de Perón. El ministro de educación de la Revolución Libertadora, el destacado intelectual católico Atilio Dell’ Oro Maini, redactó el decreto ley 6403/55, que en su artículo 28 habilita-

13: Agrupación Humanista Renovadora, “La AHR ante la situación actual”, 1 de julio de 1955, Archivo Personal de Gastón Bordelois.

14: López Guzmán, Tiburcio, “Reflexiones al servicio de la generación del 55”, en *Verbum*, s. f., 1959.

ba la creación de universidades privadas. A partir de ese momento la temática universitaria se convirtió en uno de los ejes del debate público. Si bien el enfrentamiento redujo las posiciones a una disputa binaria (*laicos versus libres*) el duelo discursivo fue mucho más complejo. Los humanistas, a pesar de sus malas relaciones con la jerarquía, apoyaron la opción “libre” por motivos doctrinarios. Sus argumentos iban en línea con los principios en los que habían fundado el movimiento: un antiestatalismo centrado en la soberanía del individuo para elegir entre diversas orientaciones espirituales a la hora de seguir sus estudios superiores. Los humanistas terminaron en esos días sus buenas relaciones con el reformismo, que también utilizó el conflicto para galvanizar su frente interno, dividido por la lucha entre comunistas, radicales y socialistas. Los humanistas colaboraron con la movilización callejera, ganando protagonismo en Buenos Aires y en otras ciudades del interior del país.<sup>15</sup>

Con la normalización universitaria de 1958, el humanismo obtuvo por primera vez un representante en el consejo superior de la Universidad de Buenos Aires, en la oposición al nuevo rector, Risieri Frondizi (1958-1962), reformista y hermano del presidente. Para los humanistas, el reformismo “instrumentalizaba” a la Universidad con fines políticos. Mario Marzana, consejero estudiantil humanista en el Consejo Superior de la UBA, definía esta política como “un uso deshonesto y deliberado de las actividades, de las estructuras y de los organismos universitarios para defender planteos o llevar adelante posiciones de carácter político extrauniversitario”.<sup>16</sup>

15: Micheletti, María Gabriela, *La universidad en la mira: la “laica o libre” y sus expresiones rosarinas 1955-1959*, Buenos Aires: Imago Mundi, 2013.

16: Universidad de Buenos Aires. *Actas Taquigráficas de la sesión celebrada por el Honorable Consejo Superior de La Universidad de Buenos Aires*, 8 de abril de 1961, pp. 4626-4684.



Durante el rectorado de Frondizi la Liga humanista pasó de un cómodo segundo lugar a generar alianzas que le permitieron acceder al control de distintos consejos directivos. Su estrategia fue explotar el discurso apolítico (e incluso anti político) en 1961 y 1962. Allí encontramos un argumento ambiguo para los humanistas: si bien reconocían que la política era parte de la vida universitaria –sin ir más lejos, bastaba recordar su participación en las jornadas de 1955–, el antipoliticismo les servía para aglutinar un voto independiente y anticomunista, de sectores moderados que estaban alarmados con la efervescencia que había introducido en los pasillos universitarios la Revolución Cubana.

En los términos planteados por Oscar Terán, el humanismo se ubicó en la oposición al “partido cubano”, una interpelación efectiva para captar el voto estudiantil moderado y anticomunista.<sup>17</sup> La Revolución había desplazado el foco de atención de la conducción reformista, de la realidad gremial cotidiana a la coyuntura política nacional e internacional.<sup>18</sup> El rechazo de los humanistas al comunismo tenía orígenes tanto ideológicos como políticos. Se declaraban un movimiento antitotalitario, aunque recelaban del capitalismo y le oponían una organización económica “comunitarista”. Por otro lado, los humanistas rechazaban las oscilaciones de

17: Terán, Oscar, *Nuestros años sesenta: la formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966*, Buenos Aires: El Cielo por Asalto, Imago Mundi, 1993.

18: Esta es, por lo menos, la explicación que ofrece Ernesto Laclau, en Toer, Mario, *El Movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1988. Habegger creía a fines de los sesenta que el humanismo universitario era una etapa superada, un sector que reunía el voto anticomunista y apolítico. Ver Mayol, Alejandro; Habegger, Norberto; Armada, Arturo G., *Los católicos posconciliares en la Argentina, 1963-1969*, Buenos Aires: Editorial Galerna, 1970. Silvia Sigal, por su parte, prefiere pensar que la capacidad unificadora del proyecto modernizador que se instala con la gestión de Romero y continúa con Frondizi, era capaz de dejar atrás viejos clivajes, como las diferencias entre católicos y reformistas. Véase Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires: Puntosur Editores, 1991.

los militantes del PC, que habían cambiado de posición en distintas oportunidades frente al gobierno peronista. El recuerdo del “caso” Mario Bravo, estudiante detenido y torturado en mayo de 1951, que terminó integrándose a las filas de la Confederación General Universitaria, quedó en la memoria de humanistas como un ejemplo de los dobles de la militancia comunista.

El año 1961 estuvo marcado por enfrentamientos dentro del reformismo, que terminarían por quebrar su unidad interna. Para el acto inaugural de los cursos, Bernardo Kleiner, representante por la mayoría en el Consejo Superior de la UBA y militante comunista, fue designado orador. En su discurso, Kleiner denunció al gobierno de Frondizi por haber olvidado el mandato popular y someterse a los Estados Unidos, y defendió a Cuba.<sup>19</sup> La reacción no se hizo esperar, y provino del mismo rector, quien cuestionó en duros términos las palabras del consejero Kleiner en la siguiente sesión del Consejo Superior. Risieri Frondizi, defensor del cogobierno, sostuvo que la intervención del consejero comunista desacreditaba la idea de participación estudiantil en la universidad. Se sumaron al repudio la mayoría de los consejeros, que en todos los casos consideraban que Kleiner había utilizado el espacio de la universidad para someterlo a fines partidistas. La intervención más enérgica fue la del representante de la minoría estudiantil por el humanismo, Mario Marzana, quien señaló que el caso de Kleiner era uno más de una larga lista de “instrumentalizaciones” que diversos dirigentes identificados con el reformismo hacían de la universidad. Si bien Kleiner fue protagonista de este hecho “en esta universidad ha habido muchos protagonistas reales desde el día que se inició la reestructuración”. Marzana emplazó al Con-

19: Kleiner, Bernardo, *20 años de movimiento estudiantil reformista 1943-1963*, Buenos Aires: Platina, 1964, pp. 258-259.

sejo Superior y a sus miembros a definirse: “O se va a cumplir con lo que el estatuto dice o se va a permitir que la Universidad sirva como instrumento técnico a un partido político”. Era necesario, desde su perspectiva, una sanción, y no sólo elaborar un documento que deslindara las responsabilidades del Consejo Superior, en el momento en que justamente muchas voces de la opinión pública reclamaban la intervención de la Universidad.

Las tensiones desplegadas en el Consejo Superior entre humanistas y reformistas comunistas se trasladaron a los pasillos de las facultades. El humanismo buscó capitalizar electoralmente el clima de polarización que producían las repercusiones de la situación cubana en Buenos Aires. En noviembre de 1961 la revista humanista *Testimonio* convocaba a sus seguidores a elegir entre “Comunismo o Democracia”. Con una apelación que buscaba atraer al electorado, el humanismo se presentaba como la opción más clara para evitar que la política partidaria ingresara a la universidad.<sup>20</sup> En agosto de ese año lanzaban la “operación escoba” para barrer a los comunistas de los centros de estudiantes. Lograban éxitos en las facultades de Medicina, Ingeniería, Ciencias Económicas, Arquitectura, Agronomía. En muchos casos los centros controlados por humanistas aliados a reformistas no comunistas e independientes anticomunistas lograban la desafiliación de la FUBA.

El éxito del humanismo en las elecciones de 1962 le permitió llegar a la asamblea universitaria de diciembre para elegir al nuevo rector de la UBA con la expectativa de ubicar a un candidato apoyado por sus votos, desplazando al reformismo. Y así lo lograron, luego de tres votaciones, cuando las preferencias de algunos reformistas temerosos del triunfo del candidato Marco Aurelio Risolía –

20: “Cada universitario debe decidir entre comunismo o democracia”, en *Testimonio*, N° 12, noviembre de 1961, pp. 1, 3 y 4.

el conservador decano de la Facultad de Derech– se orientaron hacia Julio Olivera, propuesto por el humanismo. El joven Olivera era una figura paradigmática del espíritu renovador y apolítico que el humanismo impulsaba. Si bien no era un hombre de las redes del movimiento –es decir, no había circulado por las ideas de los intelectuales católicos progresistas de la posguerra–, su postura frente a los problemas universitarios parecía coincidir con la de los jóvenes que lo apoyaron. Ludovico Ivanissevich Machado, por su parte, se convertiría en el secretario general de la UBA.

Más allá de las diferencias con el reformismo, el humanismo continuó y profundizó las políticas modernizadoras, como la incorporación de nuevas carreras y de un perfil de universidad más científico y menos profesionalista, contra la postura de los referentes tradicionalistas. Un ejemplo de esta fractura se dio durante el debate sobre el proyecto de creación de una carrera de “programador informático”, toda una innovación para la Argentina de 1963. El consejero Carlos García mostró sus dudas respecto a la conveniencia de inaugurar una nueva carrera, y propuso que se la iniciara como una especialización de la licenciatura en matemáticas. El decano Laplaza manifestó más dudas sobre el futuro de los ordenadores. Se preguntaba si esto del “computador” era ciencia “u otra cosa”. Risolía convino con esta perspectiva, y afirmó que “científico” era demasiado para una carrera que tendría una duración que llevaba la mitad de tiempo que cualquier otra licenciatura.<sup>21</sup>

En estos debates no quedaba rezagada la disputa de poder y el modelo de universidad que se pretendía. El desarrollismo que impregnaba la década hacía de la planificación uno de sus pilares.

21: *Actas Taquigráficas de la sesión celebrada por el Honorable Consejo Superior de La Universidad de Buenos Aires*, 19 de octubre de 1963, p. 2540 y ss.

Ese espíritu neopositivista entraba en contradicción con la tradicional forma de funcionamiento de la UBA, más parecida a la de una federación de facultades que a una verdadera universidad con objetivos y mecanismos que se establecieran por sobre las atribuciones y los intereses de cada una de las unidades académicas. La planificación a largo plazo, el principal aporte que los modernizadores soñaban con legar a una Argentina urgida de desarrollo, debía concretarse a través de ciertas estructuras que replicaran las que el propio estado y las organizaciones internacionales estaban creando: entes de planificación estratégica, que superaran las divisiones “caducas” de la sociedad –y la universidad– tradicional. Los profesores conservadores veían con malos ojos la creación de estos organismos –como los departamentos, independientes de cada facultad–, dado que restaría poder a cada unidad académica en favor del Consejo Superior y del Rector. En particular, les daría más poder a los expertos, que justamente provenían de disciplinas que empujaban estos cambios. Estos debates encontraron en la misma frontera a los humanistas y a los reformistas, que creían necesario avanzar en la unificación de criterios a través de la creación de organismos de planificación. Para los humanistas, la universidad intervenía en el proceso de desarrollo aportando proyectos y especialistas. La solución a los problemas argentinos era la humanización del sistema económico a través del comunitarismo y el desarrollo sostenido, con “rostro humano”. Los representantes de izquierda (tanto docentes como estudiantes) creían, por el contrario, que ese cambio radical llevaría a redefinir la función social de las casas de altos estudios. Por eso eran limitados los aportes que la universidad, en su tarea específica, podía hacer a favor del cambio. Sólo podía evitarse que apuntalara aún más la penetración imperialista. De ahí que cobraran tanta importancia los debates en torno a la aceptación o no de créditos y subsidios para el desarrollo de

la investigación en áreas específicas. En este punto los humanistas, y cierto sector del reformismo (Risieri Frondizi, Rolando García, José Luis Romero), votaban a favor de aceptarlos, en contraposición con la izquierda más radicalizada que los rechazaba, impugnándolos como fases de un plan sistemático de neocolonialismo. Esa polémica no se detuvo, sino que se agudizó durante el gobierno de los humanistas. Y en 1965 estalló en un conflicto que terminó con la renuncia del rector Olivera.

En ese año, la Facultad de Ciencias Económicas invitó a Walt Rostow a dictar una conferencia. Se trataba de un destacado economista norteamericano, representante del desarrollismo de los años cincuenta, y, en el momento de su visita, un fervoroso defensor de la intervención norteamericana en Vietnam desde su puesto en el Departamento de Estado. El día de la conferencia, que tuvo unos 250 asistentes, un grupo de militantes de organizaciones estudiantiles de izquierda vinculadas al PC agredió a Rostow con consignas, gritos y tomatazos, impidiendo que la actividad se concretase. Olivera decidió renunciar al rectorado, sin informar previamente a los consejeros humanistas ni a ninguno de los miembros de la Liga. Ésto dejó descolocados a sus representantes, que en la sesión del 8 de marzo de 1965 lo vieron presentar su renuncia indeclinable y retirarse *ipso facto* de la reunión, dejando a la Universidad de Buenos Aires en un estado de acefalía.<sup>22</sup> Con-

22: Según el testimonio de Ludovico Ivanissevich: "A Olivera lo que lo horrorizaba era todo lo que fuese violento... en el acto [Conferencia de Rostow] hay un despelote brutal, los comunistas tiran de todo. Se arma un despelote [...]. Y Olivera llega a la reunión del Consejo Superior que se iba seguramente a hablar del asunto y qué sé yo y dice «señores quiero avisarles que en el día de hoy presento acá mi renuncia». Cosa que no se hace porque la renuncia es ante la Asamblea. Bueno, pero en fin. Y todos nos quedamos ahí fríos. No le había comunicado nada a nadie, ni a los estudiantes, ni a los profesores, ni a nadie. Agarró fue a su despacho y se fue. Entonces nosotros nos quedamos con una bronca tremenda...". Ludovico Ivanissevich Machado, entrevista con el autor, mayo de 2008.

vocada una nueva asamblea universitaria, los humanistas mantuvieron su preminencia logrando imponer a Hilario Fernández Long como Rector.

Fernández Long era plenamente consciente de que conducía una institución con un peso político específico relevante, y en la que la sociedad, por distintos motivos, había puesto su mirada. Las publicaciones más influyentes de los años sesenta ponían a la universidad en el centro de la escena. En un extenso reportaje de 1965, el rector se refería a “la crisis de la universidad”. No era la primera vez que enfrentaba la interpelación del periodismo, que, como en este caso, enarbolaba argumentos de los grupos conservadores con relación a la política universitaria. Defendió en esa oportunidad el nivel de debate vigente en la UBA, y su preferencia por la no injerencia de la policía en las protestas, dado que incluso en su carácter preventivo podría irritar a los estudiantes. En todo caso, el problema del presupuesto –motivo de las movilizaciones de 1965– era un problema del Estado, que tenía la obligación de suministrar los recursos que la universidad necesitaba para que ésta pudiera seguir generando profesionales y científicos para un país en desarrollo. La pregunta en torno al gobierno tripartito era una consulta que en esos meses podía extenderse a la vigencia del mismo sistema democrático. Una pregunta que no tenía un claro consenso en la opinión pública. En el fondo, el gobierno tripartito –o la democracia, a nivel nacional– ¿no obligaba a los encargados de la ejecución política a ciertas concesiones que podían atentar contra las soluciones prácticas inmediatas? ¿No sería mejor reemplazar un sistema democrático por uno más autoritario, pero más eficiente? La respuesta de Fernández Long –minoritaria entre los actores sociales de 1965– era negativa. Y la prueba estaba dada en el crecimiento y la calidad que había alcanzado la universidad pública en el marco del gobierno tripartito. “Para poder contribuir al desarro-

llo del país”, sostenía el rector: “la única solución es una universidad como la que tenemos, verdaderamente democrática”.<sup>23</sup>

En esta coyuntura la militancia humanista se vio interpelada por el debate que sacudía al mundo católico a partir del Concilio Vaticano II (1962-1965) y su apropiación latinoamericana. La renovación generacional de los humanistas llevó a nuevos militantes a abrazar los mandatos del Concilio en clave tercermundista. Mucho antes de la formación de organizaciones sacerdotales de esta orientación, como el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo (MSTM), los humanistas debatían modelos alternativos de organización social que iban mucho más allá del comunitarismo proclamado en sus textos fundacionales en la década del cincuenta. Para 1966 las divergencias en el seno del humanismo se incrementaron. Por un lado, algunos sectores desdibujaron las fronteras que los separaban de la izquierda marxista y de la naciente nueva izquierda. Las apropiaciones locales de la obra de Teilhard de Chardin, y de buena parte del pensamiento católico del posconcilio servía para vaciar en esas voces la insatisfacción creciente respecto del modelo sociopolítico desarrollista y sus derivaciones universitarias. Por otro lado, un grupo también humanista, alarmado por la radicalización política nacional, y particularmente universitaria, adhirió al golpe de estado del general Onganía, identificándolo como un camino para terminar con la amenaza comunista que ahora parecía manifestarse también en la cultura católica.

En el centro de la escena quedó, tal vez, el grueso del humanismo universitario, defendiendo algunas de las banderas que le habían dado origen. Esas coordenadas les impedían acercarse a la izquierda católica, organizada con una excesiva presencia de sacerdotes, como los acaudillados en la JAC (Juventud de la Acción

23: “La universidad en crisis”, en *Confirmado*, 30 de julio de 1965, p. 39.



Católica) por el padre Carlos Mugica. La concepción secular de lo político que enarbolaban los humanistas les disuadía de adherir a este tipo de transacciones e influencias de clérigos, a quienes, suponían, no les correspondían tareas que sólo estaban reservadas a los laicos. Pero por otro lado tampoco podían apoyar una nueva aventura militar, por mucho y variado que fuera el consenso que Onganía generó a su alrededor. Si habían surgido como resistencia de los sectores medios no reformistas a la universidad “totalitaria” del peronismo, les parecía inadmisibles inclinarse frente a este nuevo general, por más que su perfil fuera más profesional y menos “fascista”. Eso explica, en buena medida, que la Universidad de Buenos Aires conducida por Fernández Long fuera la única entidad estatal que se declarara en contra del golpe de estado.

### **Consideraciones finales**

Si bien la Liga Humanista se disgregó luego del golpe de estado, en buena medida por la clausura de la política universitaria, en algunas casas de estudios del interior, como la Universidad Nacional del Sur, los humanistas siguieron teniendo presencia política cotidiana.<sup>24</sup> Sin embargo, no fue el golpe de estado el que explica, en forma excluyente, la caída del humanismo. En las elecciones estudiantiles de 1965 puede observarse la derrota sufrida por las agrupaciones humanistas en varias facultades, y el achicamiento de la brecha con el reformismo en muchas otras.<sup>25</sup>

24: Bonavena, Pablo Augusto, “Notas sobre el movimiento estudiantil de Bahía Blanca (1966-1973)”, en Buchbinder, Pablo y Califa, Juan S. (eds.), *Apuntes sobre la formación del movimiento estudiantil argentino (1943-1973)*, Buenos Aires: Final Abierto, 2010.

25: Véase “Elecciones estudiantiles 1965”, en *Boletín de Universidad de Buenos Aires*, s. f., 1965, pp. 4-8.

Los humanistas fueron continuadores no reformistas del proyecto de modernización iniciado en los años cincuenta. Propo-  
nían continuar la modernización de la universidad en forma autó-  
noma de los “cambios estructurales” que exigían los grupos más  
politizados. Se trataba de un movimiento que reconocía las lógicas  
internas de los campos profesionales y que contribuyó (contra la  
resistencia de los docentes más conservadores) a la mutación de  
los planes de estudio. Sin embargo, su rechazo a la permeabilidad  
de las fronteras universitarias, que les dio el triunfo en 1962, fue  
cada vez más insostenible e hizo que ese sueño de aislar a la uni-  
versidad de las tensiones que laceraban a la esfera pública, se vol-  
viera una utopía irrealizable en la Argentina de fines de los años  
60s. Es posible pensar que una doble pinza terminó con la década  
de oro del humanismo: por un lado las cotidianas dificultades de  
la administración universitaria; por el otro, el abandono de las ex-  
pectativas, por parte de muchos de sus miembros, en un programa  
de transformación que se circunscribiera al plano universitario.  
Éste había dejado de ser percibido como un ámbito autónomo y  
plausible en el que era válido librar sus batallas.

# **Impugnadores en tiempos de Guerra Fría.** La Reforma Universitaria como puerta de entrada del comunismo en la Argentina<sup>1</sup>

**Facundo Cersósimo\***

**(CONICET)**

\*Doctor en Historia (UBA), Becario post-doctoral (CONICET), Investigador del Programa de Investigaciones en Historiografía Argentina (PIHA), Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” (CONICET-UBA). Actualmente investiga temas ligados a las derechas argentinas durante las décadas de 1960 y 1970, como también acerca de los “usos públicos” del pasado durante la última dictadura militar.

1: Agradezco los comentarios de Pablo Buchbinder.



## **Introducción**

En 1955, tras el triunfo de la autodenominada Revolución Libertadora, el presidente de facto Eduardo Lonardi aceptaba que el nuevo rector de la Universidad de Buenos Aires (UBA) sea elegido a partir de una terna propuesta por la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA). El puesto fue para el historiador José Luis Romero; un lustro más tarde, esto se tornó improbable. Ya no sólo que el Ejército admitiese como interlocutor a una federación de estudiantes universitarios (en aquella coyuntura, circunstanciales aliados de la coalición antiperonista), sino especialmente que el elegido fuese una figura vinculada a la tradición socialista.

A inicios de la década de 1960 no sólo en las Fuerzas Armadas, sino en heterogéneos actores de las derechas argentinas, la Universidad comenzó a ser señalada como un foco de divulgación de ideas comunistas. Representantes de la vida universitaria como la FUBA, y buena parte del cuerpo docente, fueron catalogados como subversivos o marxistas, términos que con el paso de los años se fueron transformando en sinónimos. Si bien el diagnóstico era hijo de la Guerra Fría y de un anticomunismo que circuló con mayor velocidad luego de la Revolución cubana, sus difusores vieron en la Reforma Universitaria de 1918 un punto de inflexión o, aún, el origen local de este fenómeno.

En pocos años, el prisma con el cual se observaba la Universidad, ciertamente se había modificado. Las credenciales antiperonistas ya no eran garantía para hacerse cargo de las instituciones universitarias.

El presente capítulo pretende recuperar las percepciones y lecturas realizadas por el universo de la derecha argentina acerca de la Reforma Universitaria, dar cuenta de cómo analizaron sus efectos durante los años posperonistas, así como también las estrategias para combatir sus consecuencias. Para ello, en primer

lugar demostraremos cómo en el marco de la Guerra Fría la Reforma Universitaria comenzó a ser señalada como la puerta de entrada del comunismo en el país. A pesar de que existía un consenso generalizado acerca de sus efectos negativos, en un segundo apartado confrontaremos ciertas trayectorias individuales que permiten visualizar estrategias disímiles para revertir sus consecuencias. Por último, intentaremos dilucidar si la heterogénea coalición anticomunista que hacia 1974 participó de las intervenciones en distintas universidades públicas durante el mandato del ministro Oscar Ivanissevich, pretendió obturar violentamente el ciclo iniciado en 1918.

### **Una nueva doctrina para explicar el conflicto social**

Cuando años más tarde Romero recordaba su breve paso de tres meses como rector de la UBA destacaba su buena convivencia con el entonces ministro de Educación, Atilio Dell’Oro Maini, un activo militante del entramado católico antiliberal de los años veinte, y para la época de simpatías demócrata cristianas. Sin embargo, reconocía que sus complicaciones comenzaron cuando se opuso al decreto 6403/55, que autorizaba la creación de universidades privadas con la capacidad de emitir títulos habilitantes: “Entonces me tomaron por anticatólico y ahí empezó una ola de difamación como si ser laico significara ser comunista [...]”.<sup>2</sup>

Ciertamente, allí algo estaba sucediendo. Si bien ya para las décadas del veinte y treinta del siglo XX podemos reconocer las raíces del anticomunismo local, una nueva doctrina comenzaría a reformularlo en el clima de la Guerra Fría. Esa doctrina se originó

<sup>2</sup>: Luna, Félix, *Conversaciones con José Luis Romero*, Buenos Aires: Sudamericana, 1986, pp. 142-143.

en Europa y circuló por Argentina a partir de los años cincuenta. Se trataba de la doctrina de la guerra contrarrevolucionaria.

Elaborada por el ejército francés en el contexto de sus enfrentamientos anticoloniales de Indochina y Argelia, en la “nueva guerra” el enemigo ya no era un ejército regular, sino un movimiento político-militar que permanecía disuelto, mimetizado en la población civil, y que sólo atacaba por las armas a través de la táctica de la guerra de guerrillas. Era entre la población civil donde la guerrilla lograba moverse –citando la frase del líder comunista chino Mao Tse Tung– “como un pez en el agua”, y de ahí en más el principal escenario de disputa.

Por lo tanto, en la guerra revolucionaria el enemigo buscaba el adoctrinamiento de la sociedad con el fin último de subvertir el orden vigente e instaurar así un régimen comunista. La frontera que separaba ambos bandos, entonces, ya no era geográfica sino ideológica, y la disputa central consistiría en dominar las “mentes” y los “corazones” de la población.

Para hacer frente a esta “guerra revolucionaria” eran necesarias nuevas recetas, una nueva doctrina: la de la Guerra Contrarrevolucionaria. Actuando bajo la premisa de que la población en su totalidad se transformaba en sospechosa, y con el objetivo de “retirarle el agua al pez”, comenzó a impartirse otro tipo de preparación. Acciones psicológicas y un permanente despliegue de propaganda anticomunista, multiplicación de organismos de inteligencia, técnicas de tortura para obtener información y “desarticular” el entramado clandestino de la guerrilla (y sus apoyos no armados), infiltración de agentes encubiertos y operativos de control sobre la población civil, pasaban a dominar el paisaje de una guerra en la que ahora el enemigo era interno.

Según el diagnóstico del Ejército francés, dicho enemigo no actuaba por motivación propia, sino que era la Unión Soviética

tica quien los apadrinaba, con el objetivo de expandir sus zonas de influencia. Por lo tanto, conflictos de índole anticolonial como habían sido los de Francia en Indochina y Argelia, analizados con el lente de la nueva doctrina, se transformaban en enfrentamientos a escala planetaria entre comunismo y anticomunismo; o, cuando se hacía bajo lecturas permeadas por imaginarios religiosos, como la de un sector de la derecha argentina, la lucha era entre dos “civilizaciones”: el “occidente cristiano” versus el “oriente ateo”.

Fue principalmente durante la Revolución Liberadora, y en momentos de importantes reformas en el Ejército, producto del proceso de “desperonización”, cuando la nueva doctrina francesa encontró el terreno propicio para insertarse en instituciones castrenses locales. Su recepción se produjo por diversos canales y prácticamente en simultáneo a su proceso de formulación y ejecución.<sup>3</sup>

Las redes católicas tradicionalistas fueron uno de dichos canales de divulgación. Ciertamente, el predicamento de muchas de sus figuras en ambientes militares no constituía una novedad. Sacerdotes como Julio Meinvielle o laicos como Jordán B. Genta, entre otros, desde los años treinta divulgaban tópicos antiliberales, antisemitas y anticomunistas en diferentes dependencias del Ejército. Pero eran las nuevas hipótesis de conflicto adoptadas no sólo por el Ejército sino por la totalidad de las Fuerzas Armadas (y luego también las de Seguridad) las que abrían, aún más, las puertas de las sedes militares al activismo tradicionalista.

3: Mazzei, Daniel, “La misión militar francesa en la Escuela Superior de Guerra y los orígenes de la Guerra Sucia, 1957-1961”, en *Revista de Ciencias Sociales*, N° 13, 2002, Buenos Aires, pp. 105-137; Ranalletti, Mario, “Contrainsurgencia, catolicismo intransigente y extremismo de derecha en la formación militar argentina. Influencias francesas en los orígenes del terrorismo de Estado (1955-1976)”, en Feierstein, Daniel (comp.), *Terrorismo de Estado y genocidio en América Latina*, Buenos Aires: Prometeo, 2009.



El catolicismo intransigente local se apropiaba entonces de la nueva doctrina, la tamizaba a través de sus coordenadas (por ejemplo, situaba al comunismo como parte de un mismo ciclo revolucionario iniciado con la Reforma Protestante en el siglo XVI), la adaptaba al contexto de la Argentina posperonista y la diseminaba entre un auditorio castrense al que estaban habituados a dirigirse. Para mediados de los sesenta ya se podían detectar un conjunto de nuevas producciones delineadas por el clima de la Guerra Fría.<sup>4</sup>

De esta manera, la creciente conflictividad social y laboral originada con la proscripción del peronismo, los cambios al interior del catolicismo tras el Concilio Vaticano II, las consecuencias políticas e ideológicas producidas por la Revolución cubana, el ciclo de protesta protagonizado por heterogéneos actores políticos y sociales a partir de la dictadura de Onganía y el surgimiento de organizaciones guerrilleras, eran, tanto para los militares argentinos como para los actores de la derecha local, parte de un mismo plan digitado por el comunismo a nivel internacional, plan al cual ellos debían responder en pos de preservar la “civilización occidental y cristiana”. Para los años setenta la derecha peronista también adoptaría buena parte de estas coordenadas, salvo que para preservar la “pureza” doctrinaria del peronismo.

Dicho escenario regional y mundial no hizo más que consolidar en el imaginario de las derechas los diagnósticos ya elaborados bajo las hipótesis importadas. De esta manera, producto de incorporar mecánicamente los conceptos franceses, como también de la efectividad lograda por la traducción católica de los mismos, la noción de *subversión* pasó a denominar a un conjunto de enemigos

4: Entre otros, Plinio Correa de Oliveira, *Revolución y Contra-Revolución* (1959); Julio Meinvielle, *El comunismo en la revolución anticristiana* (1961); Jean Ousset, *El marxismo-leninismo* (1963) y Jordan B. Genta, *Guerra contrarrevolucionaria* (1964).

tan vasto que sus límites fueron difíciles de trazar. Miembros de las organizaciones armadas, militantes políticos y sindicales, sacerdotes tercermundistas, cultos religiosos no católicos, integrantes de organismos de defensa de los derechos humanos, el liberalismo, los judíos, la democracia, fueron personas y conceptos que terminaron asociados a “la subversión”. La vida universitaria no sería la excepción.

### **La Reforma Universitaria bajo el prisma de la Doctrina de la Guerra Contrarrevolucionaria**

Ya en una de las primeras obras militares que buscaba adaptar la doctrina francesa al escenario local, y quizá la de mayor circulación en ambientes castrenses, su autor, el general Osiris Villegas, ubicaba al “reformismo universitario” como uno de los tantos movimiento colaterales que desplegaba el comunismo en todas aquellas democracias occidentales donde deseaba infiltrarse.<sup>5</sup> Argumentos que si bien podían inscribirse en el clima de la Guerra Fría, también eran similares, por no decir idénticos, a los expuestos en 1936 por el senador Matías Sánchez Sorondo en ocasión del debate del proyecto de ley de represión de las actividades comunistas.<sup>6</sup>

5: Villegas, Osiris G., *Guerra revolucionaria comunista*, Buenos Aires: Pleamar, 1963 [1ª Edición 1962], p. 159.

6: En dicho debate, Sánchez Sorondo acusaba a la Federación Universitaria Argentina (FUA) de actuar como uno de los “organismos colaterales” del Partido Comunista. Carnagui, Juan Luis, “La ley de represión de las actividades comunistas de 1936: miradas y discursos sobre un mismo actor”, en *Revista Escuela de Historia*, Año 6, Vol. 1, N° 6, 2007, Salta, pp. 161-178; López Cantera, Mercedes, “Detrás del debate. La cuestión comunista y la criminalización en la ley de represión al comunismo de 1936”, en *Contenciosa*, Año II, N° 3, segundo semestre 2014, Santa Fe, pp. 1-16.

Fue sin embargo Genta, una figura no sólo con estrechas vinculaciones al mundo militar, sino además con antecedentes en los claustros universitarios, quien trazó ciertas coordenadas que se replicaron en no pocos documentos militares posteriores. En *Guerra contrarrevolucionaria*, publicado en 1964, se dedicaba al ámbito educativo y en especial a la Reforma.

Para su autor, ésta era un eslabón más, quizá el más importante, del proceso de “descristianización” de la educación iniciado con la ley 1420 de 1884, que redujo a la Universidad al “profesionalismo utilitario”; en 1918 ese proceso se profundizó. Así, “al año siguiente de la Revolución Rusa”, se impuso desde Córdoba para toda América Latina “el soviét en la Universidad”. De allí en adelante la Universidad “se va configurando como el Estado Mayor del Comunismo, en la guerra revolucionaria desencadenada en América Latina”.<sup>7</sup>

Sin duda aún perturbado con las imágenes y noticias que llegaban desde Cuba (país donde ciertamente el movimiento iniciado en Córdoba había encontrado adherentes), y contagiado por la paranoia anticomunista que desató la presidencia de Arturo Frondizi, Genta, a modo de balance, concluía que “Después de 45 años de Reforma Universitaria, se puede afirmar [...] que la clase dirigente intelectual y los equipos gobernantes en todas las Repúblicas centro y sudamericanas son marxistas o promarxistas”<sup>8</sup>, conclusión similar a la que había llegado Meinvielle unos años antes en una conferencia pronunciada en la provincia de Córdoba.<sup>9</sup>

7: Genta, Jordán Bruno, *Guerra contrarrevolucionaria. Doctrina Política*, Buenos Aires: Nuevo Orden, 1965 [1ª Ed. 1964], pp. 206-ss.

8: Genta, J. B., *Guerra contrarrevolucionaria*, op. cit., p. 213.

9: Meinvielle, Julio, “La dialéctica de la acción, o cómo se propaga el comunismo en nuestro país”, 21 de noviembre de 1960, en *El Comunismo en la Argentina*, Buenos Aires: Dictio, 1974.

Genta, entonces, consideraba a la Reforma el “primer triunfo decisivo del Comunismo en la Patria”, una hipótesis que en sede militar encontró adherentes cuando pretendió fecharse el origen de la “guerra revolucionaria” en Argentina. Si se repasan los dos principales documentos que la última dictadura (1976-1983) elaboró acerca del problema subversivo en la educación, documentos muy similares entre sí, la narrativa histórica es sin duda deudora de esta matriz. En ellos 1918 era continuado por 1955, momento donde la izquierda inicia un nuevo proceso de infiltración gracias al marco legal trazado por la Reforma.

Según el relato del último gobierno militar, fue durante la Revolución Libertadora cuando “la FUA recupera el terreno perdido, logrando hacer nombrar interventores de marcada propensión izquierdista”. Claro que donde Genta veía la mano oculta del comunismo y la masonería<sup>10</sup>, el relato castrense, en defensa corporativa, atribuía la concreción efectiva del objetivo propuesto en la Reforma, es decir, el “Gobierno Tripartito”<sup>11</sup>, a la “confusión del momento” y a la “falta de comprensión del peligro potencial que representaba la izquierda”.<sup>12</sup>

Pero a diferencia de los documentos militares, la preocupación de Genta, como la de los actores de la galaxia tradicionalista

10: Genta, Jordán Bruno, “La romería universitaria”, en *Combate*, N° 7, 1956, Buenos Aires, pp. 1-2; Genta, J. B., “El problema universitario”, conferencia del 2 de septiembre de 1956, en *Combate*, N° 19, 1956, Buenos Aires, p. 4.

11: Ciertamente, la nueva estructura normativa que además de establecer el ingreso de los graduados en los claustros directivos de las universidades, efectivizaba la autonomía universitaria y reglamentaba los concursos docentes tal como los conocemos, fue una innovación de la Revolución Libertadora y no de la Reforma. Las apropiaciones de la misma durante la segunda mitad del siglo XX tendió a asociar estas innovaciones legales al momento fundacional de 1918.

12: *Marxismo y Subversión. Ámbito educacional*, Estado Mayor General del Ejército, 1977, p. 24; *Subversión en el ámbito educativo (Conozcamos a nuestro enemigo)*, Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, 1977.

católica, no era exclusivamente la expansión del comunismo, sino la descristianización de la sociedad y la pérdida de un *Orden Natural* corroído desde otra Reforma, la Protestante, cuatro siglos antes. Los efectos y peligros de la Reforma Universitaria, entonces, se leían en el marco de este proceso global acelerado luego de la Revolución Rusa, última etapa de asedio contra la civilización occidental y cristiana.

De allí que no bastaba sólo con eliminar al comunismo de la vida universitaria, cuestión que quizá se podía cumplir aun manteniendo el “espíritu” reformista, sino que “la Guerra Contrarrevolucionaria debe lograr entre sus objetivos principales y más urgentes, el restablecimiento de la jerarquía en la Universidad”.<sup>13</sup> Eso se alcanzaría en primer lugar con la eliminación del gobierno tripartito, para Genta, la representación principal del “soviet universitario”.

Claro que más allá de colocar a la Reforma dentro de una explicación omnicompreensiva que excedía las fronteras nacionales, era indudable la nostalgia por una sociedad más atenta a los círculos de sociabilidad de las elites socioeconómicas y políticas, y menos a las decisiones del sufragio universal. Esta mirada se hacía más evidente en quienes analizaban los efectos de la Reforma situados en provincias donde no sólo había nacido el movimiento reformista, sino donde dichas elites podían presentarse más compactas y asentadas. Así, Francisco Vocos, formado en la escuela del tradicionalismo cordobés, transitaba tópicos similares a los de Genta pero intercalaba recuerdos de su niñez en el colegio Santo Tomás de Aquino, donde en 1918 observó pasar a los manifestantes reformistas destruyendo monumentos, apedreando institu-

13: Genta, J. B., *Guerra contrarrevolucionaria*, op. cit., p. 213.

ciones católicas y provocando desmanes en el espacio público en una sociedad tan apacible como la cordobesa.<sup>14</sup>

La recepción de la Reforma en el clima político de oposición conservadora al primer gobierno de Hipólito Yrigoyen, es decir, su asociación al “desorden” generado por el sufragio universal, fue un producto de los años veinte que heredaron las derechas de los años posperonistas, y que éstas compaginaron con el discurso anticomunista de la Guerra Fría. Si se lee con atención la bienvenida que en sus memorias hacía el salteño Carlos Ibarguren a la reforma de los estatutos de la UBA en 1906 (donde usufructuó sus consecuencias en la Facultad de Derecho), cambios que en buena medida en 1918 fueron incorporados en la Universidad Nacional de Córdoba, podemos deducir que el origen de la irritación no era tanto las modificaciones institucionales en la Universidad, sino más bien el giro plebeyo que adquirieron las prácticas políticas durante la democracia yrigoyenista<sup>15</sup>, prácticas que atravesaron los muros universitarios, y que a los críticos de la Reforma desde coordenadas antiliberales, como la revista *Criterio*, los llevó a direccionar todo su descontento hacia la participación estudiantil en los órganos de gobierno universitario.<sup>16</sup>

Es más, si se analizan los motivos de la irritación de Genta tras tener que abandonar su cargo como Rector de la Universidad Nacional del Litoral en los primeros meses de la dictadura militar de 1943, luego de enfrentarse a docentes, directivos y, claro está, a los empoderados estudiantes, se encuentran más próximos al de

14: Vocos, Francisco J., *El Problema Universitario y el Movimiento Reformista*, Buenos Aires: Huemul, 1962.

15: Ibarguren, Carlos, *La historia que he vivido*, Buenos Aires: Dictio, 1977.

16: Buchbinder, Pablo, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires: Sudamericana, 2005, p. 111.

un Iburguren que al del propio Genta de los años sesenta.<sup>17</sup> Es decir, que de considerar a la Reforma como la introducción de la ley Sáenz Peña en la Universidad, pasó a señalársela como la puerta de entrada del comunismo en el país.

### **Trayectorias y estrategias disímiles frente a la Universidad reformista**

Tras observar la lectura de la Reforma realizada por actores de las derechas locales durante las décadas del sesenta y setenta, podría deducirse que, desde su misma implementación, éstos se alejaron de los claustros universitarios y combatieron a la misma. Sin embargo esto no sucedió. Claro que tampoco hubo actitudes y comportamientos homogéneos; su relación con la Universidad reformista fue ciertamente sinuosa.

Genta, quizás el más intransigente impugnador de la Reforma en clave anticomunista, además de no ser un detractor de la misma en sus primeros años, fue, al menos hasta la designación de Perón como presidente, un activo animador del mundo universitario, sea como estudiante, docente o en cargos institucionales.

Tras recibirse de Bachiller en el Colegio Nacional Mariano Moreno, ingresó en 1928 a la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, donde obtuvo el diploma de Filosofía en 1933. Sus primeros años en dicha facultad lo encontraron próximo a la agrupación universitaria *Insurrexit*, fundada entre otros por Héctor P. Agosti y ligada al universo comunista. El primer paso en su conversión política

17: Buchbinder, P., *Historia de las universidades argentinas*, op. cit., p. 145. En las memorias de Tulio Halperín Donghi hay un interesante relato sobre el desempeño de Genta, no tanto a cargo de la Universidad, sino como Rector del Instituto Nacional del Profesorado Secundario. Al respecto: Halperín Donghi, Tulio, *Son memorias*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2008, pp. 127-132.

(y religiosa, ya que su padre había sido un ateo anarquista), lo dio en clave antipositivista cuando en la misma facultad estableció contacto con el filósofo Coriolano Alberini, varias veces decano y vicerrector de la Universidad. Ya un año antes de recibirse participó en la fundación del *Frente de Afirmación del Nuevo Orden Espiritual* (FANO), agrupación liderada por Saúl Taborda y en la que se encontraban, entre otros, Jorge Romero Brest, Carlos Estrada, y Francisco y José Luis Romero, luego tan duramente denostado. La influencia de su compañera de estudios María Lilia Losada, con quien contrae matrimonio civil en 1934, completó su camino hacia el catolicismo; de allí que a sus treinta años se bautizó y se casó por Iglesia.<sup>18</sup> Poco tiempo después inició su carrera docente en la Universidad Nacional del Litoral y en el Instituto Nacional del Profesorado de Paraná. Hacia 1937 ingresó como docente al Magisterio de la provincia de Buenos Aires, durante la gestión del gobernador Manuel Fresco. Ese mismo año recaló en Buenos Aires, donde participó del Instituto de Sociología Argentina, dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y dirigido por Ricardo Levene.

Con el golpe de Estado de junio de 1943 fue designado rector interventor de la Universidad Nacional del Litoral. Allí solamente ejerce funciones entre julio y septiembre, enfrentándose con la comunidad educativa. En junio de 1944 consiguió que el ministro Alberto Baldrich lo nombre rector del Instituto Nacional del Profesorado Secundario y director de la Escuela Superior del Magisterio, cargos que desempeñó hasta mayo de 1945, cuando fue cesanteado por decreto debido a los intentos de expulsar a gran cantidad de alumnos y docentes. Desplazado de la enseñanza universitaria oficial, y tras un intento fallido de fundar una “Universidad Libre

18: Ferrari, Germán, *Símbolos y fantasmas. Las víctimas de la guerrilla: de la amnistía a la “justicia para todos”*, Buenos Aires: Sudamericana, 2009.



Argentina”, en 1946 inició una etapa de marginación. Su contacto con la educación y la docencia fue la “Cátedra Privada de Filosofía” fundada por él mismo, donde dictó cursos durante dieciocho años. Recién en la década de 1960 retornó por un breve tiempo a la docencia oficial en la Universidad Católica de San Juan.<sup>19</sup>

Su trayectoria, que podríamos sintetizar con una secuencia trazada por la conversión y rechazo del credo reformista, intento infructuoso de cristianizar la educación superior, y finalmente la marginación, difiere de otras biografías académicas. Observemos las complejidades que adiciona otro personaje.

Nacido un año después de la Reforma, y diez años más joven que Genta, Carlos Disandro cursó sus estudios secundarios en el colegio Monserrat de Córdoba, ya por entonces dependiente de la Universidad Nacional de Córdoba. Sus estudios universitarios, sin embargo, los prosiguió en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), donde se graduó de Profesor en Letras. A diferencia de otros personajes estudiados, fue de los católicos que no sólo adhirió al peronismo sino que desde la aún llamada Secretaría de Trabajo y Previsión colaboró con las modificaciones introducidas en la educación universitaria, y que llevaron a la sanción de una nueva ley en 1947.

Si bien el diagnóstico elaborado por el peronismo acerca de las consecuencias de la Reforma también era negativo, la clave de impugnación era ciertamente distinta. Como apunta Buchbinder, para los líderes peronistas durante los años veinte y treinta, la Universidad se había politizado excesivamente y se había convertido en un reducto de los “hijos del privilegio”. En esta perspectiva era leída la Reforma, cuestionada por su anticlericalismo (aquí sí po-

19: Caponnetto, Mario, “*Combate*” (1955-1967). *Estudio e índices*, Buenos Aires: Instituto Bibliográfico Antonio Zinny, 1999, pp. 12-13.

día observarse un acuerdo con la crítica tradicionalista de los años sesenta), por no haber abierto la Universidad “al pueblo” y por haberla “entregado a la oligarquía”, perviviendo la idea de que la clase dirigente era una minoría formada allí.<sup>20</sup>

Tras el derrocamiento de Juan D. Perón, Disandro se refugió en la producción intelectual, logrando sintetizar su reivindicación del peronismo en clave antiimperialista, su anticomunismo y sus elucubraciones acerca de la existencia de una “conspiración sinárquica” (idea que adoptó el propio Perón, a quien en 1967 visitó en su exilio madrileño), con registros del catolicismo intransigente y con sus combates contra el Concilio Vaticano II. Bajo estas coordenadas ideológicas ejerció como profesor de latín en la UNLP y en la UBA, promoviendo diversas organizaciones que animaron la vida política de la primera de ellas, como fueron la Agrupación Universitaria Platense, el Centro Platense de Estudios Universitarios y la Concentración Nacional Universitaria (CNU), esta última abocada a combatir, incluso apelando a la violencia física, al enemigo comunista dentro de propia Universidad.

Si en Disandro puede observarse una circulación importante por los claustros universitarios, Carlos Sacheri quizá presente el ejemplo más acabado de inserción académica exitosa. Más joven que los anteriores (había nacido en 1933), entre 1951 y 1957 cursó la carrera de Derecho en la UBA, la cual no llegó a completar. A diferencia de Genta y Disandro, sus estudios de grado y posgrado los realizó en el exterior gracias a una beca que en 1961 lo llevó a la Universidad Laval, en Canadá, donde permaneció con interrupciones hasta 1968, graduándose como licenciado y luego doctor en filosofía.

20: Buchbinder, P., *Historia de las universidades argentinas*, op. cit., pp. 151-152.

De retorno a la Argentina comenzó una acelerada carrera docente. Durante el decanato de Alberto Rodríguez Varela (1971-1973) se incorporó como profesor titular en el ingreso a la Facultad de Derecho de la UBA, en la materia Filosofía e Historia de las Ideas Filosóficas. Más tarde, en 1974, con la intervención de Alberto Ottalagano, Francisco Bosch, decano de la misma, lo designó Director del Instituto de Filosofía del Derecho, en el cual permaneció hasta su asesinato en el mes de diciembre, al parecer cometido por una organización armada de izquierda.<sup>21</sup>

A pesar de que guardaba un diagnóstico negativo hacia las nuevas instituciones creadas luego de 1958 (por considerar que en dichas universidades primaba un “espíritu lucrativo” y que no fueron “cristianizadoras de las inteligencias”)<sup>22</sup>, sus funciones en la universidad pública supo compaginarlas con las desarrolladas en otras de gestión privada.

Gracias a la confianza otorgada por el rector Octavio Derisi, fue en la Universidad Católica Argentina (UCA) donde encontró mejores condiciones para desplegar su actividad docente y académica. Allí, entre 1967 y 1974 dio clases en numerosas cátedras de las carreras de Ciencias Económicas, Derecho y Filosofía y Letras; y hasta llegó a integrar el claustro de profesores –un espacio sin duda asociado a la Reforma– como consejero suplente de la carrera de Sociología.<sup>23</sup>

Los ejemplos que dan cuenta de las heterogéneas trayectorias universitarias de los detractores de la Reforma podrían mul-

21: Cersósimo, Facundo, “Memorias y usos públicos del pasado en torno a la ‘lucha antisubversiva’. Notas sobre Carlos Sacheri y Jordán Bruno Genta”, en *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, Volumen 16, N° 2, 2016, La Plata, pp. 1-22.

22: Hernández, Héctor H., *Sacheri. Predicar y morir por la Argentina*, Buenos Aires: Vórtice, 2007, p. 442.

23: Ranalletti, M., “Contrainsurgencia, catolicismo intransigente y extremismo de derecha...”, op. cit.

tiplicarse. Una mirada de conjunto parecería indicar dos cuestiones. La primera, si bien es cierto que en los años inmediatos a la Reforma ya se podía detectar, fue durante las décadas del sesenta y setenta cuando la denuncia de la Universidad como reducto del comunismo se torna una herramienta discursiva habitual entre las derechas locales. La segunda, es que a pesar de este diagnóstico los comportamientos para enfrentar sus consecuencias fueron disímiles, es decir, no hubo una estrategia de conjunto. Ciertas trayectorias muestran que buscaron combatir sus efectos desde adentro, en especial en universidades como la UBA y UNLP (aunque para ajustar la mirada, habría que señalar a determinadas facultades); otras, que optaron por refugiarse en instituciones que lograron permanecer más ajenas al clima reformista, sean públicas o de gestión privada (la Universidad Nacional de Cuyo, donde convivieron durante décadas heterogéneas familias católicas y nacionalistas, puede ser un ejemplo de las primeras; la UCA, bajo la dirección de Monseñor Derisi, de la segunda); mientras que otras figuras optaron por proyectos periféricos surgidos luego de que el gobierno de Arturo Frondizi permitiera a instituciones privadas emitir títulos habilitantes (aquí podrían anotarse la Universidad Católica de La Plata, creada en 1964 por el entonces Arzobispo de La Plata monseñor Antonio José Plaza, como otras universidades católicas provinciales). Claro que las opciones no fueron excluyentes.

Más allá de las estrategias individuales, hacia mediados de la década de 1970, durante el gobierno peronista, una coalición integrada por diversos exponentes de las derechas impulsó una empresa que, en principio, pretendió “depurar” y “ordenar” una Universidad –pública y en algunos casos privada– a la que veían como caótica.

## **¿Un ensayo autoritario para erradicar el legado de la Reforma? Las intervenciones del ministro Oscar Ivanissevich**

Tras la renuncia de Jorge Alberto Taiana en agosto de 1974, la presidenta en ejercicio María Estela Martínez de Perón designó como ministro de Cultura y Educación a Oscar Ivanissevich, un octogenario médico cirujano que ya había ocupado el cargo en el primer peronismo, y que había ejercido la docencia universitaria en la UBA. Habilitado por uno de los artículos más polémicos de la “Ley Taiana” sancionada meses antes, el N° 51, el ministro realizó nuevas intervenciones que desataron un proceso de cesantías y persecuciones contra directivos, docentes y alumnos.

Como señalaría Emilio Mignone, en ese entonces rector de la Universidad Nacional de Luján, estos interventores eran “personajes desconocidos, mediocres y sobre todo profundamente reaccionarios”.<sup>24</sup> Ciertamente fueron los interventores de la UBA, Alberto Ottalagano, y de las universidades del Sur y del Comahue, el exiliado rumano Remus Tetu, ambos declarados admiradores del fascismo, los exponentes más representativos de este fenómeno.

Acompañados por grupos paramilitares y parapoliciales, y por una constelación de civiles identificados con el tradicionalismo católico, la derecha peronista y el sindicalismo universitario más ortodoxo (buena parte de todos ellos permeados por la cultura universitaria), montaron un aparato represivo y de vigilancia direccionado contra un enemigo al que coincidían en rotular de comunista, subversivo o marxista.<sup>25</sup>

Más allá de este enemigo compartido, ¿fue un intento coordinado de revertir el legado de la Reforma en la vida universitaria?

24: Buchbinder, P., *Historia de las universidades argentinas*, op. cit., p. 206.

25: Rodríguez, Laura G., *Universidad, peronismo y dictadura (1973-1983)*, Buenos Aires: Prometeo, 2015, cap. 2.

Nuevamente habría que diseccionar las evaluaciones de más largo alcance y los objetivos de los integrantes de esta coyuntural coalición contrarrevolucionaria.

Si se repasan los números de las principales revistas de la derecha peronista, como *El Caudillo* o *Las Bases*, para estos actores era perentorio “depurar” una institución que tras la asunción de Cámpora en mayo de 1973 pasó a ser manejada por la izquierda peronista. Por lo tanto debía ser “saneada” para alinearla al proyecto justicialista liderado por Perón, que por su esencia doctrinaria antimarxista no admitía una Universidad en manos del comunismo, es decir, en manos de la Juventud Peronista y Montoneros. Los discursos de las dos principales figuras de este proceso, como Ivanissevich y Ottalagano, transitaban este camino.

Es interesante señalar cómo en una de las ediciones del periódico de la Alianza Libertadora Nacionalista, cuya portada titulaba “La Unión Democrática contra Ottalagano”, entre los enemigos del interventor anotaban a los “bolches”, al “marxismo” (categorías que incluían a la izquierda peronista, para ellos, ajena al movimiento justicialista), pero también al radicalismo, leyendo la puja universitaria del momento bajo el lente peronismo vs. antiperonismo de los años cuarenta.

Ya conseguido el *orden*, a finales de 1974 le reclamaban a Ottalagano, como tareas pendientes, el *ordenamiento*: “orientación de la enseñanza, clarificación del sentido de Universidad, estructuración y sistematización de carreras y métodos, selección de profesores, orientación vocacional y limitación de alumnos a las reales posibilidades y necesidades del país: eso es ordenamiento”.<sup>26</sup> Y en una entrevista a su principal referente universitario, éste afirmaba que la “misión Ivanissevich” no era más que una

26: *Alianza*, N° 10, 29 de noviembre de 1974, Buenos Aires, p. 2

vuelta a lo que la Universidad nunca debió haber dejado de ser, “un lugar donde el conocimiento se encamine a servir a Dios, a la Patria y a la Ciencia”.<sup>27</sup>

Más que una preocupación por revertir los efectos de la Reforma, existía en las agrupaciones de la derecha peronista la necesidad de restablecer el orden en la Universidad y alinearla con la “verdadera” doctrina justicialista. Es más, en la citada “Ley Taiana” impulsada por el mismo Perón, y con el apoyo de la bancada de la Unión Cívica Radical, se incorporaban postulados asociados a la tradición reformista como la autonomía universitaria y el co-gobierno (ciertamente un cambio con relación a la ley de 1947); aunque también es cierto que la misma ley limitaba la actividad política y dejaba la puerta abierta para las intervenciones de la gestión Ivanissevich.

Si bien no se reconocía a la Reforma como un hito refundacional de la historia universitaria (como sí hacía la tradición de izquierda y la radical), tampoco la señalaban como la causa del desorden imperante, desorden que parecía remitirse al 25 de mayo de 1973, cuando Cámpora asumió la presidencia (como también habrá lecturas de una derecha ni peronista ni católica, que fijará el origen del desorden al ciclo iniciado con el Cordobazo en 1969).<sup>28</sup>

Si se repasan los debates en el Senado al momento de tratarse el proyecto de la ley mencionada, fueron los representantes de los partidos conservadores provinciales quienes, rechazando las actividades políticas dentro de la Universidad, parecían inscribirse más claramente en la senda anti reformista. Así, mientras Amadeo Frúgoli, del partido Demócrata de Mendoza, repudiaba la

27: *Alianza*, op. cit., p. 3. Cfr., además, Rodríguez, L. G., *Universidad, peronismo y dictadura (1973-1983)*, op. cit., p. 254.

28: Landívar, Gustavo, *La Universidad de la violencia*, Buenos Aires: Depalma, 1980.

existencia “de ideas políticas antinacionales, de ideologías ajenas a la tradición y a la idiosincrasia de nuestro pueblo” y denunciaba la presencia allí de “agitadores profesionales” que ejercen una “gimnasia subversiva”, su colega Leopoldo Bravo, del bloquismo sanjuanino, señalaba cómo los cimientos de la vida universitaria “[...] se encuentran debilitados por la entronización de doctrinas importadas y deformantes de las conciencias juveniles”<sup>29</sup>; un diccionario político que a mediados de la década de 1970 podía pertenecer a cualquier representante de las derechas –y no sólo de ellas–, y que había incorporado a aquel conservadurismo de Ibarguren un lenguaje propio de la Guerra Fría.

El diagnóstico de los actores católicos tradicionalistas, como ya señalamos, descansaba sin duda en un análisis de más largo alcance. Para ellos la Reforma sí era el origen de la penetración comunista en la Argentina, proceso acelerado luego de 1955, y que con la llegada de Cámpora a la presidencia había alcanzado su momento más dramático.

Sin embargo, y a pesar de haber ocupado un papel no menor durante la intervención Ottalagano, donde obtuvieron un destacado protagonismo con los decanatos del sacerdote Raúl Sánchez Abelenda en Filosofía y Letras, y con el de Francisco M. Bosch en la Facultad de Derecho (aquí, entre otros, se sumaron Carlos Sacheri y Francisco Vocos), consideraron esta empresa sólo una receta defensiva y transitoria.

Aunque en el clima represivo de entonces hallaron en dicho rectorado el lugar más adecuado en el Estado para sumarse a un combate que ya había dejado de ser meramente ideológico, para

29: Citado en Buchbinder, Pablo, “La universidad y el tercer peronismo: notas sobre el debate parlamentario en torno a la Ley Taiana”, en Millán, M. (comp.), *Universidad, política y movimiento estudiantil en Argentina (entre la “Revolución Libertadora” y la democracia del ‘83)*, Buenos Aires: Final Abierto, pp. 193-194.



las principales figuras de la familia tradicionalista el peronismo también era considerado un vehículo de penetración marxista (sumado a que en los de mayor edad no habían cicatrizado las heridas provocadas por sus arrebatos anticatólicos de los años cincuenta). Desde las páginas de *Cabildo*, Vicente Massot se encargaba de recordarle al elogiado funcionario Ottalagano que el peronismo, aún en su capítulo más “macartista”, no era la solución, sino parte del problema.<sup>30</sup>

### **Reflexiones finales**

Si se repasan las claves de impugnación de la Reforma presentadas a lo largo del artículo, observaremos que poseen genealogías diversas. Una de ellas era heredera de la reacción elitista y antiplebeya de los años veinte, aquella que formuló el conservadurismo de entonces y que tuvo en Carlos Ibarguren quizás a su máximo exponente. Para los años sesenta y setenta esta mirada parecía difuminarse, aunque ciertos actores tradicionalistas la recuperaban; señalamos el caso de Francisco Vocos cuando añoraba aquella Córdoba patricia y católica que la Reforma vino a convulsionar. Claro que aparecía compaginada con aristas de la propia matriz tradicionalista.

Para esta familia católica la Reforma no sólo permitió la entrada de la democracia en los claustros universitarios, y de allí la infiltración comunista, sino que completó el ciclo de descristianización de la educación argentina iniciado con la ley 1420 del año 1884. Democracia, comunismo y descristianización formaban parte de un mismo plan destinado a disolver el orden católico, plan

30: Massot, Vicente G., “El error de Ottalagano: creer en el peronismo”, en *Cabildo*, I Época, N° 21, 1975, Buenos Aires, p. 24.

que tenía su origen en el siglo XVI con la Reforma Protestante. En este extenso e interminable ciclo de erosión del catolicismo se insertaba esta otra Reforma.

Una tercera clave de impugnación fue la diagramada en sede militar, incorporando la conflictividad local en el escenario de la Guerra Fría. Aunque si se analizaba el discurso de exponentes como Osiris Villegas surgían evidentes similitudes con aquellas denuncias formuladas por Sánchez Sorondo en la década de 1930. Es decir, que si bien había un clima de época en esta formulación, tampoco era ajena a un anticomunismo local de largo aliento. En esta interpretación la Universidad era “utilizada” por el comunismo para avanzar en su objetivo revolucionario, formando allí a sus cuadros dirigentes e intelectuales.

Claro que estas disquisiciones muchas veces aparecían articuladas y difíciles de diseccionar, como daban cuenta las intervenciones citadas de los senadores conservadores de las provincias de Mendoza y San Juan. En aquel conglomerado contrarrevolucionario que se fue gestando a comienzos de la década del setenta, y que analizamos durante la “misión Ivanissevich”, los actores podían escoger del catálogo los elementos más efectivos para luchar contra un enemigo común que, según ellos, estaba adueñándose de las universidades argentinas.

# Las universidades católicas y privadas frente a los principios reformistas

Laura Rodríguez\*

(CONICET/IdIHCS/Universidad Nacional de La Plata)

\*Investigadora Independiente del CONICET con sede en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) de la Universidad Nacional de La Plata y profesora adjunta ordinaria del Departamento de Sociología de la misma universidad. Es autora de los libros: *Católicos, nacionalistas y políticas educativas en la última dictadura (1976-1983)*, Rosario: Prohistoria, 2011; *Civiles y militares en la última dictadura. Funcionarios y políticas educativas en la provincia de Buenos Aires (1976-1983)*, Rosario: Prohistoria, 2012; y *Universidad, peronismo y dictadura (1973-1983)*, Buenos Aires: Prometeo, 2015.



## Introducción

La fundación de la Universidad Católica Argentina (UCA) en los años de 1950 marcó un nuevo capítulo en la historia del sistema universitario argentino, que desde el siglo XIX estuvo en manos del Estado nacional. En esa época, la dirigencia política reivindicó la construcción de un sistema universitario laico, fuertemente centralizado, arancelado y con restricciones al ingreso. En 1918 se produjo una gran movilización que tuvo epicentro en la Universidad Nacional de Córdoba y derivó en lo que se conoció como Reforma Universitaria o movimiento reformista. La Reforma se propuso democratizar las instituciones académicas, y los nuevos Estatutos sancionados a partir de ese año cedieron el gobierno y la administración de las casas de estudio a los protagonistas principales de la vida académica: profesores, estudiantes y, en algunos casos, graduados.<sup>1</sup> Con la Reforma se abrieron también las posibilidades de los sectores medios de acceder a un título universitario, se logró una mayor inversión en las actividades de investigación y extensión, y se crearon las condiciones para realizar una carrera académica.<sup>2</sup> De todos modos, este movimiento coexistió con sectores católicos, conservadores y nacionalistas, que criticaron los cambios introducidos y, sobre todo, la intervención estudiantil en el gobierno universitario.

En 1955, las autoridades militares y civiles que encabezaron el golpe de Estado que derrocó al general Juan D. Perón –que había eliminado el arancel y las restricciones al ingreso–, firmaron el decreto 6403, que amplió y fortaleció la autonomía universitaria. El mencionado decreto contenía además el artículo 28, donde

1: Buchbinder, Pablo, *Historia de las Universidades Argentinas*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2005.

2: Buchbinder, P. *Historia de las universidades...*, op. cit.

se autorizaba la creación de universidades “libres” o privadas con la capacidad de emitir títulos habilitantes. La medida provocó la reacción en contra de las autoridades de las universidades públicas, que organizaron marchas de protesta, logrando la suspensión temporaria de la vigencia del artículo. En el medio del conflicto, el Episcopado Argentino autorizó en 1958 el funcionamiento de la Universidad Católica Argentina (en adelante UCA) “Santa María de los Buenos Aires”. La Comisión Episcopal nombró rector a monseñor Octavio Nicolás Derisi (1958-1980) y, al poco tiempo, la UCA fue reconocida Universidad “Pontificia” por el Vaticano.<sup>3</sup> Ese mismo año, el presidente Arturo Frondizi promulgó la Ley 14557/58 (“Ley Domingorena”) con el texto definitivo del artículo 28.

Ahora bien, en este trabajo analizaremos de qué forma fueron interpretados los principios de la Reforma Universitaria en la organización interna de las universidades privadas y confesionales. En el primer apartado estudiaremos el contenido de los escritos de uno de los referentes de las casas católicas en Argentina y América Latina, el rector de la UCA monseñor Derisi. En un contexto nacional e internacional donde avanzaban los reclamos de los estudiantes y profesores universitarios a favor de una mayor apertura democrática, mostraremos que Derisi fue el principal portavoz de los opositores al reformismo universitario, rechazando todas y cada una de sus propuestas con relación a la investigación, la modernización de las ciencias, los concursos y la autonomía. En la segunda sección caracterizaremos con más detenimiento qué opinaba sobre la participación estudiantil y el gobierno respecto a la jerarquía eclesiástica.

3: Sobre la biografía de Derisi (1907-2002) ver, entre otros: Rodríguez, Laura Graciela, “Los católicos en la universidad: monseñor Derisi y la UCA”, en *Estudios del ISHIR*, Vol. 3, N° 7, 2013, pp. 79-93, disponible en <http://www.revista.ishir-conicet.gov.ar/index.php/revistaISHIR/issue/view/31>.

En el tercer apartado señalaremos cómo estas ideas configuraron también la manera de funcionar de otras universidades privadas (del Salvador, Católica de La Plata e Instituto Tecnológico de Buenos Aires), a partir de una consulta que hicieron las autoridades del gobierno de la última dictadura (1976-1983) a un grupo de rectores.

### **La universidad anti reformista: investigación, modernización, concursos e intervenciones estatales**

Si los principios reformistas habían impulsado una mayor inversión en investigación y en la creación de una carrera docente, los postulados por el rector iban en sentido contrario, lo que provocó algunos conflictos al interior del cuerpo docente original. Con respecto a las actividades de investigación, en las primeras reuniones del Consejo Superior de la UCA hubo discusiones acerca de si hacer o no de la universidad un ámbito de “investigación pura” y qué condiciones debían tener los profesores. Derisi explicaba que “la mayor parte del Consejo, de acuerdo a la declaración e intención de los obispos, entendió que la Universidad debía ser ante todo docente”.<sup>4</sup> Una de las disputas se desató cuando el médico Eduardo Braun Menéndez dijo que, si primaba la “catolicidad” como argumento excluyente para seleccionar a los profesores, el fracaso de la UCA era seguro. Dadas sus diferencias con el resto de los consejeros, debió renunciar y fue reemplazado por el jesuita Mariano Castex.<sup>5</sup>

4: Derisi, Octavio Nicolás, *La Universidad Católica Argentina en el recuerdo: a los 25 años de su fundación*, Buenos Aires: Universidad Católica Argentina, 1983, p. 32.

5: Zanca, José, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad. 1955-1966*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica/San Andrés, 2006.

El otro caso resonante se dio en el Departamento de Sociología a mediados de la década de 1960. Un grupo de estudiantes y profesores propuso tomar medidas a favor de la renovación y modernización de las Ciencias Sociales, y luego se manifestó en contra de la represión organizada por el presidente de facto, el general Juan Carlos Onganía, conocida como “la noche de los bastones largos”. La respuesta de monseñor Derisi fue la sanción a esos alumnos y docentes que posteriormente fueron expulsados o debieron renunciar.<sup>6</sup>

Acerca de la selección de los profesores, si en las universidades públicas se preferían los “concursos abiertos” para elegirlos –con amplia difusión y posibilidades para todos los aspirantes– Derisi sostenía que el sistema de “concursos internos” era mejor. En ellos, un grupo de profesores “maduros” consideraba cuáles eran los mejores candidatos para la cátedra y proponían una terna en secreto. El Consejo de la Facultad aceptaba al candidato o elegía uno de la terna o rechazaba a todos, y lo presentaba al Consejo Superior, el cual debía ofrecerle la cátedra al candidato elegido. Este tipo de concurso, explicaba Derisi, evitaba el número excesivo de candidatos, y que se presentasen algunos “sin méritos morales”. En síntesis, se debía priorizar, por sobre la excelencia académica, la capacidad didáctica y la “honestidad”.<sup>7</sup>

Siguiendo este razonamiento, Derisi justificaba la larga historia de intervenciones que había sufrido la universidad pública por parte del Estado (1930, 1943, 1946, 1955, 1966), y que habían provocado renunciadas, cesantías y expulsiones de profesores y

6: Zanca, J., *Los intelectuales católicos...*, op. cit.; Selser, Gregorio, *El Onganía*, Buenos Aires: Hispamérica, 1973; Baruch Bertocchi, Norberto, *Las universidades católicas*, Buenos Aires: CEAL, 1987.

7: Derisi, Octavio, *Naturaleza y vida de la Universidad*, Buenos Aires: EUDEBA, [1969] (1972).



alumnos que no eran afines al gobierno de turno. De acuerdo al rector, los profesores y alumnos “provocaban la intervención de la universidad” por realizar actividades ajenas a la vida de la misma. El llamado “avasallamiento de la autonomía” universitaria por parte del Estado, muchas veces no era más que “la intervención necesaria para volver a la universidad a su propio cauce, al de su vida propia, y, con él, a la verdadera autonomía, perdida con actividades político-sociales y subversivas, ajenas enteramente al quehacer universitario”.<sup>8</sup> Este “proceso de purificación” era largo y difícil, porque la “autenticidad de la vida universitaria” se alcanzaba cuando profesores y alumnos trabajaban juntos y en “íntima armonía”. Para realizar eficiente y plenamente su labor, la universidad necesitaba crear una “comunidad de amor entre profesores y alumnos, verdadera célula de la comunidad universitaria”.<sup>9</sup>

### **La participación estudiantil y la autonomía respecto de la jerarquía eclesíastica**

Los años de 1960 presenciaron la radicalización de buena parte de los jóvenes del mundo occidental, que tomó como guía la revolución cubana de 1959. Similar fenómeno se vivió entre los estudiantes de las universidades católicas latinoamericanas, que protagonizaron movilizaciones en distintas ciudades del continente solicitando la democratización de las universidades confesionales y la modernización de las ciencias.<sup>10</sup> En 1969 Derisi escribió *Naturaleza y vida de la Universidad*, libro que fue publicado por Eude-

8: Derisi, Octavio, *Naturaleza...*, op.cit., p. 215.

9: Derisi, Octavio, *Naturaleza...*, op.cit., p. 225.

10: Dussel, Enrique. *Historia de la Iglesia en América latina. Medio milenio de colonización y liberación (1492-1992)*, Madrid: Mundo Negro- Esquila Misiona, 1992 [sexta edición] [1967 primera edición].

ba –editorial intervenida por el “onganiato”–, y reeditado en 1972. En él resumía el modelo de universidad que era deseable para el país, al que contraponía con el de las universidades públicas. Como hemos visto, una de las grandes conquistas del reformismo fue legalizar la participación estudiantil en el gobierno. Al contrario, Derisi afirmaba que los estudiantes no debían tener participación en el gobierno de la universidad o en la elección de sus autoridades. Sostenía que por su edad carecían de los conocimientos, prudencia y madurez necesarios para el buen gobierno. Asimismo, creía que, por su generosidad y sentido de justicia, los jóvenes eran fácilmente influidos por intereses ideológicos extremistas del marxismo-comunismo, intereses “espurios y ajenos a la vida de la universidad”.

A través de la revista oficial de la UCA, *Universitas*, interpretaba que los estudiantes pretendían “convertir a la universidad en un órgano de actividad política”, y esa actitud esterilizaba, envenenaba y desnaturalizaba “la noble misión de la actividad de la universidad”.<sup>11</sup> Refiriéndose a los movimientos juveniles de los años de 1960 y 1970, afirmaba que “La politización de la Universidad de Latinoamérica ha entorpecido y retardado el auténtico proceso de liberación, mediante el desarrollo integral, material y espiritual de sus respectivos países, al frustrar la formación de su clase dirigente universitaria”.<sup>12</sup>

A la luz de las controversias generadas por el Concilio Vaticano II, Derisi y sus colaboradores identificaban a los “enemigos” que estaban “por fuera del mundo católico y dentro del catolicismo”: el “marxismo, la subversión, el socialismo y el liberalismo”.<sup>13</sup> En definitiva, la UCA multiplicaba sus carreras, cuidaba la “serie-

11: *Universitas*, “Vida universitaria”, N° 34, 1974.

12: *Universitas*, “Vida universitaria”, N° 34, 1974.

13: *Universitas*, “Vida Nacional”, N° 11, 1969.

dad académica” de sus estudios y velaba “por la ortodoxia de su doctrina Cristiana”.<sup>14</sup>

Como parte de la discusión que abrió el Concilio, en 1967 se reunieron en Buga, Colombia, los obispos del Departamento de Educación y de la Pastoral Universitaria de la Comisión Episcopal Latinoamericana (CELAM), y publicaron lo que se conoció como el “Documento de Buga”.<sup>15</sup> En ese texto proponían que las casas de estudio tuviesen un rol crítico, de “concientización de la realidad histórica” y “desalienación de posturas generadoras de la cultura colonialista”.<sup>16</sup> Afirmaban que “Aunque las Ciencias Sociales sean, en ciertos medios oficiales de América Latina, consideradas como subversivas, corresponde, no obstante, a la Universidad Católica, asegurar un ámbito para su libre y plena investigación”.<sup>17</sup> En las “recomendaciones”, los latinoamericanos se mostraban de acuerdo con “revisar las estructuras de poder, dando participación en el gobierno de la institución y en la elección de sus autoridades, a los profesores y estudiantes en todos los niveles”. En el punto quinto afirmaban que había que defender celosamente la autonomía de la universidad respecto a “la jerarquía eclesiástica y los superiores religiosos”.<sup>18</sup>

14: *Universitas*, N° 38, 1975.

15: El especialista Enrique Dussel afirma que uno de los autores del documento fue monseñor Marcos McGrath, obispo de Santiago de Veraguas en Panamá y antiguo director del Seminario de Santiago de Chile. Había propuesto también el tema de la teología de la violencia y la revolución cuando era vicepresidente del CELAM. Ver Dussel, E., *Historia...*, op. cit.

16: “La misión de la Universidad Católica en América Latina”. Documento Final del Seminario de Expertos sobre la Misión de la Universidad convocado por el Departamento de Educación del CELAM, Buga, Colombia. Ver también Dussel, E., *Historia...*, op. cit.

17: “La misión de la Universidad...”, op. cit.

18: “La misión de la Universidad...”, op. cit. Enrique Dussel vincula el documento de Buga con las protestas y tomas que realizaron los estudiantes de las universidades católicas de Chile. De acuerdo con Beigel, el malestar de los estudiantes católicos habría comenzado antes. Los alumnos pedían por el derecho de la universidad de ejercer su propio gobierno, fijar métodos propios en su quehacer científico y señalar las líneas de su desarrollo académico. Ver Beigel, Fernanda,

En Argentina, el texto había sido difundido por los católicos de la revista *Criterio*.

En medio de movilizaciones estudiantiles en Chile, el chileno monseñor Alfredo Silva renunció ese mismo año a la estratégica presidencia de la Organización de Universidades Católicas de América Latina y el Caribe (ODUCAL) –creada en 1953–, siendo sucedido por el rector de la UCA, Monseñor Derisi. En el segundo número de *Universitas*, se dio a conocer la “Declaración de los rectores”, a modo de respuesta al documento de Buga. La declaración había sido elaborada por los rectores de las universidades católicas argentinas, al mando del rector Derisi. Allí sostenían que:

Estimamos ser inadmisibles, entre otros, los siguientes puntos del mencionado documento: 1. Recomendar la intervención de los estudiantes en el gobierno de la Universidad. 2. Asimismo la participación de los estudiantes en la elección de las autoridades de todos los niveles. 3. Establecer con énfasis, la autonomía de las universidades con respecto de la jerarquía y aún de los superiores religiosos. Ha causado extrañeza que un grupo de expertos se anime a recomendar a las universidades católicas, un sistema preterido en las universidades estatales latinoamericanas, que durante cincuenta años ha sido la causa de distorsión, de perturbación política y de orientación izquierdista, y en los últimos años, marxista, de las universidades de América Latina. Estimamos que la falta de originalidad en el esquema, no podría hacer mejores recomendaciones para desarticular y desintegrar, en un futuro próximo, las universidades católicas.

*Misión Santiago. El mundo académico jesuita y los inicios de la cooperación internacional católica*, Santiago: LOM, 2011, pp. 119-126.

Finalmente, los rectores entienden que el Departamento de Educación del CELAM no debería haberse abocado al estudio de este tema sin la participación de la ODUICAL (Organización de Universidades Católicas de América Latina) y sus respectivas autoridades.<sup>19</sup>

Ese mismo año, monseñor Derisi publicó en la revista de la UCA una ponencia que presentó ante el IV Congreso de ODUICAL y la V Asamblea de rectores.<sup>20</sup> En esa ocasión sus declaraciones fueron aún más críticas. Afirmaba que en Buga se había trazado “una idea deleznable y peyorativa de las universidades católicas”, introduciendo “elementos perturbadores” para la vida académica, tales como la intervención de los alumnos en el gobierno directo de la universidad, la participación de los mismos en la elección de sus autoridades y la autonomía, aún de la jerarquía eclesiástica y las órdenes religiosas. Derisi se refirió también a la experiencia argentina de la reforma universitaria. Según aclaraba a sus colegas latinoamericanos, durante cincuenta años la Reforma condujo a la universidad “al caos y la disolución” de la vida académica.

En agosto de 1968 Derisi le envió una carta al presidente del CELAM en calidad de presidente de ODUICAL. El propósito de la misiva era “manifestarle la preocupación y el disgusto” que le causó el informe sobre la situación universitaria en la América latina, publicado por el Departamento de Pastoral Universitaria del CELAM.<sup>21</sup> En ella escribía que el documento se basaba en pu-

19: *Universitas*, N° 2, octubre 1967, p. 92. Derisi también combatió a los integrantes del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo. Ver los testimonios en Martín, José Pablo, *Ruptura ideológica del catolicismo argentino. 36 entrevistas entre 1988 y 1992*, Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2013.

20: *Universitas*, N° 3, diciembre 1967, pp. 99-100.

21: *Universitas*, N° 7, octubre 1968.

blicaciones de “notoria dirección izquierdista”, que realizaba una “crítica negativa y amarga de las universidades católicas”, propiciando “la sustracción de las universidades católicas al control de la autoridad eclesiástica”. Luego volvía a repasar punto por punto las disidencias ya mencionadas el año anterior, especialmente las referidas a la participación estudiantil. En definitiva, le pedía que incluyera en el Departamento del CELAM a un rector de ODUICAL, y que evitara emitir otro documento sin consultar al propio Derisi.

### **El anti reformismo en las otras universidades privadas (1980)**

Entre 1958 y 1977 se habían creado en total 23 universidades privadas en todo el país, de las cuales 10 eran católicas. La proporción de la matrícula de éstas con relación a las públicas había sido del 6,8 % en 1965; 11,9 % en 1968; 14,2 % en 1971; 10,2 % en 1974 y 11,9 % en 1977.<sup>22</sup> En 1978, las privadas tenían alrededor de 57.334 alumnos frente a los 483.454 de las públicas.

Durante la última dictadura (1976-1983), el ministro de cultura y educación Juan R. Llerena Amadeo (1979-1981) hizo circular un documento de base o anteproyecto de Ley Universitaria, que había sido elaborado por la Secretaría de Planeamiento de la Presidencia de la Nación, e inició una etapa donde les pidió opinión a diferentes especialistas. Desde ese momento, se publicaron en la prensa una serie de comentarios acerca de esta propuesta. Representantes de universidades públicas y privadas se declararon a favor del anteproyecto, otros criticaron puntualmente ciertas partes, como la que definía la imposibilidad de ejercer un cargo jerárquico en la universidad y tener actividad político-partidaria

22: Consejo de Rectores de Universidades Privadas, *20 años de universidades privadas en la República Argentina*, Buenos Aires: Belgrano, 1978.

(art. 4), o bien la que establecía algún tipo de participación de los alumnos. Un sector de los rectores de las universidades privadas se manifestó en contra de todo el anteproyecto.

Según apreciaciones de “calificados observadores”, el anteproyecto era muy parecido a la Ley Universitaria N° 17245 que dictó el gobierno del presidente Onganía, pero mejorado.<sup>23</sup> En él se incluía que los docentes no podían “adherir ni difundir concepciones totalitarias”, cuestión que no estaba en la norma pasada. Si bien la nueva norma estaba destinada a las universidades del sistema público, los primeros cuatro artículos afectaban también a las instituciones privadas, sin derogar la ley vigente (17604).

En razón de esa cuestión, el 25 de febrero de 1980 los militares de la Comisión de Asesoramiento Legislativo [en adelante CAL] convocaron a rectores de universidades privadas católicas y laicas, a escuchar sus opiniones sobre el borrador de la Ley Universitaria.<sup>24</sup> Estuvieron en la reunión Francisco J. Piñón de la Universidad del Salvador, Nicolás Argentato de la Universidad Católica de La Plata, y el Almirante Leandro Maloberti del Instituto Tecnológico de Buenos Aires (ITBA).

Uno de los militares comenzó el encuentro leyendo el artículo 3 del anteproyecto, que decía:

para cumplir con sus fines las universidades deberán: a) desarrollar las cualidades que habiliten con patriotismo, dignidad moral e idoneidad para la vida pública y privada, procurando la educación general del nivel superior y estimulando la creación personal y el espíritu crítico; b) Rea-

23: *La Nación*, 19 abril 1979, p. 9.

24: *Comisión de Asuntos Legislativos*, subcomisión N° 3, reuniones de los días 22 y 25 de febrero de 1980. El ITBA fue creado en 1959 por un grupo de marinos y civiles con el objetivo de enseñar Ingeniería y sus distintas especializaciones.

lizar investigación pura y aplicada y estimular la creación artística; c) Formar profesionales, investigadores y técnicos adecuados a las necesidades de la nación.

Luego de oír la exposición, Piñón intervino primero e hizo un comentario respecto a la manera en que estaba redactado el texto, explicando que les preocupaba que se utilizara el término “deberán”, porque, se preguntaba ¿qué ocurría con aquella universidad que no desarrollaba alguna de esas funciones? Por ejemplo, seguía, había universidades [privadas] que no se dedicaban a la investigación pura; otras dejaban de lado la investigación aplicada, y otras no estimulaban la creación artística. También había universidades, continuaba, que quizá no formaban profesionales, investigadores y técnicos, sino que se limitaban a obtener sólo una o dos de esas tres especialidades. La propuesta de Piñón y los rectores presentes era sustituir, en el texto de la futura Ley, la palabra “deberán” por “procurarán”.

Luego pasaron a plantear sus opiniones respecto al artículo cuarto, que se refería a las “prohibiciones”:

Artículo 4: Es ajena a los ámbitos universitarios toda actitud que signifique propaganda, adoctrinamiento, proselitismo o agitación de carácter político partidario. Los cargos a que se refieren (...) son rector, vicerrector, decano y vicedecano, secretarios de universidad, facultad o departamento son todos de desempeño incompatible con el ejercicio de cargos directivos político-partidarios o gremiales. Quienes ocupen los cargos antes indicados deberán abstenerse de formular declaraciones públicas vinculadas a las actividades político- partidarias o gremiales.



El rector militar del ITBA, Maloberti, expresó que ellos eran tres rectores que no tenían ningún problema con ese tema, e incluso estaban de acuerdo con la prohibición. Sin embargo, reconocía que era una “espinas irritativa” para otros rectores que sí participaban en política.

Los militares de la CAL cambiaron de tema y les preguntaron a los rectores cómo resolvían las universidades privadas el tema de los concursos. Piñón contestó que no había un solo criterio ni un solo medio, porque dependía en mucho de los fines particulares de cada universidad. En el caso de la Universidad del Salvador, que era católica, cuando se elegía un profesor debían tenerse en cuenta sus antecedentes académicos y la calidad docente, pero también su filosofía, porque tenía que “adherir a la filosofía de la casa sin dudar”. Eso último era más difícil de medir y, por esa causa, Piñón se expresó en desacuerdo con el concurso público.

El rector Argentato explicó que los estatutos de la UCALP le asignaban al rector la posibilidad de decidir acerca de la designación de profesores sobre la base de las propuestas de cada uno de los decanos, y Maloberti añadió que en el ITBA solamente se recurría a concursos de antecedentes promovidos por el Consejo de Regentes. Argentato agregó que él tenía alguna experiencia en universidades nacionales porque era profesor titular en las Facultades de Económicas y de Ingeniería de la UBA. El rector creía que los concursos no habían dado resultados positivos en la historia de la universidad pública, ya que “normalmente” eran el producto de camarillas que no analizaban los resultados en forma objetiva y prescindiendo de toda arbitrariedad. Argentato recordó que, en alguna oportunidad, ellos habían hecho llamados públicos, pero luego seleccionaron a los inscriptos.

Uno de los militares de la CAL les preguntó cómo estaban organizadas las universidades privadas con relación a los órganos

de conducción. Piñon le contestó que había universidades que eran propiedad de la Iglesia y existía la figura del Gran Canciller, quien generalmente era el obispo local y se convertía en la autoridad principal, tenía la capacidad de decisión o la delegaba al rector o a algún cuerpo colegiado. Otra situación eran las universidades que pertenecían a Fundaciones, que eran las que tenían el poder de decisión y las hacían saber a las autoridades encargadas de su ejecución. Y había otras casas de estudio que eran asociaciones civiles, con un carácter más colegiado y mayor número de miembros. El rector Argentato aclaró que la UCALP pertenecía al Arzobispado, y era el arzobispo de La Plata (monseñor Antonio J. Plaza) quien designaba al rector.<sup>25</sup> Éste cumplía prácticamente todas las funciones de gobierno y proponía a los decanos que debían ser aceptados por el Gran Canciller. Maloberti dijo que ellos en el ITBA tenían un Consejo de Regentes que era el máximo órgano de gobierno que delegaba facultades ejecutivas en el rector. El rector a su vez era asesorado por un Consejo Académico.

En la última parte de la reunión, uno de los responsables de la CAL volvió a insistir sobre el tema de los concursos docentes. Le pidió al rector Argentato que le dijera si, en base a su experiencia, opinaba que era perjudicial para las universidades privadas imponer el mismo método de designación de profesores de las universidades públicas, es decir, los concursos públicos y abiertos. Argentato no dudó en responder afirmativamente, ya que con el sistema de concursos él había pasado por experiencias “muy desagradables”. Maloberti añadió que en la Escuela Naval los profesores se designaban por concursos de oposición y de antecedentes,

25: Sobre la creación de la UCALP y la gestión del rector Argentato, ver Rodríguez, Laura Graciela, “La Universidad Católica de La Plata. Iglesia, peronismo y sectas”, en *Revista Páginas*, Vol. 6, N° 10, pp. 102-127, 2014, disponible en <http://web.rosario-conicet.gov.ar/ojs/index.php/RevPáginas/index>

pero el de antecedentes era el que pesaba, por más excelente que hubiera resultado la prueba de oposición. Argentato dijo que el problema era que, con pautas demasiado reglamentadas, no era posible conocer la filosofía del individuo, y a veces sus antecedentes no decían si se trataba de un “comunista”. De todos modos, coincidieron en que era mejor el sistema para las universidades públicas, pero completamente inadecuado para las privadas. Éstas necesitaban asegurarse de que sus docentes difundiesen la misma “filosofía”, expresándose de esta manera contrarios al principio a la libertad de cátedra.

### **Reflexiones finales**

En suma, la mayoría de las universidades privadas creadas en los años de 1950 y 1960, hicieron de la filosofía anti reformista su eje organizador, en el marco de la guerra fría y la lucha contra el comunismo. En futuras investigaciones habrá que desentrañar qué cuestiones de la vida interna de esas casas de estudio han pervivido, y cuáles fueron dejadas de lado en tiempos democráticos.



## **“Por una universidad agradable y eficiente”: las agrupaciones estudiantiles liberales en la década de 1980**

**Valeria Manzano\***

**(CONICET/Universidad Nacional de San Martín)**

\*Doctora en Historia. Investigadora del CONICET y profesora del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Fue becaria del Social Science Research Council y del American Council of Learned Societies, y profesora visitante en las universidades de Chicago y Ginebra. Es autora de *Una historia de la juventud en la Argentina* (Siglo XXI, 2018) y *The Age of Youth in Argentina: Culture, Politics, and Sexuality from Perón to Videla* (University of North Carolina, 2014).



“El avance de nuestra agrupación se basa en algo muy sencillo,” sostenía un dirigente de la Unión por la Apertura Universitaria (UPAU) en 1986, y luego aclaraba: “la gente ya está harta de que la usen en cuestiones de politiquería y que se olviden de brindarles los servicios que necesita para mejorar su estadía en la Universidad”.<sup>1</sup> Para 1986, los observadores interesados en el movimiento estudiantil universitario, y los estudiantes mismos, ya estaban comenzando a acostumbrarse a lo que parecía “la oleada liberal” que se insinuaba en la Universidad más concurrida del país, la de Buenos Aires (UBA). Tal “oleada liberal” introducía una serie de términos e ideas relativamente novedosos para el movimiento estudiantil argentino, incluyendo aquellos referidos a “mejorar la estadía” en las casas de altos estudios (tornándolas más “agradables”), que incluía, entre otras cosas, una mejora en los “servicios” que éstas debían ofrecer. Un discurso centrado en la eficiencia y el pragmatismo (frente a la “politiquería” asociada, en particular, con los radicales de Franja Morada), un énfasis en la defensa de lo “propiamente universitario” vis-a-vis otras definiciones que sacudieran al movimiento estudiantil (en lo referente a política nacional e internacional, por ejemplo), y también una serie de prácticas centradas en el orden y la prolijidad, sentaron las coordenadas de las vertientes estudiantiles liberales cuya principal expresión fue, sin dudas, UPAU. Fundada en 1982 por la convergencia de militantes de diferentes fuerzas que se autoproclamaban “de centro” –incluyendo al Partido Federal, el Demócrata Progresista y, especialmente, la Unión del Centro Democrático (UCEDE), con la cual terminó por identificarse– la UPAU se convirtió rápidamente en la competidora más seria para la Franja Morada en la UBA: en 1987,

1: Helfgot, Marcelo, “Un sorpresivo avance liberal”, en *Clarín*, 20 de octubre de 1986, p. 33.

tras haber ganado cuatro centros de estudiantes (entre ellos Derecho, Arquitectura e Ingeniería), la agrupación liberal estuvo a sólo seis votos de lograr la presidencia de la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA). A diferencia de otros movimientos de derecha a lo largo del siglo XX, UPAU reconocía la validez de dos preceptos clave de legado del movimiento de la Reforma Universitaria –la autonomía y el gobierno tripartito. Sin embargo, contextualmente, UPAU desafiaba al resto de las agrupaciones que se reconocían como herederas de la reforma en un punto significativo: no avalaba el ingreso “irrestricto” a las universidades, enarbolando explicaciones a la vez meritocráticas y eficientistas.

Una exploración a los modos de conformación y gravitación de UPAU en ese quinquenio que fue desde 1982 hasta 1987 permite iluminar aspectos significativos de la (todavía) escasamente conocida historia del movimiento estudiantil en esa década clave, “transicional”. Este capítulo propone un recorrido a la vez cronológico y problemático por esa historia. En primer lugar, el capítulo se detiene en el análisis de las coordenadas fundamentales del movimiento estudiantil, especialmente en la UBA, en el contexto 1981-1983, dando cuenta de los intentos de rearticulación organizativa –en comisiones pro-centro, en federaciones–, y de los principales reclamos. En particular, el capítulo da cuenta de la emergencia de las así llamadas “agrupaciones independientes” en su vertiente derechista, ya que parte de sus propuestas y de sus núcleos discursivos fueron retomados y tensionados por UPAU. Como lo señalaban observadores de época, una vez normalizado el funcionamiento del movimiento estudiantil tras las elecciones de octubre de 1983 que llevaron a Raúl Alfonsín a la presidencia de la nación, aquellas agrupaciones cedieron terreno frente a otras, identificadas con fuerzas políticas a escala nacional: fue en ese pasaje donde se inscribió la consolidación de UPAU. En segundo lugar, entonces, el



capítulo explora las condiciones políticas, intra- y extra-universitarias, que facilitaron la consolidación de UPAU, que en el trienio 1984-1986 fue perfilándose como una posición crítica acérrima de lo que se entendía como la “universidad desbordante”, esto es, la universidad en proceso de pronunciada masificación, asociada a lo que los liberales veían como la mala “gestión” de los administradores radicales. El discurso de la eficiencia y el énfasis en la prolijidad se combinaban con un intento de sostener las demandas y los lenguajes de la democracia. Esa combinación fue clave para que UPAU consolidara su gravitación en el último tercio de la década de 1980. En tercer lugar, así, el capítulo intenta comprender algunos sentidos de la “avalancha liberal” entre la juventud universitaria, una dinámica evidente ya en 1987. Ese dato –la relevancia de UPAU en las preferencias de los universitarios– permite avanzar en una mejor comprensión de las transformaciones en la interrelación entre cultura, política y juventud en la década de 1980, y dotar de nuevos interrogantes a lo que los contemporáneos solían denominar la “apatía” juvenil respecto a la política.

### **Los “hijos de la dictadura”**

Desde 1974 y, profundizándose, a partir de la dictadura impuesta en 1976, las condiciones para el activismo y la organización se cercenaron profundamente para los estudiantes universitarios. Ya la ley universitaria sancionada en marzo de 1974 prohibía explícitamente “en el ámbito de la Universidad el proselitismo político partidario o de ideas contrarias al sistema democrático que es propio de nuestra organización nacional”.<sup>2</sup> La ley cerraba, de esa ma-

2: “Ley Universitaria”, *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados*, v. 7, 13-14 de marzo de 1974, p. 6212.

nera, el espacio universitario para la actividad política, y abrió el camino para que, en su cumplimiento, se intervinieran las casas de altos estudios. Tal fue lo sucedido en septiembre de 1974, cuando la llamada “misión Ivanissevich” llevó adelante, para la UBA, una tarea de “depuración” de la planta docente y de los programas de estudio, a la vez que limitaba la organización estudiantil –una limitación que tomaba modos más dramáticos con la acción de grupos para-policiales y la presencia de efectivos policiales en las casas de altos estudios. Esas coordinadas fueron aún más sistemáticas a partir de 1976, cuando las universidades como espacios políticos e institucionales, y los estudiantes como actores, fueron uno de los blancos del régimen militar.<sup>3</sup> El informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, *Nunca más*, indicaba que el 21 por ciento de las personas “desaparecidas” eran estudiantes –en su mayoría, universitarios.<sup>4</sup> Fundadas en esa modalidad de creación de un “orden”, las autoridades universitarias apuntaron a la construcción de espacios despolitizados –la contracara de lo que, en su visión, había sido la universidad anterior, la del “caos”– basados en la consagración de jerarquías, y también reducidas en sus dimensiones. En esas condiciones de cerrazón, algunas organizaciones estudiantiles ligadas a los partidos políticos que conservaran un estatuto de semi-legalidad intentaron proseguir con actividades. Así, por ejemplo, la Franja Morada y otras ramificaciones de la Unión Cívica Radical, la Federación Juvenil Comunista y el Movimiento Nacional Reformista (ligado a diferentes vertientes

3: Rodríguez, Laura Graciela, *Universidad, peronismo y dictadura (1973-1983)*, Buenos Aires: Prometeo, 2016; Seia, Guadalupe, “La Universidad de Buenos Aires entre la ‘Misión Ivanisevich’ y la última dictadura, 1974-1983”, Tesis de Maestría, UNGS-IDES, 2016.

4: Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, *Nunca más*, Buenos Aires: EUdeBA, 1984.

del socialismo), intentaron sostener el funcionamiento de las federaciones clásicas (la Federación Universitaria Argentina [FUA]), la Federación Universitaria de Buenos Aires [FUBA]) y algunos centros de estudiantes.<sup>5</sup>

A partir de 1981, en el marco de la primera “apertura” política –asociada con la presidencia del General Roberto Viola– y también de la puesta en práctica de una política de arancelamiento, se transformaron las condiciones para el activismo estudiantil. Una de las últimas medidas anunciadas por el segundo Ministro de Educación en el gobierno de Jorge Rafael Videla, el doctor Juan Rafael Llerena Amadeo, fue la decisión gubernamental de arancelar los estudios universitarios, justificándola en tanto búsqueda de “solidaridad social”: esto es, los estudiantes que pudieran pagar “subsidiarían” a aquellos que no pudieran hacerlo, para quienes se preveía un sistema de becas.<sup>6</sup> Esta decisión se superponía con otra política de corte restrictivo, que era la imposición de cupos de ingreso en cada universidad, facultad y carrera. En 1981, al mismo tiempo que se establecían los aranceles, a la UBA se le asignaron 9.500 cupos (en el último año de ingreso irrestricto, 1974, la UBA recibió a 80.000 ingresantes).<sup>7</sup> Las autoridades educativas y nacionales que sucedieron a la administración de Videla acordaron mantener esas decisiones. Sin embargo, en medio de las disputas

5: Beltrán, Mónica, *La Franja*, Buenos Aires: Aguilar, 2013; Casola, Natalia, *El PC argentino y la dictadura militar*, Buenos Aires: Imago Mundi, 2016; Luciani, Laura, *Juventud en dictadura: representaciones, políticas y experiencias juveniles en Rosario, 1976-1983*, La Plata: Libros de la Buena Memoria, 2017, pp. 199-257; Seia, Guadalupe, “La Universidad de Buenos Aires entre la ‘Misión Ivanisevich’ y la última dictadura, 1974-1983”, op. cit.

6: Salonia, Antonio, “Panorama educativo: ¿solidaridad o elitismo?”, en *Clarín*, 21 de enero de 1981, p. 25.

7: “Se asignaron los cupos universitarios”, en *Clarín*, 22 de noviembre de 1980, p. 33.

internas de las fuerzas armadas y el creciente desprestigio del régimen –que no podía contener la acelerada crisis económica a escala doméstica, ni las críticas de la comunidad internacional por las violaciones a los derechos humanos– también abonaron por una “apertura política”.<sup>8</sup> Fue en ese marco de “apertura” cuando, a escala nacional, se conformó la UCEDE, la fuerza política de derecha liberal con la cual UPAU se identificaría por completo en 1986.

En lo tocante a la vida de las juventudes universitarias, la invocada “apertura política” tuvo, en 1981, dos importantes ramificaciones. Primero, en la UBA –y también en la Universidad Nacional de Rosario– las fuerzas políticas que mantuvieron algún grado de actividad en el quinquenio precedente fueron la punta de lanza para los intentos de rearticulación de centros de estudiantes, frecuentemente con la creación de comisiones “pro-centros” o, en algunos casos, incipientes cuerpos de delegados. Las demandas concretas de ese año fueron las relativas a la oposición a los aranceles y, cuando fueron anunciados, también a los cupos de ingreso. En Buenos Aires, esas actividades y activistas convergieron en la primera manifestación pública al Ministerio de Educación, el 22 de octubre de 1981, en la cual un millar de estudiantes universitarios intentó entregar un petitorio a las autoridades y fueron severamente reprimidos (tanto ellos como los periodistas).<sup>9</sup> Tanto la convocatoria per se como su represión, marcaban las potencialidades de, y los límites a, la organización estudiantil. Al ser consultado, el Ministro de Educación de la administración Viola, Carlos Burundarena, planteó que la mentada “apertura” implicaba el “inicio del diálogo” con los estudiantes, pero “de forma individual, y no con

8: Canelo, Paula, *El proceso en su laberinto*, Buenos Aires: Prometeo, 2009.

9: “Se reprimió una manifestación estudiantil”, en *Clarín*, 23 de octubre de 1981, p. 9; “Se sancionará a los policías agresores”, *Clarín*, 24 de octubre de 1981, 4.

entidades no reconocidas” (en una obvia referencia a las federaciones y los centros).<sup>10</sup> Esa convocatoria a “individuos” era la que, al menos en la UBA, venía desarrollando el por entonces rector Lucas Lennon. En julio de 1981, por ejemplo, Lennon se había reunido con veinte estudiantes previamente seleccionados para conocer sus “inquietudes y problemas”. El representante de los estudiantes de Derecho, por ejemplo, le hizo llegar sus cuestionamientos al estado higiénico de su facultad, mientras que el estudiante de Ciencias Económicas Martín Redrado se quejó de la “baja calidad académica de los ayudantes”, quienes, según precisó, “hablan sin las eses”.<sup>11</sup> La segunda ramificación de la “apertura” era ésta: convocados por las autoridades para un “diálogo” guionado por ellas, núcleos estudiantiles fueron tomando la forma de “agrupaciones independientes”, en su vertiente derechista.

En el bienio 1982-1983, las agrupaciones independientes de derecha tuvieron una gravitación significativa en las facultades más grandes de la UBA –aunque también en otras universidades nacionales, como Córdoba. Los “independientes de derecha” –como se los llamaba– compartían con sus homónimos de izquierda una desconfianza plena en los partidos, y más precisamente en cómo se gestionaban las relaciones entre movimiento estudiantil y partidos –interpretaciones en las cuales se jugaban, también, memorias sobre los vaivenes de esas relaciones en el mundo universitario de comienzos de la década de 1970.<sup>12</sup> Aun con su crítica hacia el mundo partidario, los “independientes de izquierda” planteaban que los

10: “Vientos y tempestades”, en *Clarín*, 28 de octubre de 1981, p. 15.

11: Salonia, Antonio, “Los estudiantes piden la palabra”, en *Clarín*, 15 de Julio de 1981, pp. 15-6.

12: Para una interpretación de alguien que inició su activismo estudiantil en una agrupación independiente de izquierda, ver el testimonio de Andrés Delich en Toer, Mario, *El movimiento estudiantil, de Perón a Alfonsín*, vol. 2, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1988.

estudiantes debían darse discusiones acerca de política nacional –e internacional–, mientras que los de “derecha” abogaban por un gremialismo más estricto. Así, en el bienio 1982-1983, florecieron agrupaciones que procuraban distanciarse de las tradiciones políticas estudiantiles previas, ya desde sus nombres: Quantum (Ingeniería); Sinapsis (Medicina); Nexo-Revalúo (Económicas) o Nobis (Filosofía y Letras) se ubicaron en la derecha del espectro “independiente”. Y, de hecho, su propio independentismo fue puesto en duda, ya que desde la prensa y desde el resto de las agrupaciones se solía recordar que su emergencia estuvo dada por el llamado al “diálogo” desde arriba, y su permanencia en el tiempo ligada a los vínculos con diferentes agentes del gobierno militar (se remarca, por ejemplo, el buen trato de los estudiantes de Quantum con el Ministro Burundarena, o la participación de familiares de Albano Harguindeguy entre los promotores de los “independientes” de la Facultad de Veterinaria).<sup>13</sup> Más allá de la veracidad de esas aseveraciones, las posiciones defendidas por los “independientes de derecha” –el apoliticismo, el gremialismo estricto– tuvieron eco entre los cuerpos estudiantiles más amplios.

Desde noviembre de 1982 hasta mediados de 1983, en todas las facultades de la UBA se realizaron elecciones de centros de estudiantes que posicionaron a los “independientes” como segunda fuerza entre las preferencias del alumnado. Como lo ha mostrado el historiador Yann Cristal, esas elecciones marcaron la consolidación de Franja Morada (y otras agrupaciones radicales) como la fuerza hegemónica entre los estudiantes de la UBA, en un proceso simbiótico con la creciente gravitación de Raúl Alfonsín como candidato radical. En su reverso, las fuerzas vinculadas al peronis-

13: Finoli, Horacio, “Las líneas estudiantiles”, en *Clarín*, 14 de septiembre de 1983, pp. 16-7.

mo y a la izquierda (ya fuera comunista o maoísta) habían perdido mucho terreno en las preferencias estudiantiles en comparación al que tuvieran una década antes. Con una tasa de participación que rondó al 52 % del padrón (algo que hablaba del interés estudiantil en la participación), la Franja Morada obtuvo la conducción de ocho centros de estudiantes, los independientes se hicieron con tres, y la Juventud Universitaria Intransigente (JUI, brazo universitario del Partido Intransigente) se quedó con los dos restantes.<sup>14</sup> Los “independientes de derecha”, una de las grandes sorpresas de la elección, recogieron el 25 % de las preferencias, constituyéndose de modo contextual en la segunda fuerza en la UBA, y dotándose además de una escala mayor, ya que ganaron también el centro de estudiantes de Medicina de la Universidad Nacional de Córdoba. Para consolidar esas posiciones, en agosto de 1983 decidieron formar la Mesa de Estudiantes Independientes (mientras que los independientes de izquierda conformaron un Bloque), que intentaría hacer valer los números en la reorganización de las federaciones, que tuvo lugar cuando Alfonsín ya había sido electo presidente.<sup>15</sup>

Esas agrupaciones independientes, que muchos tildaban como “hijas del proceso”, tuvieron su cénit en las dinámicas de reorganización de los centros, pero también encontraron allí su techo, ligado a la preeminencia que en el contexto post 1983 adquirieron los partidos en la formación y transformación del movimiento estudiantil. En tal sentido, en agosto de 1983 terminaba de consolidarse la formación de UPAU. Su dirigente más visible, el por entonces estudiante de Derecho de la UBA Carlos Maslatón,

14: Cristal, Yann, “El movimiento estudiantil en la Universidad de Buenos Aires al final de la última dictadura (1982-3)”, en *Sociohistórica*, N° 40, 2017.

15: “Forman una coordinadora de alumnos independientes”, en *Clarín*, 22 de agosto de 1983, p. 26; “El fenómeno independiente”, en *Clarín*, 25 de agosto de 1983, p. 26.

coincidía con otros dirigentes estudiantiles en visualizar a las agrupaciones independientes de derecha como “la expresión universitaria del Proceso, de la universidad del silencio”. Maslatón pretendía recalcar las diferencias: UPAU era expresión política “del centro” que en el terreno universitario –porque todavía no en la política nacional– unificaría a militantes provenientes de la UCEDE, del Partido Federal, y de otras fuerzas menores con todos los estudiantes que se asumieran como liberales.<sup>16</sup> En los años que siguieron, UPAU recogió las reivindicaciones gremiales que supieron delinear las agrupaciones independientes de derecha (incluyendo aquellas centradas en las condiciones edilicias), se posicionó como posiblemente aquellas lo hubieran hecho respecto a los temas candentes de la vida universitaria (en particular, los ingresos), y se alzó con sus votantes. Como el resto de las fuerzas políticas mayoritarias en el universo estudiantil, UPAU también hizo profesión de fe democrática en lo referente a la vida política nacional y “reformista” en relación con la vida universitaria. También muy rápidamente delineó sus críticas prácticas a los modos en que la universidad se regía, al criterio de sus militantes y dirigentes, por la “politiquería” y la ineficiencia.

### **La “universidad desbordante”**

El 10 de diciembre de 1983, en su mensaje de apertura de la Asamblea Legislativa, el presidente Raúl Alfonsín intentó, por un lado, sintetizar los males que –a su juicio– aquejaban a la sociedad argentina tras la última dictadura y, por otro, formular líneas maestras para dar sustentabilidad a un orden político democrático.

16: “UPAU, la expresión del centro político en las universidades”, en *La Nación*, 15 de agosto de 1983.



co. Mientras en la síntesis de males destacaba la violación de los derechos humanos, la desindustrialización, la pobreza y la deuda externa, precisaba que el nuevo orden necesitaba más que la vigencia del estado de derecho: su continuidad requería la movilización popular. “La democracia moviliza y el régimen desmoviliza”, sostenía, y agregaba: “el régimen se ocupa de la desmovilización de la juventud. La democracia atiende a la movilización de la juventud”. Antes que otro segmento social o cultural, Alfonsín eligió nombrar a la juventud para trazar una línea divisoria entre el pasado del “régimen” y el presente que inauguraba.<sup>17</sup> Como en otras oportunidades en la historia argentina reciente, la “juventud” a la que hacía referencia el primer mandatario era la juventud estudiantil, y en especial universitaria. De ella se esperaba que deviniera un agente para la reconstrucción de una cultura política democrática, y la arena fundamental de su participación sería una universidad regida por los principios clave del reformismo, como la autonomía y el gobierno tripartito. Con diferentes declinaciones, los grupos juveniles ligados a los partidos políticos participaban de ese universo de creencias en torno a la democracia como un valor en sí mismo, a ser defendido dentro y fuera de las universidades. Como parte de esa dinámica, se diferenciaban también de lo que creían habían sido las relaciones entre juventud y política en la década de 1970, proponiéndose ahora una versión “madura” y jamás desestabilizadora del orden político.<sup>18</sup> Las juventudes políticas y sus ra-

17: Alfonsín, Raúl, “Mensaje del Dr. Raúl Alfonsín a la Honorable Asamblea Legislativa”, en *Discursos y mensajes presidenciales*, Buenos Aires: Secretaría de Prensa de la Presidencia de la Nación, 1984, p. 6.

18: Blanco, Rafael y Vommaro, Pablo, “Otros caminos, otros destinos: transformaciones en los espacios y prácticas cotidianas de participación juvenil en los años ochenta”; y Larrondo, Marina y Cozachcow, Alejandro, “Un llamado a la unidad: la experiencia del Movimiento de Juventudes Políticas (MOJUPO) en la transición a la democracia” en Vázquez, Melina *et al.*, (comps), *Militancias juveniles*

mas universitarias diferían, no obstante, en significativos puntos, incluyendo temas urgentes para la vida universitaria, como qué hacer con el sistema de ingresos. Ese fue, posiblemente, uno de los grandes temas a partir del cual se perfiló una identidad más acabada para UPAU en su dinámica de crecimiento en la universidad porteña.

El cuestionamiento al sistema de cupos y aranceles había formado parte de los acuerdos clave entre distintas fuerzas que motorizaron la rearticulación del movimiento estudiantil universitario a la salida de la dictadura, y sus expectativas estaban cifradas en qué haría el gobierno de Alfonsín frente a este asunto. Mientras que el nuevo Ministro de Educación, Carlos Alconada Aramburu, rápidamente anunció la restauración del principio de gratuidad (haciéndose eco de un discurso de derechos caro al alfonsinismo) y la discontinuación del sistema de cupos, fue más ambiguo en torno a las condiciones para el ingreso. Tras largas negociaciones, en las que terminó por desestimarse la continuación de exámenes (algo que también sucedió con las escuelas medias), la UBA estableció un Ciclo Básico Común (CBC) que comenzó a regir a partir de 1985.<sup>19</sup> Los resultados numéricos pronto saltaron a la vista: ya en su primer año de funcionamiento se habían inscripto 65.000 estudiantes, y en su segundo año la cifra ascendía a 76.000 (entre estudiantes del CBC y de las facultades, la UBA tenía una matriculación de 225.000 en 1986). No casualmente, observadores periodísticos comenzaban a hablar de la “universidad desbordante”, y también a dar cuenta

*en la Argentina democrática*, Buenos Aires: Imago Mundi, 2017, pp. 1-25 y pp. 51-71; Manzano, Valeria, “Para entender el psicobolchismo: juventud, cultura y política en la Argentina de la década de 1980”, Ponencia presentada en las *XVII Jornadas Inter-escuelas de Historia*, Mar del Plata, agosto de 2017.

19: Buchbinder, Pablo, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires: Sudamericana, 2007.

de cómo el sistema de ingresos se había erigido en un tema divisivo entre las fuerzas estudiantiles. En verdad, los únicos que defendían el sistema del CBC eran los radicales de Franja Morada. Entre quienes se oponían había dos grandes posiciones. En primer lugar, los militantes de las fuerzas de izquierda y de las peronistas abogaban por un “auténtico ingreso irrestricto”, considerando que el CBC era un tipo de “examen encubierto”. En segundo lugar, lo que quedaba de las agrupaciones independientes de derecha y la creciente UPAU se oponían al CBC, postulando el retorno a los exámenes de ingreso para que accedieran a los estudios universitarios “sólo aquellos capacitados y con vocación”.<sup>20</sup>

Embanderándose en un discurso meritocrático y sosteniendo que la masividad atentaba contra la eficiencia en los ámbitos universitarios, los militantes de UPAU a la vez expresaban y moldeaban opiniones que recorrían un segmento importante del estudiantado porteño, lo cual permite comenzar a explicar cómo y por qué fueron ganando posiciones entre 1984 y 1986. Según una serie de encuestas sobre los “perfiles” de los estudiantes de la UBA, en 1985 –cuando se puso en marcha el CBC– un 56 % se manifestó a favor de imponer un examen de ingreso, una cifra que ascendió a 63 % en 1988.<sup>21</sup> Esa voluntad restrictiva (de quienes ya estaban “adentro”) era, por cierto, muy novedosa y, para algunos observadores de entonces, se relacionaba con los vaivenes en las opiniones políticas y político-culturales de los universitarios. Uno de los signos de tales vaivenes era también la caída y ascenso de la participación en los procesos electorales universitarios. En 1984, por

20: Helfgot, Marcelo, “Universidad, ingreso irrestricto o encubierto”, en *El porteño*, N° 51, marzo de 1986, pp. 62-63; Levenberg, Rubén, “La Universidad desbordante”, en *El periodista de Buenos Aires*, N° 104, 5 de septiembre de 1986, p. 16.

21: Toer, Mario, *Cómo son los estudiantes: perfil socioeconómico y cultural de los estudiantes de la UBA*, Buenos Aires: Catálogos, 1990, pp. 54-55.

ejemplo, sólo un 36 % de los estudiantes de la UBA decidió votar en las elecciones de centro de estudiantes –una merma sustantiva respecto al año anterior– y, si bien volvieron a darle resultados positivos a Franja Morada (que retuvo seis centros), también mostraron que se mantenían activos los núcleos independientes y, llamativamente, que se consolidaba la JUI. UPAU, mientras tanto, se había presentado solamente en cuatro facultades de la UBA pero había obtenido ya la presidencia de tres centros de estudiantes en la Universidad Nacional de Cuyo. Al año siguiente, en la UBA, se reprodujeron aquellos guarismos generales, aunque la convocatoria a las urnas fue mucho mayor. En 1985, UPAU se presentó en todas las facultades de la UBA, y se configuró como segunda fuerza en Ciencias Económicas y Derecho. En esta última facultad, UPAU perdió ante Franja Morada por tan sólo 170 votos, y su campaña electoral se había centrado en temas en apariencia pueriles, como el reclamo para que se instalaran mayor cantidad de teléfonos públicos o que se inaugurara una playa de estacionamiento de motos.<sup>22</sup> En la Facultad de Derecho era posible identificar los años de ingreso de los votantes, y de tal manera atestiguar que los que optaron por UPAU eran, en su mayoría, ingresantes de antes de 1983. Esa constatación permitía a muchos observadores concluir que se trataba de jóvenes que tenían la “cabeza lavada por el Proceso”. Como los votantes de las agrupaciones independientes de derecha, se trataba de estudiantes supuestamente “apolíticos”, que privilegiaban ya ni siquiera lo gremial, sino ciertos signos que permitieran una “estadía más agradable en la facultad”, como diría Maslatón.<sup>23</sup> Esos signos que permitirían una “estadía más agradable” incorporaban

22: Morduchowicz, Roxana, “Elecciones en la UBA: Franja sigue en la punta”, en *El periodista de Buenos Aires*, N° 58, 18 de octubre de 1985, p. 9.

23: Helfgot, Marcelo, “Movimiento estudiantil: busco mi destino”, en *El porteño*, N° 48, diciembre de 1985, pp. 30-33.

no sólo teléfonos o estacionamiento sino también restricciones al ingreso de nuevos estudiantes a una universidad que, al criterio de muchos identificados con UPAU, antes que desbordada estaba directamente “colapsada”.<sup>24</sup>

A partir de los cuestionamientos a esa universidad masificada –una dinámica que, a su criterio, atentaba contra el “bienestar”–, en sus años de crecimiento UPAU procuró diferenciarse de sus principales competidores: mientras que fue “deglutiendo” a los votantes de las agrupaciones independientes de derecha (extintas para 1986), también su identidad se remarcaba por oposición a otras agrupaciones. Uno de los terrenos en el cual se diferenciaba más profundamente era el de la política de derechos humanos y la solidaridad internacional. Sus líderes argüían que se trataba de temas de escaso interés para el estudiantado, y que eran “cuestiones ideologizadas”. Así, por ejemplo, una reunión plenaria de la FUBA en diciembre de 1984, decidió levantar la sesión para concurrir a la Marcha de la Resistencia de las Madres de Plaza de Mayo, a la vez que sacaba un documento en solidaridad con la Revolución Nicaragüense. Los delegados de UPAU –por entonces poco numerosos– lanzaron su propio documento, en el que cuestionaban no solamente la “solidaridad” de la FUBA hacia un proceso revolucionario que ellos no consideraban legítimo y, asimismo, que se levantara la sesión para marchar con las Madres ya que eso no implicaba una “verdadera política de derechos humanos” que, a su criterio, debía “condenar a todos los excesos de violencia”.<sup>25</sup> Los representantes de UPAU llevaban a la FUBA –y al movimiento estudiantil en general– las posiciones de la derecha política en un contexto en el cual

24: “Franja Morada ganó en derecho de la UBA”, en *Clarín*, 14 de octubre de 1985, p. 33.

25: “Solidaridad de la FUBA con Nicaragua y Chile”, en *Clarín*, 22 de diciembre de 1984, p. 31.

la CONADEP ya había hecho públicos los resultados de su informe sobre la violación de los derechos humanos durante la última dictadura, y estaban comenzando a perfilarse los Juicios a las Juntas Militares. El reclamo de la condena a “todos los excesos de violencia” implicaba una lectura literal de la “teoría de los dos demonios” y, más precisamente, el rechazo a los modos en que el gobierno de Alfonsín, se creía, privilegiaba la condena a los agentes estatales.<sup>26</sup> Asimismo, como lo señalaba aquel documento de 1984 y cristalizaría mucho más en el bienio siguiente, la dirigencia de UPAU también cuestionaba la solidaridad de otras agrupaciones estudiantiles –desde la Franja Morada hasta la JUI y la FJC– con la Revolución Nicaragüense (expresada, por ejemplo, en la organización de las “brigadas del café”) y con la resistencia del movimiento estudiantil chileno a la dictadura de Augusto Pinochet.<sup>27</sup> En la campaña electoral por la elección del Centro de Estudiantes de Ingeniería en 1986, de hecho, UPAU focalizó en la oposición a esa solidaridad, y estuvo a sólo siete votos de alzarse con el tradicional centro La Línea Recta, constituyendo la primera señal fuerte de la competencia liberal a la hegemonía de los radicales.<sup>28</sup>

Y fue, de hecho, con las agrupaciones radicales con las cuales UPAU establecería su competencia más directa y enconada. Como el resto de las agrupaciones, para mediados de la década de 1980 los militantes (y posiblemente votantes) de UPAU concebían a la Franja Morada más como una emisaria del gobierno nacional en la universidad que como una entidad representativa de los in-

26: Crenzel, Emilio, *La historia política del Nunca Más*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.

27: Fernández Hellmud, Débora, *Nicaragua debe sobrevivir*, Buenos Aires: Imago Mundi, 2015.

28: Helfgot, Marcelo, “Un sorpresivo avance liberal”, en *Clarín*, 20 de octubre de 1986, p. 32.

tereses estudiantiles (como quiera se concibiera a esos intereses). Las críticas a la Franja Morada, así, vehiculizaban también las críticas al gobierno nacional en general, y a sus políticas universitarias en particular. Como se mencionó, uno de los mojones críticos tenía que ver con el sistema de ingresos a la universidad, y tras el establecimiento del CBC para la Universidad de Buenos Aires, los cuestionamientos arreciaron desde todos los rincones del espectro político. A sus propuestas de tipo programático respecto al ingreso con examen, los militantes de UPAU sobreimprimían un cuestionamiento en torno a cómo la Franja Morada usaba –a su modo de ver– crecientemente la venta de servicios (fotocopias, en particular), como una caja chica para la agrupación, y una “bolsa de trabajo” para sus miembros. Más aún, los representantes de UPAU concebían que se trataba de fuentes de corrupción y que, encima, los “servicios son malos”.<sup>29</sup>

La crítica a la ineficiencia radical en el marco de una “universidad desbordante”, cuya matrícula se proponía restringir a partir de los exámenes de ingreso, se sumaba a los cuestionamientos a los modos en que el movimiento estudiantil de mediados de la década de 1980 –hegemonizado por las agrupaciones radicales– hacía propio, reactualizándolo, uno de los “legados” del movimiento reformista, a saber, el antiimperialismo (materializado en la solidaridad con Nicaragua y Chile). UPAU, perfilándose como la fuerza principal de la derecha liberal y, ya para 1986, como una competidora seria de las agrupaciones radicales, no desconocía otros “legados” del reformismo, como la autonomía universitaria y el gobierno tripartito. En particular, compartía con la Franja Morada una defensa de los canales estrictamente representativos como vehículos

29: Seoane, María y Levenberg, Rubén, “Universidad: el poder que se viene”, en *El periodista de Buenos Aires* N° 121, 2 de enero de 1987, pp. 10-11.

para la toma de decisiones estudiantiles. Así, la participación en las elecciones de centros y de las federaciones, tanto como el involucramiento “ordenado” de los representantes estudiantiles en los consejos directivos de las facultades –y el consejo superior de la universidad– se concebían como el modo excluyente de organización estudiantil, desmereciendo instancias deliberativas como los cuerpos de delegados o las asambleas. Como plantearía Carlos Maslatón en una entrevista: “esa frase tan común en alguna época, que la asamblea es soberana y puede decidir sobre cualquier cosa no es nada más que una frase, porque esa concepción es ilegal respecto al orden político vigente”.<sup>30</sup> La “legalidad” y el orden se representaban, de esa manera, como prerequisites básicos para el ejercicio de la participación estudiantil en el ámbito universitario, una participación que, en términos de UPAU, tendería exclusivamente al logro del “bienestar” de aquellos que pudieran acceder a la casa de altos estudios.

### **La “avalancha liberal”**

A lo largo de 1986, una serie de indicadores mostraban el agotamiento de la “primavera democrática” que signó al primer trienio del alfonsinismo, y que en las elecciones legislativas de 1985 se había expresado con el triunfo del oficialismo –y con el ascenso como tercera fuerza, en la Ciudad de Buenos Aires, del Partido Intransigente–. Sólo unos meses después de esas elecciones, el Plan Austral iniciaba su naufragio (ante la imposibilidad de contener el ciclo inflacionario), y también se complicaba la así llamada “cuestión militar”. Alfonsín ya había sentado las bases de su política de juzgamiento a los militares en su campaña electoral, pero

30: Toer, Mario, *El movimiento estudiantil*, op. cit., p. 206.



fue en 1986 y 1987, en medio de asonadas militares, cuando el gobierno promovió las leyes de “Punto Final”, que ponía fin a nuevos juzgamientos, y de “Obediencia Debida”, que exceptuaba de juzgamiento por violación a los derechos humanos a los militares de menor jerarquía. Contemporáneamente, varios núcleos juveniles entendieron que esas leyes representaban un desvío fundamental con respecto a las políticas tendientes a la verdad y la justicia que la nueva democracia había prometido, y esa creencia estuvo en la base, por ejemplo, de fraccionamientos dentro de la Franja Morada. En el mundo universitario, mientras tanto, también en 1986 se profundizaban los reclamos por el aumento del presupuesto (para hacer frente a la dinámica de masificación en curso), y a fines de ese año fueron por primera vez reprimidas, tras el retorno a un orden político democrático, acciones callejeras llevadas adelante por estudiantes de las facultades de Filosofía y Letras, Sociales y Ciencias Exactas, cuyos centros estaban conducidos por la JUI, sectores del peronismo e independientes de izquierda que hasta muy poco tiempo antes habían podido sostener acuerdos con la Franja Morada, que ahora se resquebrajaban.<sup>31</sup> Para 1987, todos esos signos críticos se conjugaron. A nivel nacional, el oficialismo perdió las elecciones legislativas y provinciales, y la UCEDE ocupó el tercer lugar, que sólo dos años antes ocupara el Partido Intransigente. En el terreno universitario esa dinámica se replicaba. En la UBA, la “avalancha liberal” de UPAU se hizo fuerte en las elecciones de centros de estudiantes, disputándole hasta último momento la conducción de la FUBA a los radicales. Esa “avalancha” comenzaba a cerrar el proceso transicional, y a la vez abría una interrogación sobre las

31: Una evaluación de ese contexto en Cristal, Yann, “El movimiento estudiantil de la UBA, de la ‘primavera’ al desencanto”, Ponencia presentada en las *Jornadas Juventudes Universitarias en América Latina, ayer y hoy*, Universidad de Buenos Aires, mayo de 2017.

relaciones entre juventudes y política en el tercio final de la década de 1980, signadas por nociones de “desencanto” y “apatía”.

La “avalancha liberal” cristalizó en 1987, renovando profundamente las líneas medulares del movimiento estudiantil universitario y su relación con la política. En las elecciones para centros de estudiantes de la UBA, UPAU ganó en cuatro facultades: Veterinaria, y las muy numerosas Arquitectura y Diseño, Ingeniería y Derecho. Sin ser sorprendente, la victoria fue impactante para propios y ajenos. El nuevo presidente del centro de estudiantes de derecho, Juan Curutchet, se auto-congratulaba por la “sintonía” que, a su criterio, su agrupación había logrado con el estudiantado en general. De modo quizá ambiguo, Curutchet señalaba que UPAU se alineaba con una tendencia interna de la UCEDE –la acaudillada en la Ciudad de Buenos Aires por Adelina Dalesio de Viola–, pero que de todas maneras se trataba de una “fuerza apolítica”, ya que, en la universidad, sólo pugnaba por reivindicaciones gremiales.<sup>32</sup> Esa misma ambigüedad respecto a la “apoliticidad” de la agrupación era expresada por Alejandro Perazzo, el presidente del centro de estudiantes de Ingeniería. Una vez electo, Perazzo reiteró las convicciones de la agrupación respecto a la restitución de los exámenes de ingreso, y precisó una nueva demanda: “firmar convenios con empresas para que los estudiantes universitarios accedan a capacitación laboral”.<sup>33</sup> El énfasis en las restricciones, el lenguaje de la eficiencia para la prestación de “servicios”, y ahora la búsqueda de acuerdos con empresas, conformaban la paleta programática de UPAU, una agrupación pretendidamente apolítica aunque decididamente liberal. Los dirigentes estudiantiles de otras fuerzas

32: “Por una universidad apolítica”, en *Página 12*, 13 de octubre de 1987, p. 19.

33: “Popular no es igual a populismo”, en *Clarín*, 9 de septiembre de 1987, p. 33.

políticas pretendían desenmascarar esa dualidad entre liberales de la UCEDE que se auto-representaban como apolíticos. Mientras que un dirigente de la FJC repartía responsabilidades entre la Franja Morada y las agrupaciones peronistas por “haberle abierto el camino a la derecha”, un dirigente de la Franja Morada de Derecho fue más reflexivo: “son el lobo disfrazado de cordero que oculta su intención de destruir a la universidad estatal o de someterla a los dictados del imperialismo, enmascarándose en una serie de reivindicaciones gremiales pretendidamente apolíticas”.<sup>34</sup>

Tanto los críticos desde el movimiento estudiantil como otros observadores contemporáneos coincidían en remarcar la novedad que significaba esa “avalancha liberal” entre los estudiantes universitarios, entendiéndola como parte de un giro a la derecha de las clases medias en general. Lamentablemente, aun carecemos de estudios históricos que ayuden a explicar la gravitación de la UCEDE en el espacio de la derecha liberal y, de manera específica, su relación con UPAU. Un ensayo pionero de Carlos Altamirano, sin embargo, apunta pistas para comprender el éxito aparente de la UCEDE que, con las mediaciones del caso, pueden ser también de utilidad para comprender el éxito de UPAU. En aquel ensayo, Altamirano proponía entender a la UCEDE como la expresión más prístina de un “partido del mercado” que, como sucedía con su rival “partido del estado”, designaba, antes que un “partido” per se, una constelación de intereses y tendencias. Tal “partido del mercado” evocaba una constelación ideológica que procuraba interpelar al “hombre común”, despojado de su condición de clase o locación social (la famosa “Doña Rosa” a la que hacía alusión Bernardo Neustadt, el adalid liberal de los medios y patrocinador

34: Levenberg, Rubén, “La inflación liberal”, en *El periodista de Buenos Aires*, N° 168, 27 de noviembre de 1987, p. 8.

de la carrera política de Adelina Dalesio de Viola). Ese “hombre común” era representado como “sufriendo la opresión de un estado intervencionista, de una burocracia ineficiente, de unos servicios deteriorados que ésta administra y, en general, de todos los productos de las ideologías estatistas y colectivistas”.<sup>35</sup> En el terreno universitario, UPAU también pretendía hablarle al “estudiante común”, a quien suponía asediado por la ineficiente burocracia de una universidad que ofrecía servicios “deteriorados”, que se constituía como un obstáculo, antes que un agente facilitador, de su realización personal. Frente a ese panorama, la apuesta fundamental –del partido y de UPAU– pasaba por poner límites estrictos a las dimensiones y al accionar del estado/la universidad para garantizar la libre competencia y los derechos (asumidos siempre en términos individuales) a la educación y al bienestar. Por supuesto se trataba de un discurso ideológico y político, pero uno que insistía con constituirse también en un discurso del orden. En el terreno universitario, ese orden implicaba confinar la política a la gestión de los autorizados (los representantes que, elegidos por sus pares, actuarían en centros y consejos) y minimizar los canales y momentos de participación de los “estudiantes comunes”.

La “avalancha liberal” coincidió y, en buena medida, ayudó a modelar un clima de creciente desmovilización política entre los estudiantes universitarios. A comienzos de 1988, un informe basado en entrevistas a “viejos jóvenes” militantes de Renovación y Cambio de la UCR, el PJ y el PI, comenzaba planteando que “hace no demasiado tiempo, una camada juvenil se sumó a la política, a los partidos, donando parte completa de su tiempo libre a la ‘vida’, la ‘revolución’ o el ‘cambio’”, pero que muchos de esos jóvenes ha-

35: Altamirano, Carlos, “¿Realmente, hay una nueva derecha en la Argentina?”, en *Nueva Sociedad*, N° 102, Julio-agosto de 1989, p. 43.

bían desertado. Uno de los entrevistados era Ernesto Semán, quien fuera uno de los responsables de la rama secundaria del PI, y planteaba que no solamente su partido había entrado en crisis, sino que él “había entrado en crisis con su partido”.<sup>36</sup> En ese mismo 1988, Pablo Avelluto lanzó la primera piedra en un debate en la revista *El porteño*, al escribir un mapa de los gustos juveniles, asociando la participación política con el pasado que “ya no vuelve y encima me harta”. Algunos periodistas usaron el término “postmoderno” como insulto para descalificar esa posición.<sup>37</sup> Ese debate ponía el acento en el malestar, aunque también en la percepción de una novedad cuya asimilación resultaba difícil. El término “postmoderno”, al menos en su irrupción inicial en estos temas, indicaba tanto consumismo y frivolidad como apatía y superficialidad, y los votantes de UPAU parecían condensar todos esos sentidos. Los votantes y también los dirigentes: en un comentario sobre las elecciones en el centro de estudiantes de derecho de la UBA, un periodista contaba la anécdota de que “los chicos” de la Franja Morada y de UPAU competían entre sí para ver quién ensuciaba menos las paredes: “todo muy light, muy postmoderno”, opinaba.<sup>38</sup>

Los sentidos contextuales de “postmoderno” se entretejían, a fines de la década de 1980, con la percepción de una creciente apatía y desencanto. Si bien recorrían todo el comentario cultural y político, se anidaban con mayor ahínco a la hora de evaluar las transformaciones en las relaciones entre juventudes y política, y los votantes y militantes de UPAU eran el epitome de la novedad.

36: “Adiós al partido”, en *El periodista de Buenos Aires*, N° 173, 8 de enero de 1988, pp. 9-11.

37: Avelluto, Pablo, “Esos raros peinados nuevos”, en *El porteño*, N° 77, mayo de 1988, pp. 51-53; “Discuten los de veinte: el tesoro de la juventud”, en *El porteño*, N° 78, junio de 1988.

38: Helfgort, Marcelo, “El look ‘tranqui’ de los ochenta”, en *El porteño*, N° 77, mayo de 1988.

Sin embargo, la dirigencia de UPAU estaba lejos de desentenderse de la “política”, aun cuando la vivenciara en términos y experiencias más ligadas a la “gestión” (un viraje que la militancia de Franja Morada ya había hecho desde mediados de la década).<sup>39</sup> En el caso de la militancia de UPAU –y de la UCEDE–, buena parte le dio el apoyo explícito a Carlos Menem, yendo a ocupar posiciones en la administración de la Ciudad de Buenos Aires y en otras áreas de gobierno. Aunque mucho trabajo es necesario para reconstruir esas trayectorias, es probable que haya sido el menemismo el mayor beneficiario de ese proyecto delineado hacia 1983 por el puñado de dirigentes estudiantiles que crearon UPAU, quienes expresamente decían concebir su participación en la política universitaria como preparación para “un liderazgo liberal del futuro”.<sup>40</sup>

## Conclusiones

En las postrimerías de la última dictadura militar se gestó un espacio político universitario que expresamente se identificaba con las ideas liberales de “centro” o de derecha. Haciéndose eco de la pregnancia de las concepciones en torno a la democracia como un valor en sí mismo a ser defendido, ese espacio político –cuyo baluarte fue UPAU– también vindicó los “legados” más básicos del movimiento de la Reforma Universitaria en lo referente a la autonomía y el gobierno tripartito. Esas coordenadas permiten comenzar a dar cuenta de la originalidad de UPAU en la historia del

39: Para una aproximación a esa “profesionalización” de la militancia de Franja Morada, véase Blanco, Rafael y Vommaro, Pablo, “Otros caminos, otros destinos: transformaciones en los espacios y prácticas cotidianas de participación juvenil en los años ochenta”, op. cit.

40: “UPAU, la expresión del centro político en las universidades”, en *La Nación*, 15 de agosto de 1983.

movimiento estudiantil en la Argentina del siglo XX: se trató, posiblemente, de una de las pocas fuerzas políticas que pudo combinar un explícito posicionamiento en la derecha del espectro político con una vindicación (aunque más no fuera nominal) de la Reforma Universitaria. De hecho, en 1988, al cumplirse el septuagésimo aniversario de la Reforma, *Página 12* produjo un suplemento especial de conmemoración, que contaba con pequeñas solicitadas en forma de homenaje. Además de las solicitadas de la Franja Morada, la Juventud Universitaria Intransigente y la Federación Juvenil Comunista, había una de UPAU. Se trataba de un extracto de un discurso pronunciado en julio de 1918 por Oscar Laudet en el primer congreso de estudiantes convocado por la FUA, y el breve fragmento elegido por UPAU decía: “Este es un Congreso de estudiantes, y ha de estudiar los problemas con espíritu universitario. Quiero decir, que todo es ajeno a él, menos las cuestiones de pedagogía superior”.<sup>41</sup> El fragmento condensaba sucintamente el modo en que UPAU se auto-representaba: como una agrupación que limitaba su acción a lo estrictamente universitario, despojándose de “todo lo ajeno”. Una agrupación que, recostándose en un partido nacional –la UCEDE– seguía identificándose como “apolítica”.

Desde su creación en 1983 hasta su éxito mayúsculo a finales de la década, UPAU produjo esa identificación dual (apolítica y enclavada en un partido), y buena parte del derrotero que llevó a la “avalancha liberal” puede explicarse en esa clave. Como cristalización universitaria de ese “partido del mercado”, del que hablaba Carlos Altamirano, UPAU interpelaba al “estudiante común”, pretendiendo expresar y a la vez modelar lo que consi-

41: “1918 –La reforma– 1988”, Suplemento especial de *Página 12*. Agradezco a Yann Cristal haberme facilitado una copia de éste y otros materiales hemerográficos.

deraba como “sus intereses”. En el centro de esa interpretación estaba la búsqueda del “bienestar”, uno que era cada vez más esquivo en el marco de un proceso de masificación de la matrícula universitaria, especialmente en la UBA. Representada como “desbordante” y “colapsada”, la dirigencia de UPAU parecía asimilar a la universidad porteña a un “estado” en miniatura: burocrática, ineficiente, sin servicios adecuados y, para colmo de males, sujeta a la “politiquería” del resto de las agrupaciones estudiantiles. UPAU rápidamente encontró los modos de diferenciarse del resto de las agrupaciones en el mundo estudiantil. Su rechazo a la reformulación de las ideas de antiimperialismo y de acercamiento a los organismos de derechos humanos del resto de las agrupaciones que componían la FUBA, por ejemplo, era profundamente ideológico, pero también se hacía en supuesta representación de los (des) intereses del “estudiante común”, a los cuales concebía –quizá con razón– como alejados de esa agenda de preocupaciones. En igual sentido, su propuesta de retomar los exámenes como sistema para el ingreso de la universidad, también estaba basada en una constelación de ideas que pugnaban por limitar las dimensiones de lo público, ideas que evidentemente resonaban en un conjunto muy amplio de estudiantes de la UBA. En definitiva, una exploración de la trayectoria de esta agrupación abona el camino para revisar la historia del movimiento estudiantil en una década “transicional”, en la cual se fue consolidando ese “partido del mercado” del cual UPAU devino su expresión en el ámbito universitario.



## BIBLIOGRAFÍA GENERAL

**Agüero, Ana Clarisa**, “Córdoba. 1918, más acá de la reforma”, en Gorelik, Adrián y Arêas Peixoto, Fernanda (comp.), *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2016.

**Agüero, Ana Clarisa**, “El principio del fin. Tiempo y experiencia en el primer ciclo reformista”, *XVI Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia*, Mar del Plata, 2017.

**Agüero, Ana Clarisa**, “Del tiempo y la ciudad. Córdoba, 1918 y la reforma universitaria”, en AAVV, *La universidad reformada. Hacia el centenario de la Reforma Universitaria de 1918*, Buenos Aires: Eudeba-OEI, 2017.

**Almarza, Manuel, Corchón Manuel y Zemborain Rómulo**, *¡Aquí FUBA! Las luchas estudiantiles en tiempos de Perón (1943-1955)*, Buenos Aires: Planeta, 2001.

**Altamirano, Carlos**, “¿Realmente, hay una nueva derecha en la Argentina?”, en *Nueva Sociedad*, N°. 102, Julio-agosto de 1989.

**Barba, Fernando** et al., *La Universidad de La Plata en el centenario de su nacionalización*, La Plata: Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 2001.

**Baruch Bertocchi, Norberto**, *Las universidades católicas*, Buenos Aires: CEAL, 1987.

**Beigel, Fernanda**, *Misión Santiago. El mundo académico jesuita y los inicios de la cooperación internacional católica*, Santiago: LOM, 2011.

**Beltrán, Mónica**, *La Franja*, Buenos Aires: Aguilar, 2013;

**Bergel, M. y Martínez Mazzola, R.**, “América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas”, en Altamirano, Carlos (comp.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, tomo II, Buenos Aires: Katz, 2010.

**Blanco, Rafael y Vommaro, Pablo**, *Otros caminos, otros destinos: transformaciones en los espacios y prácticas cotidianas de participación juvenil en los años ochenta*, Buenos Aires: Imago Mundi, 2017.

**Bonavena, Pablo Augusto**, “Notas sobre el movimiento estudiantil de Bahía Blanca (1966-1973)”, en Buchbinder, Pablo y Califa, Juan S. (eds.), *Apuntes sobre la formación del movimiento estudiantil argentino (1943-1973)*, Buenos Aires: Final Abierto, 2010.

**Buchbinder, Pablo**, *¿Revolución en los claustros? La Reforma universitaria de 1918*, Buenos Aires: Sudamericana, 2008.

**Buchbinder, Pablo**, “La universidad y el tercer peronismo: notas sobre el debate parlamentario en torno a la Ley Taiana”, en Millán, M. (comp.), *Universidad, política y movimiento estudiantil en Argentina (entre la “Revolución Libertadora” y la democracia del ’83)*, Buenos Aires: Final Abierto, 2014.

**Buchbinder, Pablo**, *Historia de las Universidades Argentinas*, Buenos Aires: Sudamericana, 2005.

**Bustelo, Natalia**, *La reforma universitaria desde sus grupos y revistas: Una reconstrucción de los proyectos y las disputas del movimiento estudiantil porteño de las primeras décadas del siglo XX (1914-1928)*, Tesis de posgrado, Universidad Nacional de La Plata, 2015. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1307/te.1307.pdf>

**Califa, Juan Sebastián**, *Reforma y revolución. La radicalización política del movimiento estudiantil de la UBA 1943-1966*, Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 2014.

**Cancino, Hugo** (coord.), *Los intelectuales latinoamericanos entre la modernidad y la tradición, siglos XIX y XX*, AHILA/Iberoamericana/Vervuert, Frankfurt, 2004.

**Canelo, Paula**, *El proceso en su laberinto*, Buenos Aires: Prometeo, 2009.

**Caponnetto, Mario**, “Combate” (1955-1967). *Estudio e índices*, Buenos Aires: Instituto Bibliográfico Antonio Zinny, 1999.

**Carnagui, Juan Luis**, “La ley de represión de las actividades comunistas de 1936: miradas y discursos sobre un mismo actor”, en *Revista de la Escuela de Historia*, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta, año 6, vol. 1, Nº 6, 2007, pp. 161-178.

**Casola, Natalia**, *El PC argentino y la dictadura militar*, Buenos Aires: Imago Mundi, 2016.

**Cersósimo, Facundo**, “Memorias y usos públicos del pasado en torno a la ‘lucha antisubversiva’. Notas sobre Carlos Sacheri y Jordán Bruno Genta”, en *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, vol. 16, Nº 2, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Centro de Historia Argentina y Americana, 2016.

**Ciria, Alberto y Sanguinetti, Horacio**, *Los reformistas*, Buenos Aires: Jorge Álvarez, 1968.

**Comastri, Hernán**, “Política científico-tecnológica del peronismo. La deconstrucción de un consenso”, en *IX Encuentro Nacional y III Congreso Internacional de Historia Oral de la República Argentina*, Buenos Aires: Instituto de Investigaciones “Gino Germani”, 2009.

**Crenzel, Emilio**, *La historia política del Nunca Más*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.

**Cristal, Yann**, “El movimiento estudiantil de la UBA, de la ‘primavera’ al desencanto”, ponencia presentada en las *Jornadas Juventudes Universitarias en América Latina, ayer y hoy*, Universidad de Buenos Aires, mayo de 2017.

**Chiroleu, Adriana**, “La reforma universitaria”, en Ricardo Falcón (dir.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas, 1916-1930*, Nueva Historia Argentina: Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

**De Argañaraz, Juan de la Cruz**, *El freudismo reformista*, Buenos Aires: Brujas, 2007.

**Dércoli, Julián A.**, *La política universitaria del primer peronismo*, Buenos Aires: Punto de Encuentro, 2014.

**Devoto, Fernando**, “Los proyectos de un grupo de intelectuales católicos argentinos entre las dos guerras”, en Altamirano, Carlos (comp.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, tomo II, Buenos Aires: Katz, 2010.

**Di Pasquale, M.**, “Juan Manuel Fernández de Agüero y la renovación de la filosofía en la Universidad de Buenos Aires, 1821-1827”, en Di Pasquale, M. y Summo, M., *Trayectorias singulares, voces plurales*, Sáenz Peña: UNTREF, 2015.

- Di Stefano, Roberto y Ramón Solans, Francisco** (ed.), *Marian Devotions, Political Mobilization and Nationalism in Europe and Latin America*, Palgrave, 2016.
- Di Stefano, Roberto y Zanatta, Loris**, *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires: Mondadori, 2010.
- Di Stefano, Roberto**, “Por una historia de la secularización y la laicidad en la Argentina”, en *Quinto Sol*, XV/1, La Pampa, 2011, pp. 1-31.
- Di Stefano, Roberto**, *Ovejas negras. Historia de los anticlericales argentinos*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2010.
- Dussel, Enrique**. *Historia de la Iglesia en América latina. Medio milenio de coloniaje y liberación (1492-1992)*, Madrid: Mundo Negro-Esquila Misional, 1992.
- Eujanian, Alejandro**, “El novecentismo argentino: reformismo y decadentismo. La revista cuaderno del colegio novecentista, 1917-1919”, en *Estudios Sociales*, N° 21, Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2001.
- Fernández Hellmud, Débora**, *Nicaragua debe sobrevivir*, Buenos Aires: Imago Mundi, 2015.
- Ferrari, Germán**, *Símbolos y fantasmas. Las víctimas de la guerrilla: de la amnistía a la “justicia para todos”*, Buenos Aires: Sudamericana, 2009.
- Ferrás, G.**, *Ricardo Rojas: nacionalismo, inmigración y democracia*, Buenos Aires: EUDEBA, 2017.
- Ferrero, Roberto A.**, *Historia crítica del movimiento estudiantil de Córdoba. Tomo II (1943-1955)*, Córdoba: Alción Editora, 2005
- Ferreya, Silvana**, “Las comisiones investigadoras durante la ‘Revolución Libertadora’: Usos del archivo en la historiografía sobre peronismo y antiperonismo”, en *Quinto Sol*, vol. 20, N° 3, 2016, pp. 1-25.
- Filoramo, Giovanni y Menozzi, Daniele** (a cura di), *Storia del cristianesimo. L'età contemporanea*, Roma-Bari: Laterza, 2009.
- Funes, Patricia**, *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Buenos Aires: Prometeo, 2006.
- García, Susana**, “Embajadores intelectuales. El apoyo del estado a los congresos de estudiantes americanos a principios del siglo XX”, en *Estudios Sociales*, N° 19, Santa Fe, UNL, 2000.

**Halperín Donghi, Tulio**, *Son memorias*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2008.

**Halperín Donghi, Tulio**, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires: EUDEBA (1962), 2002.

**Hernández, Héctor**, *Sacheri. Predicar y morir por la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Vórtice, 2007.

**Kleiner, Bernardo**, *20 años de movimiento estudiantil reformista 1943-1963*, Buenos Aires: Platina, 1964.

**Landívar, Gustavo**, *La Universidad de la violencia*, Buenos Aires: Ediciones Depalma, 1980.

**Larrondo, Marina y Cozachcow, Alejandro**, “Un llamado a la unidad: la experiencia del Movimiento de Juventudes Políticas (MOJUPO) en la transición a la democracia”, en Vázquez, Melina *et al.*, (comps), *Militancias juveniles en la Argentina democrática*, Buenos Aires: Imago Mundi, 2017.

**Lida, Miranda**, “Los congresos eucarísticos en la Argentina del siglo XX”, en *Investigaciones y ensayos*, N°58, Buenos Aires, 2009, pp. 286-324

**Lida, Miranda**, *Historia del catolicismo en Argentina, entre los siglos XIX y XX*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2015.

**López Cantera, Mercedes**, “Detrás del debate. La cuestión comunista y la criminalización en la ley de represión al comunismo de 1936”, en *Contenciosa*, año II, N° 3, segundo semestre, 2014, pp. 1-16.

**Luciani, Laura**, *Juventud en dictadura: representaciones, políticas y experiencias juveniles en Rosario, 1976-1983*, La Plata: Libros de la Buena Memoria, 2017.

**Luna, Félix**, *Conversaciones con José Luis Romero*, Buenos Aires: Sudamericana, 1986.

**Lvovich, Daniel**, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires: Javier Vergara Editor, 2003.

**Manzano, Valeria**, “Para entender el psicobolchismo: juventud, cultura y política en la Argentina de la década de 1980”, ponencia presentada en las XVII Jornadas Inter-escuelas de Historia, Mar del Plata, agosto de 2017.

**Martín, José Pablo**, *Ruptura ideológica del catolicismo argentino. 36 entre-*

vistas entre 1988 y 1992, Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2013.

**Mauro, Diego**, “Las multitudes católicas argentinas en la primera mitad del siglo XX. Religión, política y sociedad de masas”, en *Quinto Sol*, vol. 19, N° 3, 2015.

**Mauro, Diego**, “Procesos de laicización en Santa Fe (Argentina): 1860-1900. Consideraciones sobre la «Argentina liberal y laica», en *Revista de Indias*, N° 61, CSIC, 2014, pp. 539-560.

**Mauro, Diego**, *De los templos a las calles. Catolicismo, sociedad y política en Santa Fe, 1900-1937*, Rosario: Prohistoria, 2018.

**Mayol, Alejandro, Habegger, Norberto y Armada, Arturo G.**, *Los católicos posconciliares en la Argentina, 1963-1969*, Buenos Aires: Editorial Galerna, 1970.

**Mazzei, Daniel**, “La misión militar francesa en la Escuela Superior de Guerra y los orígenes de la Guerra Sucia, 1957-1961”, en *Revista de Ciencias Sociales*, N° 13, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2002, pp. 105-137.

**Micheletti, María Gabriela**, *La universidad en la mira: la “laica o libre” y sus expresiones rosarinas 1955-1959*, Buenos Aires: Imago Mundi, 2013.

**Núñez, María Victoria**, “Pensar la Reforma a través de un Congreso de Libre pensamiento”, en XVI Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia, Mar del Plata, 2017.

**Panella, Claudio**, “Actitud: un periódico nacionalista para los estudiantes universitarios peronistas”, en XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

**Parera, Ricardo G.**, *Los demócrata cristianos argentinos: testimonio de una experiencia política*, Buenos Aires: L. Buschi, 1986.

**Pis Diez, Nayla**, “«¡Compañero trabajador, no falte!» El movimiento reformista de La Plata y la unidad obrero-estudiantil en los tempranos sesenta: acciones por una vieja bandera”, en *Revista de la Red Inter-cátedras de Historia de América Latina Contemporánea*, vol. 4, N° 6, 2017, pp. 99-114.

**Portantiero, Juan Carlos**, *Estudiantes y política en América Latina. 1918-1938. El proceso de la Reforma Universitaria*, México: Siglo Veintiuno, 1978.

**Pronko, Marcela**, *El peronismo en la universidad*, Buenos Aires: Los Libros del Rojas, 2000.

**Quijada, Mónica**, *Manuel Gálvez, 60 años de pensamiento nacionalista*, Buenos Aires: CEAL, 1985.

**Ranalletti, Mario**, “Contrainsurgencia, catolicismo intransigente y extremismo de derecha en la formación militar argentina. Influencias francesas en los orígenes del terrorismo de Estado (1955-1976)”, en Daniel Feierstein (comp.), *Terrorismo de Estado y genocidio en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo, 2009.

**Rapalo, María Ester**, *Patrones y obreros. La ofensiva de la clase propietaria, 1918-1930*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2015.

**Rodríguez, Laura Graciela**, “La Universidad Católica de La Plata. Iglesia, peronismo y sectas”, en *Revista Páginas*, vol. 6, N° 10, 2014, pp. 102-127, disponible en <http://web.rosario-conicet.gov.ar/ojs/index.php/RevPaginas/index>

**Rodríguez, Laura Graciela**, “Los católicos en la universidad: monseñor Derisi y la UCA”, en *Estudios del ISHIR*, vol. 3, N° 7, pp. 79-93, 2013, disponible en <http://www.revista.ishir-conicet.gov.ar/index.php/revistaISHIR/issue/view/31>.

**Rodríguez, Laura Graciela**, *Universidad, peronismo y dictadura (1973-1983)*, Buenos Aires: Prometeo, 2016.

**Romano, Carolina**, “La imagen como espacio de conflicto. Un episodio en el itinerario de la Reforma Universitaria de Córdoba”, XVI Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia, Mar del Plata, 2017.

**Sarlo, Beatriz**, “Vanguardia y Criollismo: la aventura de Martín Fierro”, en Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, *Ensayos Argentinos: de Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires: CEAL, 1983.

**Schenone, Gabriela**, “El accionar del estudiantado católico en la UNC durante la Reforma Universitaria de 1918”, en *Modernidades*, N° 11, 2011.

**Schenone, Gabriela**, “La praxis y el discurso contra la Reforma Universitaria de 1918. Aproximaciones desde la mirada del diario Los Principios”, en Vidal, Gardenia y Blanco, Jessica (comp.), *Catolicismo y política*

en Córdoba. Siglos XIX y XX, Córdoba: Ferreyra Editor, 2010.

**Seia, Guadalupe**, “La Universidad de Buenos Aires entre la «Misión Ivanisevich» y la última dictadura, 1974-1983”, Tesis de Maestría, UNGS-IDES, 2016.

**Selser, Gregorio**, *El Onganiato*, Buenos Aires: Hispamérica, 1973.

**Sigal, Silvia**, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires: Puntosur Editores, 1991.

**Tcach, César**, “La derecha ilustrada: Carlos Ibarguren, Nimio de Anquin y Lisardo Novillo Saravia (h)”, en *Estudios Digital II*, CEA, 2009, pp. 1-6.

**Tcach, César**, “La Unión Nacional Fascista y *La Página de Italia*”, en *Estudios Sociales*, N° 35, Santa Fe, UNL, 2008.

**Tcach, César**, “Las culturas políticas del antirreformismo en el siglo XX: matriz clerical y matriz estatal-verticalista”, en AAVV, *La universidad reformada. Hacia el centenario de la Reforma Universitaria de 1918*, Buenos Aires: EUDEBA, 2017

**Tcach, César**, “Movimiento estudiantil e intelectualidad reformista en Argentina, 1918-1946”, en *Cuadernos de Historia*, N° 37, Universidad de Chile, diciembre de 2012, pp. 131-157.

**Terán, Oscar** (coord.), *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2004.

**Terán, Oscar**, “La reforma universitaria en el clima de ideas de la nueva sensibilidad”, en *Espacios*, N° 24, Buenos Aires, 1998, pp. 3-7.

**Terán, Oscar**, *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966*, Buenos Aires: El Cielo por Asalto, Imago Mundi, 1993.

**Toer, Mario**, *Cómo son los estudiantes: perfil socioeconómico y cultural de los estudiantes de la UBA*, Buenos Aires: Catálogos, 1990.

**Toer, Mario**, *El Movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1988.

**Vásquez, K.**, “Intelectuales y política: la «nueva generación» en los primeros años de la Reforma Universitaria”, en *Prismas*, N° 4, 2000.

**Vera De Flachs, M.**, “Reformas, contrarreformas y movimientos estu-



diantiles en la Universidad de Córdoba (1870-1936)”, en Marsiske, R., *Movimientos estudiantiles en América Latina*, México: UNAM, 2006.

**Verón, Eliseo**, “Prólogo a la segunda edición”, en *Construir el acontecimiento. Los medios de comunicación masiva y el accidente en la central nuclear de Three Mile Island*, Buenos Aires: Gedisa, 1987.

**Vidal, Gardenia**, *Radicalismo de Córdoba, 1912-1930. Los grupos internos: alianzas, conflictos, ideas, actores*, Córdoba: DGP-UNC, 1995.

**Vidal, Gardenia**, “La Reforma Universitaria de 1918 y la Unión Cívica Radical”, en *Cuadernos de Historia*, Serie Economía y Sociedad, N° 7, CIFFyH-UNC, 2005, pp. 187-212.

**Zanca, José**, *Cristianos antifascistas: conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*. Buenos Aires: Siglo XXI Argentina, 2013.

**Zanca, José**, “Los Cursos de Cultura Católica en los años veinte: apunte sobre la secularización”, en *Prismas*, vol. 16, N° 2, 2012.

**Zanca, José**, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad. 1955-1966*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica/San Andrés, 2006.

## ÍNDICE

<b>Introducción</b>	
Desde la otra orilla: cuestionamientos a la reforma universitaria durante el siglo XX	
<b>Diego Mauro y José Zanca</b>	<b>7</b>
Las católicos frente a la reforma universitaria (1917-1922)	
<b>Diego Mauro</b>	<b>21</b>
“Los asesinos de Barros”. Una pesquisa sobre la derrota,	
<b>Ana Clarisa Agüero y María Victoria Núñez</b>	<b>47</b>
El proceso de la Reforma Universitaria como preocupación de la derecha nacionalista: entre el rechazo a la democratización y el anticomunismo (décadas de 1920 y 1930)	
<b>Olga Echeverría</b>	<b>67</b>
Reforma universitaria y primer peronismo: incertidumbres en la representación estudiantil	
<b>Omar Acha</b>	<b>87</b>
El humanismo universitario en la Universidad de Buenos Aires. Desacralizar la Reforma en clave cristiana (1950-1966)	
<b>José Zanca</b>	<b>109</b>
Impugnadores en tiempos de Guerra Fría. La Reforma Universitaria como puerta de entrada del comunismo en la Argentina	
<b>Facundo Cersósimo</b>	<b>131</b>

Las universidades católicas y privadas frente  
a los principios reformistas  
**Laura Rodríguez 155**

“Por una universidad agradable y eficiente”:  
las agrupaciones estudiantiles liberales en la década de 1980  
**Valeria Manzano 173**

**BIBLIOGRAFÍA GENERAL 201**